Dovahgolt - El Lobo de Frizia

Ezequiel Urrutia Rodriguez

Capítulo 1

1

Amigos Inseparables

Esta historia es la de un muchacho por el que nadie daba una triste moneda, pero que pese a lo que dijeran, era un chico muy especial. Tal vez no era un erudito, que cada día aprendía algo nuevo, ni un deportista con un formidable talento. Simplemente, era alguien especial.

Su nombre era Lycanhearth, proveniente del reino de Frizia, una fría, pero próspera tierra al extremo norte del mundo, adornada por altos pinos y cumbres de roca que apuñalaban el cielo.

Todos los días vagaba por las calles junto a sus amigos, Mark e Isabel, entre los tres se las arreglaban para sobrevivir robando a los mercaderes y escapando de los guardias, pero pese a que la vida de un huérfano era dura, siempre estaban felices.

Ese día era como cualquiera, los tres se encontraban en el tejado de una casa frente al bazar, la calle estaba repleta de gente y en el puesto de una esquina se exhibían unas exóticas frutas traídas de Tenmori, una tierra de frondosa vegetación y maravillosas costas color turquesa.

En eso, Lycanhearth (o Ly, para los amigos) clavó sus ojos en ese puesto, reunió a su equipo y les dijo:

-Escuchen, el viejo gordo ya nos conoce, así que no nos servirá de nada el teatrito de Isabel.

-¿Y qué sugieres?- Preguntó Mark.

-Mark, sin que te reconozca corre hacia la mesa y derríbala, finge que estás apurado y te vas. Que no te vean los guardias.

-Cuenta con eso.

-Buena distracción.- Opinó Isabel.

-Isabel.- Continuó el chico. –Tira el toldo sobre su cabeza y mézclate con

la gente.

-De acuerdo.- Sonrió ella.

-¿Y qué harás tú?- Preguntó Mark.

-Cuando el toldo caiga saltaré del techo y tomaré las frutas. Nos dispersaremos y cuando sea seguro nos veremos en casa.

-Bien.- Dijeron en coro.

Mark e Isabel bajaron del techo y se mezclaron con la muchedumbre, Lycanhearth se mantuvo detrás de las tejas con la mirada estampada en esos frutos azules con manchas negras, eran estrafalarias para él, pero lo que más llamaba su atención era su excitante e intenso aroma, lo estaba enloqueciendo de manera apasionada.

El plan se llevó a cabo, Mark corrió y gritó por el bazar como un chiflado, chocando todo y a todos los que tenía en frente.

-¡Oh, no! ¡Es tarde! ¡Me van a hacer pedazos si no me presento en el trabajo!

-¡Cuidado, jovencito!- Se quejaban algunos.

-¡Lo siento, lo siento, lo siento!

De pronto se dirigió al puesto de frutas, empujó la mesa y se tiró al suelo, el ajetreo de bazar se detuvo por un instante, como el tiempo se hubiera congelado.

-¡Oye, mocoso!- Gritó el mercader.- ¡Mira lo que has hecho! ¡Fíjate por dónde vas!

Mark se acomodó la capucha y se alejó en picada.

-¡Lo siento, lo siento!

-¡Oye, vuelve aquí!

Los cuchicheos se esparcieron por la calle y el mercader recogió sus frutas a regañadientes. En ese momento una jovencita con capucha verde y trenzas rojas se acercó al gordo, diciéndole con un tono amable e infantil.

-Yo lo ayudo, señor.

-Oh, gracias, jovencita, eres muy amable.- Respondió el mercader, tratando de calmarse.

La chica levantó la mesa y colocó las frutas en su lugar, aunque con mucho sigilo guardó algunas en su capa.

-¡Pero qué alboroto armó ese chico!- Comentó ella. –Ni siquiera se quedó para ayudar.

-Hay gente muy maleducada en esta ciudad, pero da igual, ya todo está en su lugar.

Pero sin previo aviso el toldo se desplomó y cayó encima del mercader, Isabel se disculpó y se metió bajo la lona.

-¡Ay, perdone! Pero que tonta soy, no se preocupe, ahora lo levanto.

El mercader contuvo la rabia y trató de salir de la tela.

-¡Sí! ¡Muchas gracias, niña!- Gruñó.

Finalmente, un estruendo levantó el toldo por los aires y el mercader se enredó aún más, la multitud del bazar volvió a quedarse congelada y cuando el gordo logró zafarse de la manta descubrió que una caja de frutas ya no estaba, e Isabel, ya se había ido…sin dejar rastro.

-¡¿Pero qué?! ¡Me han robado! ¡Esos mocosos lo hicieron otra vez! ¡Guardias, guardias! ¡Me han robado!

Pero para entonces los tres ya estaban muy lejos de ahí, Mark se escabulló por un pasaje y se metió entre las ruedas de una carreta hasta la salida de la ciudad; Isabel avanzaba entre los mares de gente cuando un grupo de guardias empezó a seguirla, la chica se echó a correr hasta que llegó a un callejón, subió al tejado y dando grandes saltos logró pasar los edificios y alejarse del peligro, los guardias ni siquiera pudieron encontrarla.

En cuanto a Ly, él surcaba los tejados a la velocidad del rayo, una gran ráfaga de vientos huracanados se levantaban en las casas cuando su cuerpo desgarraba el aire, ya que él era más fuerte que un hombre común, más veloz que cualquiera de los guardias de Palacio, por eso es que era tan especial. Todo había salido a la perfección y ya sólo quedaba reunirse con sus amigos en su guarida secreta. El joven aterrizó en un callejón cercano a las puertas principales de la ciudad, colocó la caja en el suelo y descansó durante un momento.

-Fiuf…no hubo problemas.

-¡No estés tan seguro!- Exclamó alguien a sus espaldas.

Era un hombre con armadura y capa azul, portando la insignia de una corona entre laureles. El signo de la Guardia Real frizia.

-¡Hola!

-¿Qué no puedes hacer otra cosa más que meterte en líos, Lycanhearth? ¡De verdad! ¡Busca un pasatiempo!

El chico soltó una risa y preguntó:

-¿Líos? ¡¿Cuáles?! Sólo hay líos si me atrapan.

-Como ahora, por ejemplo...- Dijo el guardia con los brazos cruzados.

Ly hizo una pausa, tomó la caja del suelo y dijo:

-¡Pfff! No te atreverías a lastimar a alguien de tu propia especie, ¿o sí?

El sujeto se echó a reír.

-Arrastrado… No deberías subestimar tanto a tu suerte, niño. No soy el único soldado que vigila estas calles.

-Bueno, pues…eres básicamente el único que vale la pena en toda esa aburrida tropa, si te soy franco.

-¿Tú crees?

-¿Y tú no?- Y tras una pausa, Ly empieza a decir: -¡Ambos sabemos que les llevamos diez a uno por nuestra sangre! Y por mucho que últimamente pretendas ocultarlo, se te siente el hedor a leguas. ¿O qué? ¿En serio te estás creyendo ese cuento del chico huérfano abandonado en el río?

-Shhht…Baja la voz.

-¡¿Qué?!- Protestó el chico. -¡¿Ahora te avergüenza…?! Oh… Es algo que podría empañar tu tan ilustre reputación, ¿verdad?

Aquel individuo apretó los dientes, estaba a punto de responder al comentario del chico, pero esquivando con la mirada, simplemente resopló:

-¡Bah! Olvídalo. Inmaduro… No es algo que pueda hablar contigo. No lo

entenderías.

-¡Puuuh! ¡Por favor, Vradfor!- Se burló Ly. -¿A quién quieres engañar? La milicia, la armadura, el oro. ¡Te fuiste así nada más por un saco de Escudos y de protegerte de los Pendragón! ¡Eso es todo! ¿Qué es lo que te cuesta admitir? ¿Qué simplemente te largaste y ya? ¡Si eso hiciste! ¡Te fuiste…! Te fuiste…y te olvidaste hasta de tu gente. Te olvidaste de nuestro pueblo y precisamente cuando más necesitábamos tu coraje. Y de paso, te olvidaste de mí...

Vradfor apretó el puño y agregó:

-Es mejor eso que robar para comer, ¿no te parece?

Ly ignoró ese comentario y reanudó su camino.

-¡Pues, te felicito! No soy tu papá y lo que hagas es TÚ problema. Por cierto, suerte para la próxima luna llena.

Vradfor señaló a Ly con el dedo y le advirtió:

-¡Mira, ahora que estás aquí! ¡Más te vale que no estés causando tantos problemas por esta cuadra, Ly! ¡Porque da por hecho que no siempre voy a estar ahí para cubrir tu trasero, y si te llegan a atrapar, no haré nada para salvarte de los Pendragons!

-¡Hecho! Y yo les diré a los Pendragons que tienen a un perro faldero oliendo los calzones de la Guardia Real. No olvides que hicimos un trato.

-¿Y a quién le van a creer? ¿A un respetado teniente de la Guardia Real o a una miserable rata callejera que dirige una banda de ladrones a lo largo del bazar?

Tras escucharlo, Ly fingió no sentirse ofendido. No podía dejarse caer. No. Había logrado soportar cosas peores, y todo gracias a sus inseparables amigos, Mark e Isabel. No podía demostrarse débil después de todo lo que habían pasado.

-Sólo…espero que no muerdas a nadie de la Guardia Real…

Y se fue tranquilamente a casa.

Volvió a trepar al tejado y de brinco en brinco se alejó de la ciudad. En el camino su mente no dejó de pensar en cómo lo llamó Vradfor, “rata callejera”, una alimaña insignificante a la que todos temían y buscaban eliminar. Así era como la gente lo veía, después de todo, como un vago, un truhán, un pobre; pero sabía que en su interior había más que todo eso y sus amigos se lo hacían notar cada día, era un buen líder, un

compañero leal, valiente y brillante; y todas esas cualidades abolían cualquier insulto que la sociedad le tirara.

Y lejos de la ciudad, Ly se adentró en un bosque y caminó hacia el oeste, tenían el almuerzo y la Guardia Real pareció no atraparlos (ya que a la distancia, percibía el olor de Mark e Isabel) y todo le indicaba haber salido bien, a excepción de ese incidente con Vradfor. Luego de un rato el joven llegó a un claro con un inmenso abeto, en su copa había una casita de madera alrededor del tronco y un tobogán en la esquina; era humilde, pero era su hogar.

En el balcón se encontraba Isabel discutiendo con Mark, el lycan sabía que estaba pasando, como siempre estaban peleando por quién limpiaría la casa, el muchacho estalló en carcajadas y sus amigos lo escucharon.

-¡Lycanhearth!- Exclamaron en coro.

-¡Mark, ayer limpié yo y anteayer lo hizo Isabel! ¡Es tu turno!

-¡Pero, Ly!

-¡No seas flojo!

-¡Ly, sabes cómo me pongo al empezar la semana!

En un zumbido, Ly despareció y reapareció de repente frente a Mark.

-Tareas son tareas, hermano, yo cocino e Isabel monta guardia.- Le sonrió.

-De acuerdo.- Mark hizo una mueca. –Voy por la escoba.

Isabel sacudió la cabeza y alzó los ojos, observó al chico de cabello castaño como tomaba sus herramientas y de mala gana barría el piso. Ly entregó la caja a Isabel y frotó sus negros cabellos, quitándose de encima la picazón del sudor. Luego ambos entraron a la casa y guardaron la caja en la repisa del fondo, a los lados había tres hamacas y cerca de la puerta tenían un barril lleno de agua.

Mark tomó un balde, lo llenó hasta la mitad, hundió el trapero y le sacó brillo a cada tabla de la casa.

Ly bajó con un brasero, recogió leña en el bosque y preparó el fuego; mientras tanto fue por la carne que consiguieron ese día, la puso en una brocheta y la cocinó con algo de papas y cebollas.

Isabel miraba como los ojos de Ly brillaban con las llamas, su intenso color azul se asemejaba a dos relucientes zafiros en la corona de un rey;

le encantaba ese color en los ojos de Ly, en especial cuando el sol iluminaba su cara corriendo sobre los tejados. Levemente le sonrió como una tonta y le entregó un pocillo de sal.

Una hora después, Ly llamó a Mark a comer, el chico castaño terminó a duras penas de limpiar, se movía más lento que una avalancha de hojas, pero al escuchar la palabra "comida" salió disparado del tobogán. Los chicos se sentaron sobre el mismo tronco caído, llevando consigo tres platos de madera y cucharas algo torcidas; Mark arrasó con la carne y las papas en un parpadeo, Isabel que era más refinada comía trozos pequeños, pero el lycan se quedó mirando la comida en el plato; aún pensaba en Vradfor y en lo que le había dicho en la mañana. También pensó en sus amigos. De verdad no quería que algo malo les pasara.

¿Y si mejor salimos de Frizia, nos separamos y buscamos trabajo? Se preguntaba. Después de todo, conocía bien a Vradfor. Lo suficiente como para saber que si le ofrecían una montaña de Escudos a cambio de su información, él personalmente traería al bosque a toda la Guardia Real. Por un instante se le ocurrió deshacerse de él, pero era muchas cosas menos un asesino. Aunque podía contratar uno, sin embargo no expondría a su grupo a más problemas con la ley.

-¿Pasa algo?- Preguntó Isabel.

-Oh… no es nada…

-Ly, te conozco bien, sé que algo te preocupa y quiero saber qué es.

El chico guardó silencio, no quería preocupar a sus amigos, no obstante cuando Isabel notaba algo raro en él no paraba de insistir hasta llegar al fondo.

-Vradfor…eso pasó.

Mark se atragantó con las papas, tosió como loco y se golpeó el pecho. Isabel hizo un gesto de "lo supuse" y agregó:

-¿Nos denunció?

-No, mantuvo su hocico sellado, por lo visto aún no le dan suficientes escudos como para abrírselo…Pero…- El silencio del bosque volvió a cubrir a los muchachos, Ly buscaba las palabras más suaves para no herir a sus amigos, hasta que habló: -Me dijo que anduviéramos con cuidado, porque no siempre nos cubriría…y además…me llamó "rata callejera miserable".

Un gesto de horror se dibujó en los rostros de Isabel y Mark.

-¡Maldito!- Exclamó Mark. -¡Ahora se cree la gran cosa después de que tipos como sus amigos asesinaron a toda su manada! ¡Es un cobarde, un vendido, una deshonra para los Lycans!

-Ly, ignora a ese gusano. La Guardia Real está compuesta por ricos ineptos que ni siquiera están a un paso de atraparnos, además si pasara algo sé que tú podrás con ellos.

-Puede que yo sí, porque soy un lycan, pero ustedes… No soportaría verlos en prisión.

Pero ante lo dicho, Mark e Isabel le dieron un caluroso abrazo. En eso la chica contestó:

-Mientras estemos juntos, nada malo nos pasará. Lo sabes bien, Ly.

Pero entonces Ly se alejó, se quitó los zapatos y salió corriendo hacia el bosque. Isabel levantó los ojos con una expresión de "no tienes remedio", ya que sabía que cuando Lycanhearth corría descalzo por el bosque era porque se sentía perturbado y necesitaba encontrarse con su lobo interior, era la única forma que tenía de soltar las tensiones y enfriar su cabeza.

-Se le pasará.- Le comentó Mark a Isabel.

-Bueno, si tú lo dices…

En tanto, aquel joven apasionado corría entre los árboles dando increíbles volteretas, se puso a trepar a las ramas más altas para luego arrojarse con mortales movimientos; su mejor técnica era embestir uno de los troncos, pero antes de chocar ponía las piernas al frente y rebotaba con agilidad.

Mientras seguía zigzagueando y saltando sobre las raíces, Ly recordó su infancia con su antigua manada, las veces que veía los cazadores volver con los caribúes, las noches de luna llena en que todos se reunían para aullarle, esos días de verano donde lo mejor después de un transformación era recostarse en las aguas de un arroyo y contemplar las nubes.

Hasta que llegó ese terrible día.

Los Pendragons eran una escuadra de guerreros que juraron lealtad a Quetzalcóatl y tenían la misión de cazar y aniquilar a los hombres lobo. Y ese día, nuestro amigo conoció en carne propia la furia devastadora de dicha agrupación. Una lluvia de fuego y garras afiladas masacraron hombres, mujeres y niños inocentes, dejando como únicos sobrevivientes a dos muchachos quienes al ser cubiertos por un lycan cayeron a un risco, viendo como éste era devorado por las llamas. Los chicos terminaron en

las furiosas aguas de un río hasta que finalmente vararon en el estero más cercano de Frizia, y ahí sus destinos se dividieron como dos gotas de agua, uno se enlistó en el ejército y soportó tremendas penurias para llegar a la Guardia Real, mientras que el otro sobrevivió en las calles junto con su pequeña cuadrilla.

Nada fue igual desde aquel día.

Al pasar por una esquina, Ly se detuvo frente a un acantilado y contempló el más hermoso valle que había visto en su vida. Emocionado, el muchacho tomó aire y con la fuerza de un ciclón lanzó un aullido, las aves surcaron el vuelo y se alejaron junto con el eco, Ly cerró los ojos y sumiso en un suspiro aguardó una respuesta. Entonces cientos de aullidos emergieron de entre los árboles del valle. El muchacho sonrió y volvió a aullar, y así estuvo compartiendo dulces momento con su raza.

Como era de esperarse, el joven lycan volvió al atardecer, apareció frente a sus amigos con la boca llena de sangre y las rodillas embarradas.

-¿Otra vez estuviste cazando?- Dijo Isabel.

-Pues…no lo resistí.- Se excusó el muchacho.

-¡Mira cómo estás!- Le reprochó. -¡Pareces un payaso!

Ly sonrió.

Finalmente, todos se echaron a reír.

El joven lycan se lavó la cara y regresó a la casa del árbol, se sentía más calmado después de conectarse con sus raíces, por un instante se había olvidado de Vradfor y de las rencillas de su pasado, miró a sus amigos con una reluciente sonrisa, agradecido por cada día que pasaron unidos, agradecido por cada risa, por cada lágrima consolada, por cada loca aventura en la ciudad, por cada plan, cada fuga. Por la libertad.

Los tres charlaron hasta que el sol se perdió en el horizonte, el frío fue cubriendo el bosque con su suave susurro, acariciando las hojas con la danza de sus vientos, y la nieve, como polvos de diamante, salió volando desde la montaña hasta posarse en los crespos verdes del suelo. Mark e Isabel otra vez se pusieron a discutir por quién montaría guardia durante la noche, a veces pasaba, y Ly no paraba de reír. Entre tanto, este último se ofreció a vigilar durante la noche, Isabel no estaba muy de acuerdo, pero finalmente accedió, después de todo, el joven lycan tenía un oído formidable y su visión penetraba cual dagas la oscuridad más profunda.

Mientras los chicos dormían, Ly se recostó sobre el pasto a contemplar las estrellas. Pensaba en esos días en que la manada se reunía frente a

una fogata y narraban las historias de sus antepasados.

Entonces se preguntó una y otra vez por qué los humanos los odiaban tanto. Si bien muchos de su raza arrasaban con aldeas enteras, su manada era todo lo contrario, ellos siempre vivieron en paz dedicándose a cazar animales silvestres, pero aun así la gente les temía y rechazaba. Tal vez era por ser diferentes, y eso le constaba, porque tras vivir diez años con humanos era suficiente para saber lo mucho que odiaban a los bizarros. Aun así no les guardaba rencor, ya que con eso nada se solucionaba. Sólo le daba más vueltas a una rueda que nunca se detendría.

El lycan se puso de pie y lentamente recorrió el claro, estaba atento a cada ruido que revoloteaba entre los árboles, suspiros, aullidos, pisadas, nada se escapaba de sus agudos oídos. Después subió a la casa en el árbol sin hacer ruido, quedándose en la puerta para contemplar a sus amigos. Parecían adorables angelitos recostados sobre nubes, en especial Isabel, a quien le acarició la mejilla con ternura. Era divertido para él verlos así de quietos, sin discusiones ni rencillas, a veces le daba la impresión de que en verdad eran hermanos, aunque después de diez años juntos en eso se habían convertido, en hermanos, una familia.

A la mañana siguiente, los chicos salieron a la ciudad a preparar sus próximos blancos, vestidos con capuchas se mezclaron con el mar de gente y la sinfonía de los comerciantes. La vista del lycan se retorcía de un lado a otro armando un telar en su mente desde su próxima víctima hasta la ruta de escape. Cuando doblaron en un callejón treparon por una pared hasta el tejado, su punto de espionaje predilecto, su escondite y vía de evacuación, desde ahí reconocieron a cada rostro que vino y fue por la calle, incluyendo el viejo gordo de las frutas, su blanco favorito por mucho.

Y desde ahí, los tres se quedaron pegados frente la joya de Frizia, en el punto más alto de las montañas se levantaba un primoroso castillo. Ese era el mayor anhelo de los muchachos, el ser un día ricos y vivir sin más preocupaciones.

-Fascinante, ¿no creen?

Los tres dieron una vuelta y encontraron a Vradfor parado en el tejado.

-¡¿Qué haces aquí?!- Preguntó Ly.

-¿Qué acaso no puedo saludar a mis amigos?

Mark se lanzó al frente, pero Isabel lo detuvo. No valía la pena meterse

en problemas por alguien como él.

-¡No somos tus amigos!- Agregó ella. -¡Ahora lárgate de aquí!

Vradfor levantó los brazos en señal de resignación, puso las manos en las caderas y tras un resoplido comenzó a decir:

-¡Vamos! Solo quiero decirles unas cuantas cosas.- Y así posó sobre Ly una penetrante mirada, una que no había visto desde que ambos eran niños. –Es algo que puede serles de gran interés…

El lycan cruzó los brazos.

-Bueno, ¿qué quieres?

-Hay una venta, Lycanhearth.- Dijo Vradfor con una maliciosa sonrisa y un agudo resplandor en su mirar. –Venden la finca de los Zeta y toda una carreta de oro puede sólo ser para ustedes.

-¡¿Qué?!- Dijeron los chicos en coro.

¿Los Zeta vendían su finca? ¿Una de las familias más nobles de Frizia se desligaban de su posesión más valiosa? Definitivamente el patriarca de la familia debía estar en serios aprietos.

Se rumoreaba por las calles que el viejo ricachón había forjado su fortuna de formas bastante sucias, y a Ly no le era de extrañar que tuviese que pagar alguna deuda de su brumoso pasado.

-Oro…puro.- Continuó Vradfor. –Y va a ser todo para ustedes.

-¿Y de cuánto estamos hablando?

-¡Mark!-Le reprendió Isabel.

-¡¿Qué?! ¡Es una buena oportunidad!

Ly se mordió el labio y tras un breve silencio, agregó:

-¡Aguarda! A ver si entendí... Los Zeta… venden la finca bajo la montaña; les van a estregar el pago y quieres que nosotros lo robemos. ¡¿Es que nos viste cara de idiotas o en serio crees que nos arriesgaremos por un botín de ese calibre?!

-Aún no he dicho el monto, viejo amigo.- Y la sonrisa de Vradfor resplandeció con más intensidad. –Estamos hablando de no más de la ridícula suma de ocho gordos, OCHO, los cuales serán entregados esta noche y después…- Hizo una pausa y tras un juego de manos, continuó: -

Podrían retirarse de robar en las calles para iniciar una nueva vida. Piénsenlo, ocho gordos, más que suficiente para pasar la eternidad en una isla tropical y no tener más preocupaciones que disfrutar del sol, la arena y el mar.

Lycanhearth arqueó una ceja mientras miraba a sus dos queridos amigos. Podía ver en sus caras el reflejo de la tentación y olerles en la piel el aroma de la preocupación. Después de todo ocho millones de Escudos era más oro de lo que habían tenido en su vida, sin embargo el riesgo era tremendo, ¿valía la pena?

-Esta noche hay luna llena.- Comentó Ly. -¿Me quieres entregar? ¿Es eso?

-¡No, no, no!- Negó Vradfor moviendo las manos. –Tranquilo, si yo quisiera entregarte ya lo hubiera hecho. Solo quiero que tengan una oportunidad de que enmienden sus vidas y que salgan de aquí. Pero si no lo quieren, pueden seguir saqueando el bazar hasta que los atrapen.- Y entonces dio media vuelta, pero antes de marcharse les dijo: -Por cierto, habrá niebla esta noche, mientras el cielo esté cerrado, la luz de la luna no nos afectará, así que tú tranquilo.

Entonces Vradfor saltó del tejado y se perdió entre la muchedumbre.

Finalmente, Ly suspiró, dirigió la mirada a sus amigos y les dijo:

-¿Entonces qué opinan? ¿Damos un último golpe antes del retiro?

Capítulo 2

2

Sombras a la luz de la luna

-No me parece prudente que le sigamos el juego a ese gusano, ¿qué tal si solo quiere tendernos una trampa?

La mirada de Isabel se había tornado excitantemente penetrante, Ly sabía que contra esa mirada él nunca podría rebelarse. Y eso le fascinaba de ella.

-No he dicho que le crea, solo pienso que no sería mala idea empezar una nueva vida lejos de aquí, lejos de Vradfor, de los guardias. Con ocho millones de piezas de oro podremos hacer lo que nos plazca.

-Es cierto.- Opinó Mark. –Es que… ¡Isi, son ocho gordos!

-Independientemente de eso.- Aclaró Isabel. –Nunca hemos dado un golpe así de grande, no estamos preparados.

-Pero hemos robado a casi todos en el bazar y nunca hemos tenido dificultades. ¿Qué hará que esta vez sea diferente a las demás?

-Isabel tiene razón, Mark.- Contrapuso Ly. –No es lo mismo un canasto de frutas que una caravana de cofres de oro. Sin embargo, Vradfor también acierta, no podremos vivir del robo para siempre y tarde o temprano nos terminarán atrapando.

Ly se sentó a la orilla del tejado, Mark e Isabel hicieron lo mismo y en seguida él comentó:

-No tenemos nada que perder. Escuchen, no les pido que lo hagan y si ustedes dicen que no, pues mandamos a Vradfor a la punta del cerro y se acabó, pero también quiero lo mejor para ustedes, y ese oro nos serviría de mucho.

Los tres quedaron en silencio durante un rato, miraban a la gente pasar preguntándose si sería posible una vida que no fuera el robo. Una vida tranquila en que no tuvieran que arriesgar sus vidas a diario por un trozo de pan.

Finalmente, Isabel dijo:

-No creo que Vradfor busque ayudarnos. Pero si quieres hacerlo, Ly, estoy contigo.

-Igual que yo, Ly.

Y en los labios del lycan se dibujó una cálida sonrisa.

-Bueno, vuelvan a la casa. Yo buscaré a Vradfor.

-Vamos contigo.- Sugirió Mark.

-No.- Declaró Ly. –Ese lycan y yo tenemos que aclarar algo a solas.

Y dicho esto, el muchacho bajó del tejado, se puso su capucha y se deslizó entre las masas. Pudo sentir el aroma de Vradfor esparcido por los callejones, esquivó a cada individuo que tuvo al frente, viró por unas cuantas esquinas hasta que se detuvo tras una pared.

Del otro extremo, una carreta de la Guardia Real se encontraba estacionada, y junto a ella, estaba Vradfor con un par de colegas. Ly puso sus dedos en la boca y echó un silbido que solo los lobos pueden escuchar, Vradfor lo miró, se despidió de sus colegas y se acercó disimuladamente.

-Lo haremos.- Dijo este. –Pero tú nos vas a ayudar.

Vradfor soltó una risa y cruzando los brazos le dijo a su viejo amigo:

-Te di el dato, ¿para qué quieres que me meta en tus trabajos sucios?

-¡Oye! No me eches el paquete.- Le señaló con un dedo. –Esta fue tu idea para empezar, así que quiero todas las garantías posibles de que no sea uno de tus jueguitos. Así que quiero que me lleves con los Zeta y nos des todos los detalles que requerimos. Caminos, salidas, escoltas, todo… ¡Ahora!

Vradfor sonrió ponzoñosamente, hizo un gesto con la cabeza y se puso a caminar.

-¿Te llevo en un barril o prefieres hacerlo a tu modo?

Peo cuando dijo eso, Ly ya estaba marcando sus dedos sobre el tejado. Vradfor le siguió la corriente y así se corretearon como dos niños que exploraban los bosques y jugaban a ser cazadores.

Al rato, llegaron a un valle, a los pies de las montañas. Era una inmensa extensión de chacras retocadas con alfombras de pasto, pero a diferencia de otras veces, ya no había hombre labrando la tierra. En verdad, los Zeta estaban en una crisis, pero el por qué no les interesaba, solo el largo sendero que surcaba los campos hasta el castillo señorial de la familia.

***

Ly regresó a la casa del árbol en medio del bosque, y ahí encontró a sus amigos, quienes lo esperaban con ansias de saber de su charla con Vradfor.

El joven lycan, se acercó con paso firme hacia su humilde hogar, se quitó la capucha y sus hermanos bajaron por el tobogán a recibirlo.

-¿Y qué pasó?- Preguntaron en coro.

-Siéntense.- Dijo él. –Se los voy a explicar.

El licántropo recogió unas cuantas piedras, trazó un rectángulo en el piso y las ordenó cuidadosamente en su interior.

-Escuchen, tal y como lo decía Vradfor, el viejo está con la soga al cuello, así que aunque le duela el orgullo, tendrá que tirar al olvido su finca consentida. Pero no se alarmen, estará muy bien en su vieja plantación de azúcar en Tenmori.

>>Ahora, el pago les llegará a la media noche a los pies de su castillo, pasando por el cruce en "C" de sus campos junto al jardín de rosas. Hay un trecho de quinientas hectáreas desde la salida hasta la casa, así que habrá que interceptarlos antes de atraviesen todo ese camino, si es en los primeros quinientos metros, será muchísimo mejor para todos.

>>Una vez que estemos aquí, ustedes entrarán por atrás y yo los detendré por el frente, subiremos a la carreta y daremos media vuelta por la manzana de regreso a la entrada, ahí tendremos doscientos metros de camino inclinado hasta el bosque. Una vez allí, no podrán seguir nuestras huellas hasta el amanecer; para entonces, estaremos lo más lejos posible, con el dinero y camino a Seikos.

Una vez explicado el plan, este guardó silencio. Entonces, Isabel intervino:

-¿Y qué hay de Vradfor?

-Él…- Comenzó a decir Ly. –Juró por nuestra aldea que no nos delataría y que al guiar a la brigada de búsqueda, los despistaría lo suficiente para que logremos escapar.

Los tres guardaron silencio y observaron el trazado con detenida atención, puesto que no solo era un gran asalto, era su boleto a la nueva vida y el sustento necesario para retirarse de las calles de por vida. Después de esa noche, sus vidas cambiarían radicalmente, aunque aún tenía suficiente tiempo como para retractarse, porque una vez que estuvieran en el frente ya no habría marcha atrás.

-¿Y…qué piensan hacer con su parte?- Preguntó Mark.

-¡Aún no tenemos el tesoro!- Le reprendió Isabel. –Así que hasta entonces no pienses en lo que harás con esos Escudos.

-¡Pero qué pesimista, Isabel!- Protestó su amigo.

-¡Eso es ser realista!

-Eso para un lycan es lo mismo que ser un cobarde. No te ofendas, Isi.- Agregó Ly, sonriendo avergonzado.

-¡Ly, no podemos especular con algo que aún no tenemos!

-Tampoco podemos negar la posibilidad de conseguirlo. De hacerlo, equivaldría a perder antes de comenzar.

Y el silencio, regresó al círculo, junto con un frío ventarrón proveniente de la montaña. Poco después, Ly señaló una piedra con una rama, la golpeó suavemente y les dijo:

-Cabe la posibilidad de que la niebla se disipe…y…si eso pasa…quiero que se vayan.

-¡¿Qué?!- Repitieron en coro. -¡Entonces no hagamos nada! ¡¿Cómo vamos a dejarte ahí?! ¡¿Y si los Pendragons te atrapan?!

-No les estoy preguntando.- Respondió tajante. –Espero que no me equivoque y las cosas no lleguen a esos extremos, pero será mejor que dejemos eso en claro antes de que me vean…en ese estado y… ¡todo se vuelva complicado! ¡Así que ya saben qué hacer!

Los tres sabían los riesgos de estar juntos, pero a pesar de la naturaleza de Ly, habían decidido nunca separarse. Y era típico que el joven sacara el tema una tarde antes de la luna llena, lo cual para Isabel era bastante

molesto. Cada mes, iniciaba con el mismo rodeo y las mismas indirectas de “soy un monstruo” y “aléjense de mí o morirán”, pero en cada ocasión, le dejaban en claro que no les importaba su estirpe, solo les importaba la hermandad que habían forjado durante todos esos años. Después, solo dejaban que Ly durmiera en el bosque mientras que ellos se cubrían de barro para camuflar su aroma, así él podía correr en sus cuatro patas toda la noche y regresaba de amanecida con la ropa deshecha, todo sucio y con la boca ensangrentada.

Hubo una vez, en que Ly anduvo merodeando por el claro, asechó la casa por varios minutos hasta que finalmente subió al cuarto. Sus pisadas hicieron rechinar las tablas y despertaron a Isabel, quien se mantuvo fría como el hielo ante la nariz de su amigo mientras la inspeccionaba. No debía temer.

El miedo, era algo sumamente peligroso si se trataba de un lycan, puesto que era la razón más viable para iniciar un ataque, más que una pelea o que el hambre los dominase. El miedo. Lo que para ellos era lo más mediocre, patético e inmundo, y aquellos que lo sintieran no eran vistos como otra cosa que no fueran insectos, seres diminutos cuya vida era de lo más insignificante, por lo cual daba lo mismo si sufrían al momento de aplastarlos.

Esa era una de las razones por la que los humanos los odiaban tanto. Porque les temían. Porque no soportaban la idea de ser mirados en menos, aún si sus expectativas no cubrían su verdadera esencia.

Mientras esperaban el atardecer, Isabel y Mark pasaron en la casa del árbol, Ly se acercó a los árboles y, como si fueran gotas de lluvia, estrelló sus puños en la corteza.

Habían acordado que Lycanhearth se alejaría mientras se transformaba y luego trataría de no matar a nadie. Y si el clima no les era favorable, lo mejor sería que cancelaran el plan. Esas palabras tranquilizaron al joven lycan, quien entrenaba duro para el asalto que se aproximaba. No sabía si tendría que sortear con muchos guardias o si pondrían mucha resistencia al momento del robo, pero lo mejor era estar preparado para cualquier peripecia.

Llevaba cuatro años entrenando duro para proteger a sus amigos, y cada vez que sometía su cuerpo al límite del dolor, sentía el ardor de una llama flameando en lo profundo de su interior. Parecía algo infantil y sus amigos no le creían mucho, pero su espíritu y noble corazón validaba todas sus intenciones.

Al anochecer, una helada embistió la montaña y un velo plateado envolvió cada pino del bosque. Todo fue tal y como dijo Vradfor, los rayos lunares no cambiarían a su amigo y podría andar sin problemas en la

oscuridad.

Los tres amigos se dispusieron a marchar, rehusándose a portar antorchas como guía, puesto que dejarían esa responsabilidad al joven lycan. La niebla era tan espesa que apenas podían distinguir la punta de sus narices, pero los ojos de Ly penetraron como dagas y trazaron un sendero visible entre los árboles. Y así, caminaron hasta el valle, sumergidos en un profundo silencio.

Cuando llegaron al valle, el lycan tomó a sus amigos de los costados y de un salto pasaron la reja de la entrada, ocultándose de los guardias que venían en camino.

-Muy bien.- Susurró Ly. –Ahora el paso dos. Esperar a los compradores.

Ly puso mucho oído aguardando el rechinar de la reja y el andar de los caballos, captando diversos sonidos a su alrededor, tales como el respirar de sus amigos, las pisadas de los guardias, el danzar de los trigos en el viento, e incluso el germinar de las semillas bajo la tierra. Sus orejas se agitaban como dos pequeños roedores, al igual que sus ojos de cachorro clavados fijamente en el pórtico de metal.

Finalmente, un electrizante zumbido perforó su espalda. Del otro lado pudo sentir el latido de seis corazones acercándose a ellos.

Había llegado el momento.

Ly apretó la tierra bajo sus manos e hizo un gesto a sus amigos, ellos se acercaron a las ruedas traseras sin ser vistos y el lycan saltó al frente con el puño en alto. Tras una intensa explosión, los caballos se detuvieron y a relinchidos levantaron las patas.

-¡Vámonos!- Gritó el joven.

Ya con el cochero fuera, Mark e Isabel tiraron a golpes a los acompañantes. Ly tomó las riendas y se pusieron en marcha, mientras que un grupo de guardias les pisaban los talones.

De pronto, cerca de la entrada, el lycan sintió un aroma muy familiar. Y en ese instante ¡Zoom! una patada se cruza por su nariz. Ly, sin embargo, la elude y, sin poder creer lo que veía, encuentra una capa flameando ante su cara. No era el estandarte de la Guardia Real, sino algo mucho peor.

La Legión de Asedio.

Una cuadrilla de lobos se paró frente a los corceles acompañados de hombres cuyos cascos y armaduras se asemejaban a los licántropos. La

élite guerrera que enorgullecía al reino de Frizia.

-¡Están rodeados!- Dijo uno de ellos. ¡Quedan bajo arresto por intento de robo e invasión de propiedad privada!

-¡¿Qué hacemos, Ly?!- Susurró Isabel.

-Agárrense de mis hombros.- Musitó él.

-¿Qué?- Dijeron en coro.

-¡Ahora!

Mark e Isabel se agarraron de Ly, y este de un salto estrella su puño en el piso. ¡Boom! Un gran estruendo barrió con la tropa. El licántropo agarró a sus amigos y salieron corriendo, lamentando el no haber podido tocar ese oro.

-¡Estuviste practicando!- Dijo Mark.

-Algo así…- Jadeó el muchacho. –No es gran cosa…

Los tres amigos se adentraron en el bosque con la Legión de Asedio a sus espaldas. Se dispersaron entre los pinos y esperaron que los lobos no los encontraran. Mark e Isabel treparon por un árbol, mientras que Ly se dejó perseguir por su propia raza entre los troncos.

¡Maldición! Se lamentaba. La Legión de Asedio. ¡Todo fue una maldita trampa! ¡De no haber sido tan ambicioso, esto jamás hubiera pasado! Vradfor… ¡que sucio! ¡Sabías que por mis amigos correría cualquier riesgo, incluso perder la vida! ¡Cuando te encuentre juro que te haré trizas!

Pero por ahora, tenía que salir de ese aprieto. Después se encargaría de abrirle las entrañas a ese traidor.

Pero entonces ¡Groar! un lobo se abalanzó sobre el chico, pero este se agachó y eludió a la bestia, encestándole un golpe directo a la quijada. En seguida viró a la izquierda y divisó a toda una jauría corriendo a toda marcha. Ly no dudó en lanzarse contra ellos, así que levantó el puño derecho y ¡Zoom! barrió con ellos, surcando el aire como una centella, con una estela plateada que se alzaba sobre su marcha.

Tras ese movimiento, los soldados le alcanzaron y tomando sus armas desataron fieras estocadas. Sin embargo, el muchacho logró defenderse con ágiles movimientos, y tras una hábil pirueta, encestó fieras patadas hasta derribarlos a todos.

Mas entonces.

-¡Peleador!- Exclamó uno de ellos a la distancia. -¡Déjenlo! Este es para mí.

Era un individuo de pelo castaño y ojos verdes, y al posar su fría mirada sobre el muchacho, se acercó lentamente, llamándolo a su presencia con sus largos, pero agudos dedos.

Ly, disgustado, dio media vuelta y se dispuso a huir. Pero entonces ¡Swagg! su adversario se le aparece en frente y ¡pam! le hunde los nudillos en el vientre, disparándole una lluvia de puños hasta tumbarlo con brutalidad.

-¡Vamos!- Le incita. -¡Apenas estoy calentando!

El muchacho vuelve al ruedo y ataca con una serie de puños, mas su oponente los esquiva uno a uno sin sudar una gota.

-¡Ahora es mi turno!

Y ¡krunshhh! clava su codo en la quijada de Ly, siguiendo así con una fuerte palmada al pecho que tira al chico al suelo.

Ly, sin embargo, se pone de pie y concentrando una ardiente fuerza en su puño, libera un estruendoso ataque. Mas la palma de su oponente se impuso implacable ante su golpe, y tras una aguda patada en su vientre, y otra en su cara, Ly acabó a los pies de aquel guerrero.

Aún así, el joven lycan no estaba dispuesto a ceder. Pero de pronto, su espíritu se quebró cual cristal y su voluntad se esfumó hecha polvo entre los vientos, pues ante él aparecieron dos soldados escoltando a dos maltrechos jovencitos. Frustrado, Ly bajó la mirada y apretando los dientes contuvo las ganas de llorar. ¡Habían atrapado a Mark y a Isabel!

Capítulo 3

3

A la luz de la luna llena

Encadenados y cabizbajos, los tres amigos mantuvieron un profundo silencio mientras dictaban los cargos y los empujaban camino al calabozo. Se había acabado todo. Su peor pesadilla se había vuelto realidad y no tenían forma de remediarlo.

A la cabeza del escuadrón, iba ese hombre de pelo castaño, aquel que era conocido como el Capitán Blaidd Wolfrider, un valiente y tenaz soldado entrenado desde su juventud. Poseía un alto sentido de la disciplina y patriotismo y además se le apodaba el "Colmillo Salvaje", una máquina de matar perfecta.

Y mientras que la tropa marchaba de regreso a su cuartel, Blaidd apartó su mente del grupo, sumergiéndose en ese breve instante en que pudo ver los movimientos de Ly.

A pesar de que sus ataques no se comparaban a los años de adiestramiento del intrépido capitán, este mismo reconoció una fuerza destacable en él; una fuerza suficiente como para acabar con una pequeña tropa. Sin embargo, consideraba que aún tenía mucho que aprender y que dejarlo en la cárcel por un robo sería un lamentable desperdicio de potencial.

Algo tenía que hacer.

Y así pasaron dos horas de caminata. La tropa cruzó entonces por serpenteados caminos de tierra. Y entre tanto, los tres amigos se miraron el uno al otro con ánimos que no mejoraban, mas contaban, como único consuelo, con el hecho de que seguirían unidos.

De pronto, los muchachos pudieron escuchar el cántico de los grillos, sintiendo una mezcla de alivio y angustia, pues esa sería la última vez que los escucharían. Segundos más tarde, una luciérnaga se posó en los grilletes de Isabel y los tres quedaron maravillados con su esplendor; la miraron por un largo tiempo, recibiendo una cálida dicha que esta les otorgaba, hasta que el legionario que los escoltaba tiró de la cadena, haciendo que la luciérnaga se perdiera por el bosque.

Ly arrojó una enfurecida mirada contra su escolta, indignado por no ser

capaz de hacer algo al respecto.

No obstante, su mente fue asaltada por la idea de huir. El único problema era cómo. Por un lado, tenía la ventaja de su fuerza; si rompía las cadenas y se echaba a correr tendría la posibilidad de perderse entre las sombras, además conocía ese camino ya que era en donde los cachorros lycan se ejercitaban, sabía que entre las quebradas yacía un estrepitoso río que incluso a él le costaba atravesar, aun así al llegar al otro lado se pondría a salvo y no podrían seguir sus huellas hasta el amanecer.

Por otro lado, no podía dejar a sus amigos a su suerte, y además tampoco lograrían cruzar con él, y lo peor de todo es que el Wolfrider los pescaría más rápido que a un resfriado. Él había visto sus ojos y comprendía que el tipo era peligroso, una bestia imparable.

Finalmente, la legión avanzó hacia una colina, deteniéndose a las puertas de una inmensa fortificación. Tenía altas murallas de roca con cuatro torres en los extremos, su entrada estaba hecha de una gran reja de hierro en cuyo umbral resaltaba un lobo aullando entre laureles. El cuartel general de la Legión de Asedio.

Cuando Wolfrider dio la orden, los guardias levantaron la pesada puerta, entraron y los hombres que estaban en el patio se cuadraron ante su capitán, casi ignorando a los prisioneros, a los que arrastraron a un pórtico de madera rumbo al despacho de Wolfrider.

El grupo bajó de sus Lycans y llevaron a la pandilla por un corredor alumbrado por antorchas, hasta que el capitán entró a un pequeño cuarto con un ancho y reluciente escritorio y dos cómodas sillas con cubierta aterciopelada.

La pandilla fue agrupada frente al asiento del capitán, quien con un además, ordenó la retirada de sus oficiales. Entonces apoyó sus codos en la mesa y juntando los dedos, comenzó a decir:

-Creo que está de más decirles que están en problemas, niños. ¿Saben que estaban tratando de hacer?- Pero los muchachos permanecieron callados. -¿Nadie? ¿En verdad ninguno de ustedes? ¿Ni siquiera tú, niña? Pareces ser más lista que estos dos.- Pero el silencio seguía siendo sepulcral. -¿Es en serio? ¿Así que con esas estamos? Mocosos… ¡Les diré lo que hicieron! ¡Una estupidez! ¿De verdad creyeron que podían llegar y saquear una carreta llena de oro así nada más? ¿Ustedes? ¿Tan solo tres mocosos? Mal, mal, mal, mal, ¡mal! Ahora quiero saber quién les dio esa información y que me digan dónde viven para que sus padres vengan por ustedes en la mañana. ¡Así que vamos! ¡Suelten la lengua! ¡Ya deshonraron a sus familias, así que no tienen nada que perder!

Ly guardó silencio por un largo tiempo, pensando en qué podría hacer para sacar a sus amigos de ese apuro. Podía culparse a sí mismo y decir que los había forzado. Al menos así no lo seguirían a la prisión y después vería por él. Sin embargo…

-Somos huérfanos.- Aclaró Mark.

-¡Huérfanos!- Exclamó Blaidd. –Debí suponerlo. Ya con esto no tienen mucho apoyo que digamos, y si no los sentencian a trabajo forzado, irán a la cárcel, pero eso lo decidirá la Corte Real y dudo mucho que les haga las cosas más ligeras.

-¡Pero no fue nuestra idea!- Disparó él.

-¿Cómo dices?

Isabel le dio un codazo en las costillas, tratando de silenciarlo, pero la decidida mirada del lycan la hizo cambiar de parecer.

Entonces, el muchacho comenzó a decir:

-La información fue dada por un teniente de la Guardia Real, uno muy sucio llamado Vradfor. Me conoce desde que éramos niños y…por lo visto quiso tenderme una trampa…

-¡Una trampa!- Sonrió el capitán, maliciosamente. –Muy conveniente para ustedes, debo decir…

-¡Oiga, tiene que creernos!- Protestaron los tres, en coro. -¡Ese sucio nos mintió y…!

Pero Wolfrider hizo un ademán para callarlos, diciendo después:

-¿Saben qué creo? Que tres niños huérfanos dedicados al robo intentaron darse un retiro más grande de lo que les cabía en las manos, fallaron en el intento y ahora buscan excusarse en el primer nombre que escucharon en la calle.- Hizo una pausa y luego agregó: -Ahora preguntaré de nuevo y quiero oír la verdad. ¿Quién les dio esa información?

"Vradfor tenía razón" Pensó Ly. "Nunca van a creernos, por el simple hecho de ser de la calle".

-¡Pero si esa es la verdad, señor!- Insistió Isabel. –No podemos responder otra cosa porque simplemente fue ESO lo que pasó. Y si usted no cree en nuestra palabra, se debe únicamente a que solo está escuchando aquello que desea oír. Lamentamos desilusionarlo, pero si respondiéramos otra cosa para satisfacerlo, entonces SÍ sería una

mentira.

Asombrado, Wolfrider arqueó una ceja, y con una burlona sonrisa, exclamó:

-¡Esta chica es lista! Es una pena que hayas estado en los mismos pasos que este par de tontos. Pero bueno, cada arma se forja en un distinto crisol.

Entonces el capitán llamó a sus soldados y estos agarraron fuertemente a los muchachos, menos a Ly. Ambos amigos trataron de liberarse, incluso él trató de ayudarlos, pero Wolfrider agarró al lycan del cuello y lo apartó mientras sus amigos eran apartados hasta la puerta.

-¡Quiero hablar a solas con el Peleador!- Ordenó este. -¡A los otros dos no los necesito!

-¡Déjenlos!- Ladró Ly.

-¡Tranquilízate, niño! ¡No les harán nada!

-¡LAAAY!- Gritó Isabel mientras se cerraba la puerta de golpe.

El chico forcejeó con el capitán hasta que este lo tiró al suelo, por lo que nuevamente hizo arder esa fuerza interna en su puño, y lanzando un grito, lo dirigió hacia Wolfrider. Pero él, rápidamente lo agarra del brazo y ¡Tum! lo estrella a sus pies con brutalidad.

De pronto, las antorchas se apagaron de un soplido. Wolfrider hizo flamear su capa y de su piel brotó una llama verdosa.

-¿Sabes qué es esto, niño?- Le preguntó al joven, que lo miraba mudo del asombro. –Se le llama Esencia… Una energía proveniente de las profundidades de tu alma cuando esta se inflama. Aquellos que posean una voluntad como la tuya o la mía, pueden hacer que esta aumente su calor, hasta que brota de tu piel como una lámpara en la oscuridad.

El capitán caminó alrededor de Ly como un lobo ante su presa, lo miraba con deseo y sentía en su boca el aterrado latir del licántropo. Un sabroso toque de ira y preocupación.

-¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Wolfrider pescó al chico de las ropas, lo levantó hasta ver sus brillantes y enrabiados ojos, y le dijo:

-¡¿No lo ves?! ¡Tienes un poder más grande del que tú crees! ¡Yo puedo ayudarte a conseguirlo, así que te haré una oferta! ¡Únete a mi escuadrón

y de ese modo podremos salvar tu pomposo trasero!

-¿Y qué…gano yo…con entrar al ejército?- Gruñó el chico.

-¿Aún no lo entiendes? ¡Esta oportunidad no se la doy a cualquiera! ¡Hay muchos mocosos como tú que se parten el trasero por entrar a mis filas, pero de todos, ninguno ha tenido lo que llevas durmiendo en el brazo!

Y dicho eso, el capitán soltó al joven.

-Aún no me has respondido.- Insistió Ly. -¡¿Qué beneficios obtendré si me uno a la Legión?!

-Pues un hogar, desde luego. Un trabajo honesto, con el que ya no tendrás que seguir en las calles.

-¿Y qué hay de mis amigos? ¿También se unirán?

-¡Oh! Tus amigos… Si te soy franco… no son la gran cosa. Dudo mucho que soporten las exigencias de mi escuadrón.

-¡Oye, no les hables así!- Exclamó el joven, frunciendo el ceño. –Son muy hábiles y rápidos. También son capaces de pelear.

Wolfrider soltó una risita y apoyando su palma en el escritorio, le dijo al muchacho:

-Y no lo niego, saben moverse. Pero eso no quita que mis hombres les hayan dado una golpiza, a diferencia de ti, un mocoso de las calles que aplastó fácilmente a una jauría de lobos y le hizo frente a diez soldados bien entrenados. Por eso, es mi responsabilidad seleccionar minuciosamente a los individuos indicados para este cargo. Así que lo siento, pero no puedo aceptar a tus amigos en mis filas.

-Entonces no me uniré a tu tropa.- Sentenció este, molesto. –Lo siento, pero somos una familia y no vamos a separarnos, sea cual sea el motivo.

Impresionado, Wolfrider levantó una ceja, cruzó los brazos y agregó:

-Tal vez deberías pensarlo un poco…

-Lo mismo digo.

Y al concluir la charla, el capitán llamó a la puerta y dos soldados se acercaron a Ly.

El muchacho no opuso resistencia, pero tampoco permitió que le pusieran un dedo encima. Ambos soldados escoltaron al licántropo a lo largo del

pasillo, bajaron por una escalera hasta llegar a un pórtico de madera. Entonces, el guardia le abrió la puerta y sin armar escándalo, el muchacho entró en su celda.

Tras oír el crujir del cerrojo, su cuerpo fue sepultado en una densa oscuridad.

Y ahí estaba, acabado, hecho prisionero por una imprudencia, por su propia codicia, pero a la vez por su propia ingenuidad. ¿En qué estaba pensando cuando decidió aceptar la propuesta de Vradfor?

Y hablando de él, seguro estaba tranquilo en su cama, cómodo, sin preocupaciones, importándole muy poco que un miembro de su propia manada se encontrara en aprietos. Claro, porque ahora era un miembro de la Guardia Real. ¿Qué importancia tenían sus orígenes para él después de todo lo que había logrado mintiéndose a sí mismo?

Pero bueno. Ya no importaba.

Quizás él tenía razón y solo se adaptó a su nuevo entorno, a diferencia de Ly, quien tras esa mala jugada sintió que todo ese tiempo estuvo equivocado y que pudo hacer las cosas diferentes.

Pero de pronto, una voz familiar lo sacó de su limbo, devolviéndole parte de ese espíritu que estaba tan demacrado.

-¿Ly?- Resonó una voz femenina. -¿Eres tú?

-¿Chicos?

-¡Ly!- Exclamaron en coro.

Aliviados, Mark e Isabel salieron de las sombras para darle a su hermano un cálido abrazo, un abrazo cargado de amargura. Sin embargo, una pizca de esperanza brotó de sus afligidos corazones, ya que a pesar de todo, seguían unidos.

La celda en la que se encontraban era dos veces más pequeña que la de la casa en el árbol. Sus paredes eran de fría roca y solo era tenuemente iluminada por una ventana con barrotes.

Tras haber concluido la reunión, Isabel posó sus ojos ante el débil espectro de su amigo y le preguntó:

-Bueno, ¿qué te dijo?

-Pues…están interesados en mí.

-¿En ti?- Quiso saber Mark. -¿Y por qué?

Ly se sentó en el piso, apoyando su espalda en la pared, jugueteó con sus dedos y empezó a explicar:

-Al parecer, el jefe de los de Asedio también maneja lo que tengo en mi puño, pero en un nivel mucho más alto. Ahora bien, él piensa que puedo usarlo para llevar una vida mejor, por lo que me ofreció unirme a sus tropas.

-¡Pues bien!- Exclamaron los muchachos.

-¿Lo dicen en serio?

-¡Pero claro!- Agregó Isabel. –Tienes la oportunidad de cambiar tu vida, no la desperdicies.

-Ese es el problema, chicos.- Ly hizo una pausa y tras un largo suspiro, prosiguió: -Ese cupo es solo para mí. Lo lamento, pero no voy a aceptarlo a menos que ustedes vengan conmigo.

-Pero, Ly.- Insistió Mark.

-¡No!- Decretó, y tras otra breve pausa, exclamó: -¡No aceptaré que se consuman en esta celda mientras yo me doy la gran vida! Además, en cuanto sepan lo que soy, ese sujeto colgará mi cabeza en su gabinete.

Al escucharlo, Isabel emitió un suspiro y agregó:

-Tienes razón. Ya bastantes problemas tienes con disimularlo y va a ser mucho peor cuando los Pendragons sepan por interno que un licántropo llegó a parar a la Legión.

Los tres guardaron silencio, hasta que Mark, inclinando su cabeza hacia la ventana, dijo:

-Bueno, al menos estamos juntos, y mientras así sea, nada debería afectarnos.

-Estás en lo cierto, Mark.- Corroboró Ly.

Pero de pronto, un resplandor blanquecino pasó por los barrotes. Mark se dio cuenta y les comentó a los chicos lo hermosa que se había tornado la noche. Ly se paró a revisar y entonces todo empeoró.

-¡Lycanhearth, aléjate de la ventana!- Advirtió Isabel.

Pero ya era demasiado tarde. La luna le iluminó los ojos y este se paralizó. Fuertes convulsiones lo sacudieron hasta caer y finalmente un alarido alertó a los guardias. Mark e Isabel trataron de sujetarlo y, mirando sus dilatados ojos, intentaron que no perdiera la cordura. Y el miedo, les humedeció la piel.

El chirrido de la puerta resonó en la mazmorra y dos fornidos guardias aparecieron con lanzas en mano.

-¡¿Qué ocurre aquí?!- Exclamaron en coro.

-¡Aléjense de él!- Les advirtió Isabel.

Pero entonces, los huesos del licántropo comenzaron a crujir, sus ojos se tornaron amarillos, de sus dedos brotaron garras y con intensos gruñidos salieron agudos colmillos.

Todos los presentes quedaron horrorizados cuando de entre sus ropas desgarradas creció una negra capa de pelo, y una inquieta nariz se retorció sobre su hocico, mirando fijamente a los guardias que obstruían su salida.

-¡Salgan de aquí!- Exclamaron los chicos.

Pero los guardias no hicieron caso y tomando sus armas atacaron al joven. Graso error. El lycan saltó sobre sus cabezas y azotándolas con brutalidad en el piso, las estrujó. Y entonces, como una estampida, salió corriendo por los pasillos dando zarpazos a todo aquel que se cruzara en su camino. Y cuando estuvo en la puerta principal, arrojó todo su cuerpo al frente y arrastrando a unos cuantos hombres, hizo añicos la puerta principal.

Nada lo detuvo, ni la sangre, ni las astillas, ni los hombres de Wolfrider. Y con tan solo un potente salto, se encaramó al muro del fuerte para caer firme hacia el otro lado, saliendo así hacia el horizonte. Hacia su libertad.

Y allí, posando sus ojos frente a la cara blanca del cielo, Ly soltó un fiero, pero aliviador aullido, saliendo a pique hasta perderse entre los árboles.

Mientras tanto, el capitán Wolfrider caminó a paso veloz hasta las celdas, con el rostro ardiendo en ira y los ojos sacando chispas. Y cuando sus hombres retiraron los cuerpos de los guardias y pusieron a sus pies a los amigos de Ly, este ordenó:

-¡Bien atados!

Capítulo 4

4

Lobos y dragones

-¿Notas eso, Ionna?

-En verdad no.- Agregó un joven de rizados cabellos rojos.

Aquel individuo portaba un par de ojos marrones en un fino, pero maduro rostro, vistiendo una elegante armadura que relucía con la luz de la luna.

Se encontraba montado sobre un dragón de plateadas escamas, crestas membranosas en la cabeza, alas enormes y gruesos cuernos inclinados hacia la nuca.

El dragón, mantenía sus amarillos ojos hurgando sobre los árboles, mientras aleteaba para mantenerse sobre los aires.

-Parece ser… ¡un lycan!- Comento este.

-Así parece.- Agregó Ionna, mirando fijamente por donde pasaba Ly.

-¿Qué crees que esté haciendo?

-Ni idea. Pero de seguro debe estar huyendo de algo. O quizá, simplemente corra para librar energías.

-Tal vez vaya a atacar algún pueblo.

-Lo dudo.- Contrapuso Ionna. –Los Lycans no atacan a nadie a menos que se encuentren en manada. Este debe ser solamente un lobo solitario. Un marginado.

-¡Pues peor aún!- Exclamó Niro. –Esos marginados se caracterizan por cargar con resentimientos hacia los demás, forjando un carácter agresivo y temerario que destruye todo lo que tenga en frente. Yo digo que acabemos con él antes de que empiece a ocasionar problemas.

-¡Esa no es nuestra misión, Niro!- Le reprendió el joven. –Nuestra tarea es inspeccionar las áreas frizias y reportar las novedades, no cazar lobos.

Pero entonces, ambos camaradas escucharon el aullido de otros lobos. Dieron la vuelta y entre los árboles divisaron a la Legión de Asedio

serpentear entre los troncos. Todo indicaba que era su presa.

Además, el muchacho de cabellos de fuego pudo sentir una hirviente fuerza que se acercaba por detrás de los perseguidores. En un instante pudo reconocer la Esencia de un viejo colega, uno que no había visto desde el día en que su corazón se había unido con su dragón, mientras que aquel otro varón regresaba a Frizia para dirigir las tropas de Asedio.

-¡Blaidd!

-Así que el frizio tiene trabajo.- Comentó Niro.

-Así parece.- Ionna hizo una pausa y al ver la sonrisa pretenciosa de su amigo, reafirmó: -¡Pero no vamos a hacer su trabajo! ¡Así que andando!

-¡Oh, vamos, Jon! ¡No hemos tenido nada divertido desde hace cuatro lunas! Al menos echemos una mirada y si no necesitan nuestra ayuda, nos vamos.

Ionna lo pensó un instante, hasta que finalmente accedió. Y así, la pareja Pendragon se adhirió a la caza.

La situación para Ly se tornaba cada vez peor.

En tanto, el joven lycan seguía corriendo, escuchando atentamente los ladridos a sus espaldas. Cegado en la razón, pero alerta en sus instintos, aceleró el paso y trepó entre los árboles hasta perderse en las ramas.

Sus perseguidores se dispersaron y alumbrados por sus antorchas intentaron hallar su rastro, ahí los demás lobos desplegaron su talento y deslizaron profundamente la nariz sobre la tierra. Era cuestión de tiempo para encontrar las garras de Ly sobre la corteza, y entonces, uno de los legionarios tiró sin vacilar su antorcha y las copas rompieron en llamas. El lycan, presa del humo, saltó de las ramas para alejarse del fuego, pero mientras su cuerpo cruzaba las copas, las hojas caídas delataban su posición.

Los lobos ladraron como salvajes mientras que sus amos bombardeaban las copas con flechas en llamas. A ese paso, el incendio consumiría todo el bosque y no solo Ly, sino que todo lo que el fuego alcanzara, perecería.

La persecución no bajó el ritmo y el muchacho tampoco, pero de repente una de las ramas cedió ante su peso, arrojando a Ly sobre un lecho de guijarros. Aún así, y a pesar de que una fleja ardiente le rozó el hombro izquierdo, Ly no dejó de correr.

Más adelante, camino a las montañas. Ly se metió en un sendero rocoso y se ocultó en las sombras sin hacer el menor ruido, el licántropo observó detenidamente a sus perseguidores, esperando a que se aburrieran y se marcharan. O al menos, eso hubiera querido su lado racional, porque su instinto salvaje lo único que deseaba era descabezarlos uno por uno.

Cerca de él, las llamas estaban devorando lentamente lo que por su naturaleza debería ser su hogar, pero hasta que la luz del siniestro no le iluminara la cara, sus preocupaciones estaban dirigidas a otras personas.

Segundos más tarde, uno de los lobos deslizó sus narices a orillas del hueco, Ly se echó lentamente hacia atrás con la esperanza de que no lo encontraran. Pero lamentablemente la herida en su hombro lo delató, por lo que no tuvo más opción que abalanzarse sobre su perseguidor y ¡crunch! le encajó sus colmillos en la garganta.

Los demás lobos se encaramaron en la roca mientras el lycan se alejaba por un sendero hacia la montaña, mas antes de salir, tres de los de su especie cortaron su camino. Gritos escandalosos resonaron entre los árboles y un estruendo de gruñidos acompañó ese réquiem. Fue ahí cuando los zarpazos del lycan y sus perseguidores dirigieron la sinfonía de una cruenta matanza. Tras instantes de alaridos, Ly arrojó a sus rivales, con las quijadas desgarradas, y sin detenerse a verlos en el piso, nuevamente se largó a correr.

Sin embargo, un estruendo resonó mientras doblaba en una esquina de la montaña, cayendo violentamente por un peñasco hasta estrellarse sobre un tronco. En ese instante una jauría de lobos, escoltada de un puñado de soldados, descendió hasta esa arboleada y, antes de que su presa corriera otra vez, lanzaron sobre él una gran red de acero y lo sujetaron firmemente. Estaba atrapado.

Ly luchaba con todas sus fuerzas para poder escapar, pero mientras más se movía, más pesada sentía sus cadenas. Aun así, algo en su interior estaba comenzando a arder, no comprendía qué era, pero sí sabía que los ladridos de los lobos y los gritos de los soldados avivaban todavía más esa llama. De pronto, el tiempo se paralizó ante sus ojos y una hirviente ola de ira detonó de su cuerpo; decidido, soltó un gruñido ensordecedor y, parándose en dos patas, quebrantó sus cadenas.

Los soldados dieron un salto de horror, pero sus lobos o dejaron el asedio y encajaron sobre el lycan garras y dientes, mas el joven se cubrió con sus zarpas y a punta de manotones se los quitó de encima.

Luego fue el turno de los soldados, quienes a pesar de que lograron causarle algunas heridas, estos no resistieron ante la fuerza de sus zarpas

y cayeron de golpe sobre las piedras.

Mas entonces la lluvia de sangre se detuvo al aparecer Blaidd con su capa de lobo y dos bultos atados sobre su bestia. Nuevamente el corazón de Ly sintió una severa punzada que, incluso, dolía mucho más que todas las heridas en su cuerpo. Eran Mark e Isabel.

Blaidd tiró a los chicos por el peñasco y dos de sus hombres los recibieron. Estaban atados de pies y manos y fuertemente amordazados, pero por suerte para el muchacho, estaban en buen estado.

-¡Todo terminó, chico!- Exclamó Blaidd, victorioso. –Ahora veo por qué no querías unirte a mi escuadrón.

Y dicho eso, el capitán arrojó un puño al frente y ¡zoom! una esfera verdosa voló hacia el lycan, envolviéndolo en un inmenso torbellino que lo estrelló brutalmente contra los árboles, acabando tirado con un puñado de hojas cubriendo su pelaje.

Isabel lanzó un ahogado grito, mientras que Mark evitó mirar.

-¡Podría matarte…aquí…y ahora…!- Prosiguió Blaidd, avanzando por los cadáveres de sus hombres. -¡Pero por suerte para ti…ningún maldito y asqueroso perro de la calle había logrado jamás…hacer lo que tú has hecho!

Con aires triunfantes, Blaidd puso su pie sobre la cabeza del joven mientras señalaba a los chicos, que forcejeaban con todo intentando escapar.

-Así que, niño, este es el trato. Te conviertes en mi sabueso y tus amigos viven. Pero si te reúsas, te domaré a palos y ellos se mueren. ¿Te queda claro?

Ly soltó un fuerte gruñido y la ira se sus ojos relampagueó frente al capitán. Sin bacilar levantó su cuerpo y un inmenso ventarrón azotó a los legionarios. Y cuando Blaidd se levantó del piso, pudo ver al lycan al otro lado del campo, erguido tras haber cortado las ligaduras de sus amigos, mientras estos se quitaban esa mordaza. Pero lo que era más increíble, el hombro del capitán había sido rajado.

Blaidd se tocó lentamente su herida y luego de apuntar al lycan con el dedo, exclamó:

-¡Maldito seas! ¡Hombres, sobre él!

Pero después de tan bárbara carnicería, el escuadrón de Wolfrider ya no quería combatir por miedo a perder la vida. De un simple gruñido estos

retrocedieron.

-Cobardes…- Les reprochó su capitán.

Y dicho eso, Blaidd emanó una llamarada verdosa de su cuerpo, se abalanzó sobre el lobo y con una patada exclamó:

-¡Aullido del Cielo!

Y ¡Broom! un inmenso ventarrón sacudió la arbolada y arrasó con todo lo que tuviera en frente. Pero el lycan, ni se inmutó. Se mantuvo firme cual roca, sujetando la pierna del capitán. Y sin esperar un instante azotó contra el piso el cuerpo de su adversario. La tropa no hizo más que mirar sumidos en pánico.

Finalmente, el lycan arrojó al capitán contra los árboles. Mas cuando este había extendido sus garras para dar el golpe final, una ráfaga de hielo congeló la situación.

Blaidd se levantó sin demora y al posar sus ojos sobre su adversario, pudo ver a un inmenso dragón de escamas plateadas, y a un viejo conocido que descendía de él. En ese instante ordenó la aprehensión de los muchachos, se acercó al bloque de hielo que sujetaba a la bestia y le dijo al jinete:

-Siempre haciendo tus entradas dramáticas, ¿eh, Johnny?

-¿Y tú?- Exclamó este, con una burlona sonrisa. –Siempre buscando pleitos. En verdad no has cambiado en lo más mínimo.

Ambos individuos estrecharon sus manos y comenzaron a explicarle al otro la situación. Blaidd mencionó lo interesado que estaba en adiestrar a Lycanhearth. Ionna arqueó una ceja y con un tono de reproche, dijo:

-De manera que pusiste en peligro a tu escuadrón sólo porque te encaprichaste con este salvaje pulgoso. ¡Blaidd Wolfrider! ¡Pero qué imprudencia! Debiste liquidarlo cuando pudiste.

-¿Y dejar que una belleza en el combate se pierda? ¡¿No te das cuenta de lo que es capaz?!- Respondió Blaidd, eufórico.

-Sé muy bien de lo que son capaces, mi amigos, por esa razón es mi deber darles caza. Son muy peligrosos y en verdad no conviene jugar con ellos. Lo lamento, Blaidd, pero tengo que aniquilarlo.

Al oír eso, los muchachos comenzaron a gritar, pidiendo que lo dejaran vivir. A lo que Blaidd ordenó que se los llevaran a la fortaleza. Y mientras los soldados peleaban por llevarse a los chicos, el capitán dirigió

nuevamente su mirada al jinete, y con una expresión de impotencia, resopló:

-Si así lo quieres…todo tuyo.

Pero entonces ¡crunch! resonó el hielo junto al gruñido furioso de su prisionero. Ly sacudió la escarcha de su pelo y volcó sobre su perseguidor una ardiente mirada. Una poderosa chispa de ira relampagueó de sus pupilas, desplazando así un violento zarpazo.

Los Peleadores salieron volando por el aire ante la presencia indignada del dragón, quien respondió al ataque con un fuerte manotazo contra el lycan. El muchacho se revolcó en la tierra, pero aferrando sus garras al piso recuperó su balance.

Blaidd incendió el fulgor verde sobre su piel mientras que Ionna saltó hacia el lomo de su dragón. Ambas posiciones se miraron detenidamente, disparando destellos amenazantes con fines de agresión. El silencio, que nuevamente se había tomado la bajada, solo fue corrompido por los mordaces gruñidos de ambas bestias.

Entonces, Niro dio el primer golpe. Su aliento de hielo se abalanzó sobre el animal, mas este lo eludió brincando hacia los costados y, con el talento de un cazador, dirigió sus fauces a la yugular de su adversario.

El capitán, sin embargo, detuvo la trayectoria de la bestia, encajándole una demoledora patada en la quijada. El lycan sintió el tronido de sus huesos hasta azotarse contra el suelo, inmóvil. Blaidd continuó su ataque y saltando sobre él, impulsó la punta de su talón en dirección a su cabeza.

Pero entonces ¡Bamp! Ly rodó hacia el lado y la pierna de Blaidd se hundió sobre la tierra. Así el lobo aprovechó la oportunidad y respondió con un fuerte zarpazo en toda la cara del capitán.

No obstante, el dragón cargó su pata sobre el lycan, hundiendo su espalda contra el frío suelo hasta oprimir su respiración.

El licántropo miró al cielo mientras emitía un fuerte alarido, el dragón lo estrujaba con sus garras y no tenía intenciones de soltarlo. Pero entonces su jinete lanzó una pérfida mirada y, sin darse cuenta, firmó su sentencia de muerte.

Aquellos ojos, resplandecieron como bengalas en lo más profundo de la memoria del chico, pues hace mucho tiempo, aquella misma mirada había asechado a su padre antes de que una cruel llamarada lo devorase. En ese momento sintió un relámpago que le cruzaba las sienes, impulsándolo a continuar y no ceder ante el poderío de sus perseguidores, y así vengar

cada una de las muertes que enlutaron el nombre de su raza.

Enfurecido, encajó sus colmillos entre los dedos de su captor, y una vez libre saltó a su cuello para derribarlo, encajando sus garras en donde se encontraría oculto el corazón. La única debilidad de los dragones.

Niro soltó un rugido de dolor y cayó de espaldas sobre los árboles. Su jinete estaba atrapado.

Ly no se detuvo y encaramándose al malherido dragón, pudo contemplar a su presa, mientras este gritaba de horror, suplicando por piedad. Mas el lycan no cesó y de un salto sus fauces cobraron su venganza.

Segundos más tarde, Blaidd reaccionó y soltó un alarido. Su cara se bañaba en sangre y un electrizante dolor le quemaba la piel. El capitán puso sus manos en el rostro hasta que un frío aliento se abalanzó sobre él. Con su ojo sano, contempló impactado el ensangrentado hocico del lobo, junto con su llameante y enfurecida mirada.

El lycan estaba más que dispuesto a destrozar al capitán de la misma forma que a su colega. No obstante, de forma inesperada, un fuerte grito se escuchó desde la cima.

-¡Lycanhearth, ya basta!

Era Isabel, quien se había hecho con una daga de los oficiales. No era para menos.

El lobo alzó la vista y alegre pudo encontrar a sus amigos.

En seguida volcó la vista hacia Blaidd y estampó en su cara un fiero gruñido. Y así corrió vigoroso hasta encontrarse con sus compañeros.

En cuanto a Niro, tomó los restos de su amigo, se cubrió el pecho lleno de sangre y emprendió el vuelo de regreso a casa, jurando que haría pagar a Lycanhearth por arrebatarle a su camarada.

El lycan y sus amigos ya estaban listos para irse, pero en ese instante la Legión de Asedio regresó con refuerzos y acorraló a los muchachos. Ly volvió a encararlos de manera hostil. Sin embargo, cuando la lucha estaba por reanudarse, un alarido se escuchó tras ellos.

-¡Déjenlos ir!

La tropa quedó consternada.

-¡Pero capitán…!- Protestó uno de ellos. -¡Estos jóvenes…!

-¡Es una orden, cabo!- Insistió Blaidd, luchando por levantarse. -¡Ya se ha derramado suficiente sangre!

El escuadrón asistió a su capitán y dando media vuelta frente a la acechante mirada de los chicos, pero antes de partir, Blaidd regresó su vista al llameante rostro del lycan, declarándole con un tono amenazador.

-Disfruta esta noche…porque mañana iré por tu cabeza y la de tus amigos…vas a pagar caro por la muerte de mis hombres.

Lycanhearth echó un gruñido y el resto de la tropa se marchó. Heridos y humillados solo deseaban volver a casa y olvidar lo sucedido. Así mismo, el lycan dio media vuelta y avanzó hacia el bosque, ignorando por completo la presencia de sus amigos.

Isabel no pudo evitar arquear una ceja e hizo un gesto de molestia. ¿Se había desatado toda una carnicería con el fin de salvarlos, todo para que se fuera sin decir una palabra? Eso sí que no iba a permitírselo. De modo que apuró el paso, se acercó al muchacho, le tocó el hombro y le dijo:

-¡Ly, espera! ¡Ly! ¡Un momento, Ly!

Pero entonces su amigo volteó y como un rayo lanzó un potente mordisco. Por suerte Mark cogió a Isabel de la ropa y logró apartarla de aquellos colmillos.

Los tres se miraron detenidamente mientras que el licántropo no paraba de gruñir. Pero en seguida Isabel se quitó a Mark de encima y lentamente acercó su palma al lycan.

-¡¿Qué estás haciendo?!- Susurró Mark, frunciendo el ceño.

-Tranquilo.- Contestó la chica. -¿Ly? Tranquilo… no voy a lastimarte.

Lycanhearth dejó de gruñir y lentamente se dejó acariciar. La muchacha fue acercándose a la húmeda y ensangrentada nariz del lobo, hasta que este deslizó su lengua por los labios de su amiga.

Isabel ocultó una avergonzada sonrisa con los dedos, mientras que sus mejillas se ruborizaron ante la brillante mirada del animal.

-Debemos irnos ahora.- Interrumpió Mark. –Mañana van a perseguirnos.

-Tienes razón, Mark.- Asintió Isabel. –Pero, ¿a dónde?

Lycanhearth hizo una señal con la cabeza, caminó hacia lo árboles y finalmente se detuvo para esperar a sus amigos. Mark e Isabel se acercaron y su peludo camarada los dejó montar su lomo. Y así el lycan se echó a correr hasta que el grupo se perdió entre las sombras.

Lo habían perdido todo. Pero eso ya no importaba.

Ya solo les quedaba una cosa. Seguir unidos.

Capítulo 5

5

Consecuencias

Niro agachó la cabeza frente al Sumo Sacerdote mientras este azotaba sus yemas sobre su silla de piedra.

A su alrededor, en la cámara de la pirámide, adornada por coloridos estandartes, esferas de cristal colgadas del techo que brillaban tan intenso como el sol, y una alfombra roja frente a la gran silla, se encontraban frente a él doce individuos de doradas armaduras, cada una con diferentes formas y coronas con aspectos de animales. Los guerreros más fuertes que defendían la tierra de Dovahgolt. Los Signarios de Oro. Dichos distinguidos caballeros se mantuvieron formados en filas de seis a cada lado del dragón, quien había tomado forma humana para rendir cuentas a su excelencia.

Niro no acostumbraba a pasar demasiado tiempo con su arquetipo humano, solo lo hacía cuando se encontraba en presencia del Gran Sacerdote, o en el interior del recinto de algún amigos. Pero esta vez era más que diferente. Su pecho estaba seriamente herido y necesitaba mantenerse en una forma que su débil Esencia pudiera sostener. Y en dicha forma, tenía el aspecto de un muchacho albino, de ojos verdosos, finos rasgos faciales, contextura delgada, dedos largos y nevados mechones cayendo sobre sus pestañas.

Por su parte, el Gran Sacerdote, de larga toga blanca, manto rojizo con bordes dorados y un tocado de oro con plumas coloridas, mantuvo su vista posada en aquel desdichado frente a él. Y después de un largo silencio, le dijo:

-Tu imprudencia le ha costado la vida a un honorable camarada, Niro. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

El dragón apretó el puño y continuó en silencio, conteniendo sus lágrimas para preservar lo que le quedaba de orgullo.

-Bien.- Concluyó. –Niro, hijo de Frost, has desobedecido una orden directa de tus superiores y quebrantado el juramento de los Peleadores de Quetzal. Por lo tanto y con gran pesar, no tengo más opción que enviarte a la Bahía de los Lamentos a que recibas la luz de tu purificación. Espero que tu espíritu logre encontrar la paz durante tu exilio para que el alma de

tu hermano pueda encontrar su ansiada calma.

-Así será.- Declaró Niro, resignado, inclinando su torso en una reverencia.

El Gran Sacerdote realizó un ademán y los hombres con armaduras escoltaron al dragón a la salida. El silencio se mantuvo mientras descendían por una inmensa escalera de piedra, que daba paso a una preciosa vista de todo el Santuario. El Santuario de Neoshtitlán.

Se encontraba más allá de las montañas de Frizia, recorriendo las inmensas masas de hielo que cubrían el norte del mundo, escondiéndose bajo gruesas masas de niebla cuyo fin pareciera ser inexistente. Pero una vez adentro, un cálido resplandor cubría una inmensa isla rodeada de rocas y pequeñas montañas.

Dicha isla estaba cubierta por un manto de tiernos pastos, además de gruesas piedras escarpadas mirando las olas, amplias mesetas y pozones de agua dulce que alimentaban el lugar tras el tiempo de las lluvias. Un clima paradisiaco, lo suficiente como para enamorarse de él con tan solo un segundo sintiendo las caricias de sus vientos.

Pero en su lado norte, todo era distinto.

Tras un escarpado barranco, en lo alto de una colina, se podía ver una pequeña bahía en la que yacían sobre sus rocas los restos óseos de viejos dragones, en forma reptil y humana; y un olor putrefacto azotaba la arena de punta a punta. Era a donde Niro se dirigía, a donde todos los dragones viejos iban a morir, y donde este pasaría lejos de los que alguna vez le demostraron aprecio y que ya no sería capaz de mirar a la cara. No después de lo que hizo.

El dragón, observó nostálgico la gran escalera de piedra frente al templo del Gran Sacerdote, mientras que los doce Signarios descendían por los peldaños hasta alejarse de la colina; tal vez para entrenar un poco, o simplemente para dar un paseo. Pero de ellos, solo uno se quedó con Niro, quien debía asegurarse de que el dragón llegara a su destino.

Era nada menos que el más joven de la Orden Dorada, de un chillón cabello cereza y un par de granadas destellando en sus pupilas; su armadura tenía detalles en espiral en sus hombreras, yelmo y calzado, con encajes en las muñecas tan perfectamente forjados que en verdad parecían pompas de algodón. Su nombre era Rubi, guardián del Signo de la Guía, representada por la liebre; era astuto, ágil, escurridizo, y además era un chico amable, tierno e hiperkinético; le gustaba ayudar a los demás y contemplar las brillantes sonrisas de quienes hace solo instantes les

pesaba la angustia.

El chico sostuvo su casco en su brazo izquierdo, mientras que con el derecho desprendió de sus hombros una elegante capa blanca tejida con lana, colocándola en los hombros del adolorido dragón. Ambos se mantuvieron en completo silencio. Y juntos avanzaron por las escaleras desviando la marcha por un espacio rocoso que los condujo por la planicie de un pequeño monte cubierto de margaritas. Siguieron caminando por un sendero serpenteante hasta meterse por un desfiladero, donde cruzaron entre paredes escarpadas, cuya senda fue volviéndose más estrecha hasta que se detuvieron en un amplio espacio a la orilla de un estanque, en donde se detuvieron a descansar por unos minutos. Ninguno quiso emitir una palabra. Continuaron la marcha con el sol del mediodía golpeando sus cabellos, en un terreno cubierto de piedras que se tornaba cada vez más difícil de atravesar; en más de una ocasión se torcieron los tobillos al pasar por esos incómodos guijarros, incluso un par de veces Niro resbaló y cayó de golpe contra el suelo, ambas veces Rubi le ofreció una mano, este lo rechazó con una tajante mirada de hielo.

Durante el resto del camino, el Alpino de Plata no hizo más que lamentarse por la pérdida de Ionna culpándose así mismo por no ser capaz de proteger a quien más quería en su vida. Solo el nombre de su hermano resonando en su cabeza bastaba para sentir una candente punzada en su pecho. Pero también, solo bastaba que resonara ese gruñido amenazante para sentir un hervor en la sangre. Ese lycan. Esa bestia. De no ser por él quizá su querido Ionna seguiría con vida, pensaba. De modo que el rencor comenzó a crecer en su interior y el frío que sentía en su pecho se transformó en una rabia cada vez más ardiente.

"Maldito lycan". Refunfuñaba. "Inmunda tu especie. Todos los tuyos no son más que unos sucios asesinos. Maldito animal inmundo. Te repudio. Pero me las vas a pagar. No dejaré que las cosas se queden tal cual están. Jamás te perdonaré lo que me has hecho. Te mataré. Juro que te arrancaré lo que me has hecho. Te mataré. Juro que te arrancaré la piel, no, destrozaré a tus amigos primero y luego sentirás mis garras destrozarte miembro a miembro; vas a sentir cómo tu corazón se desquebraja mientras todo lo que amas se desvanece ante tus ojos. Y cuando hayas derramado hasta la última gota de tu asquerosa sangre, perseguiré hasta el último perro que esparza sus inmundicias en esta tierra; los acabaré a todos, a todos los de tu raza. No quedará uno solo con vida".

Y así caminaron por toda una hora sin detenerse, llegando entonces a una inmensa laguna de aguas cristalinas. Junto a este revoloteaban pequeños grupos de aves que remojaban sus alas. Y mientras Rubi se inclinaba por un poco de agua, el Alpino, con la sangre envenenada por la ira, alzó su brazo derecho y estrelló su puño en la nuca del muchacho.

Rubi cayó inconsciente a un costado, mientras Niro desgarraba sus vendajes para liberar dos grandes y escamosas alas.

-Lo siento, mi amigo.- Le dijo a Rubi mientras yacía a sus pies. –Pero no me siento listo para retirarme a ese hogar de ancianos.

Y agitando sus alas, el dragón emprendió el vuelo. Tenía una cita a la que no podía faltar.

Capítulo 6

7

Exiliados

El rostro de Lycanhearth se arrugó como una pasa al sentir la luz de la mañana siguiente. Pudo sentir además una intensa punzada perforándole la sien. El joven lycan tenía la boca empapada en sangre, la ropa desgarrada, los pies descalzos y todo el torso quebrándose de dolor. Lentamente fue levantándose del suelo y reconociendo el lugar en que se encontraba. Era el estero de un río en medio de un frondoso bosque, y en sus cristalinas aguas, pudo ver el bello y juvenil cuerpo de Isabel flotando de espaldas. Ly la observó en silencio, apreciando la hermosura de su amiga. Sus rojos cabellos relucían como rubíes en el agua, al igual que su piel de perla tan suave como la porcelana, y esos carnosos labios con aroma a rosas cuya dulce esencia era capaz de traer la calma a su tempestuoso corazón de lycan.

De pronto, al darse cuenta de que su amigo había despertado, Isabel se enrojeció a muerte y rauda se ocultó en las aguas.

-¡Ly, despertaste!- Exclamó.

El muchacho soltó una risita y al ver la ropa de su amiga, se dirigió de inmediato a recogerla. Isabel le dijo que no la mirara mientras se vestía, cosa que el joven cumplió, a pesar de la suspicacia de su amiga.

Poco después, Mark hizo aparición con un puño de bayas envueltas en ropa. Y al ver a su amigo, dejó caer su carga para darle a este un fuerte abrazo. Por su parte, Isabel no podía quedarse al margen y también rodeó al abatido lobo con su cálido afecto.

Tras lo dicho, Ly se acordó del incidente en la finca Zeta y, con una mirada de preocupación, inquirió:

-¿Qué ocurrió anoche?

Sus amigos lo hicieron sentarse, le pidieron que conservara la calma y finalmente Isabel comenzó a decir:

-Una vez que te irradió la luz de la luna…destrozaste la puerta y arrasaste con todos los guardias que se cruzaron en tu camino. Luego de eso…el capitán del escuadrón nos tomó como rehenes y trató de usarnos para

obligarte a desistir, pero…

-Por supuesto, no accediste y casi lo hiciste pedazos.- Continuó Mark, tras la pausa de la chica. Pero cuando estabas a punto de acabar con él…un jinete de dragón apareció y te lanzó una ráfaga de hielo. En eso, tú le respondiste y, y…

-Lo maté...- Concluyó este, en desaires. -¿No es verdad?

Isabel se llevó las manos a la boca, mientras que Mark desvió la mirada. Ly apretó los dientes, volviéndose la presa de un profundo remordimiento.

-Ellos te provocaron…- Comento Mark, tratando de calmarlo. –Tú sólo…

-¡Nunca debí hacerle caso!- Lo interrumpió su amigo. – ¡De no ser por mí…esto jamás habría pasado…!

Pero Isabel, tocando el hombro de su amigo, le dijo:

-Ly, esto lo decidimos entre todos. Fue NUESTRA decisión, fue NUESTRO plan, y ahora nos toca asumirlo. ¡Sí, había riesgos! Pero estuvimos conscientes de ello desde el principio y a estas alturas ya es tarde para lamentarnos.

Al oír esas palabras, el lycan abrazó a su amiga, a lo que ella respondió con un abrazo aún más fuerte. Se quedaron así por un par de minutos, tratando de alejar toda la angustia que tan fatídica noche les hizo pasar.

Entonces, tras un largo silencio, Ly se separó de ella y dijo:

-¿Y ahora qué vamos a hacer?

Haciendo una mueca, Mark comenzó a decir:

-Hay que huir. Ya no podemos volver a Frizia, no después de lo de anoche. Hasta ahora, estamos a unos días de la frontera con Seikos. Si llegamos ahí, quizá podamos empezar una nueva vida como recolectores, pero por ahora mientras más lejos estemos de Frizia, mejor será para nosotros.

-Mmhh…comprendo.- Afirmó el lobo, ya más calmado. -Bien. Comamos algo y luego partamos.

-De acuerdo.- Repitieron sus amigos en coro.

Luego de eso Mark desenvolvió las bayas de la ropa, le entregó las prendas a Ly y junto a Isabel le dieron espacio al chico para que se

vistiera (no pregunten de dónde salió esa ropa).

La ropa era ancha. Más de lo que el joven acostumbraba. Las mangas de la camisa sobrepasaban sus dedos y los pantalones parecían un saco. Pero la intención era la que valía. Pese a todo era mejor que ir con el pecho al aire y los pantalones partidos.

El grupo se zampó las bayas como si no hubieran comido en años. Y después, se pusieron a andar.

Los minutos fueron pasando y para la molestia de Ly, los instantes de aquella noche fueron apareciendo poco a poco en su mente. El aroma de ramas en llamas, el calor de la sangre mojando su boca, gritos, alaridos, el peso de su palma ante cada impacto. Pero por alguna razón, un punto de su memoria estaba totalmente oscuro.

Pasaba siempre. Se transformaba, pasaba la noche y luego pasaba horas recobrando pieza a pieza los instantes que pasó como bestia. A veces venían de golpe, otras iban y venían poco a poco, y otras veces perdía completamente los recuerdos de su transformación.

Era difícil.

Generalmente los jóvenes lycans contaban con el apoyo de sus padres y de los chamanes de la tribu para guiarlos durante y después de las transformaciones. Pero en su caso sólo le quedaba arreglárselas por su cuenta y procurar no hacerle daño nadie.

En eso, comenzó a pensar en sus amigos. ¿Y si los dejaba ir? ¿Y si los llevaba hasta Seikos y luego él se devolvía a los bosques? Podría buscar una manada, o armar su propio grupo con lobos marginados. ¿Quién sabe? Ser un alfa, cazar.

Y causar problemas a los viajeros.

¡Mala idea!

En absoluto. Si hay algo más problemático que un lobo solitario, es una jauría de lobos exiliados, fugitivos y descontrolados.

No. Se dijo. Además sus amigos no estarían dispuestos a dejarlo solo. Mucho menos después de haber perdido su hogar. Eran sus amigos a fin de cuentas. Su familia. Su manada.

Y así siguieron andando por la arbolada hasta llegar a campo abierto. Un inmenso valle rodeado de pequeñas colinas en cuyo horizonte reposaba una extensa planicie. El sol había empezado a resplandecer intensamente y, para la suerte de los muchachos, una que otra liebre comenzaba a salir

de su madriguera.

Ly aprovechó la oportunidad para atrapar el almuerzo, cosa que no fue muy difícil para él. Sólo tuvo que esperar el momento preciso y saltar sobre su presa, girar los dedos y ¡zaz! a cocinar.

Tardaron un poco en encontrar un buen sitio para faenar su almuerzo (lo bueno es que antes de salir del bosque se habían hecho con algo de leña), pero después de recoger piedras bastante gruesas montaron una fogata y el lycan, se encargó del resto.

No hablaron mucho durante el descanso. Sólo se dedicaron a mirar el cielo, disfrutando del aire fresco y del cantar de las aves. Y se quedaron ahí, recostados, acolchados por el tierno césped, tratando de olvidar todo rastro de lo sucedido.

El que más lo disfrutó fue Ly, quien deslizaba sus dedos en la hierba, rasgando lentamente la tierra. El hormigueo en sus pies, la frescura, el dulce masaje, le hacían fundir la carne, estremecer la nuca, recobrar su aliento y llenar su mente de nuevas fuerzas.

Pero él no era el único que disfrutaba hundir los dedos en la tierra. Isabel no tardó en quitarse los zapatos y en juntar sus dedos con los del lycan (le gustaba sentir la suavidad de su piel). Se masajearon el uno al otro, pero casi al instante se dieron la espalda. Ruborizados, soltaron una tímida risa.

Eran un par de niños.

Se quedaron ahí durante un largo rato, hasta que después de haberse recobrado siguieron su marcha.

Avanzaron por el valle hasta quedar cada vez más lejos de las altas montañas.

Poco después, a unas millas de llegar a un arroyo, el grupo de amigos sucumbió ante el asombro cuando una manada de caballos cruzó el prado a todo galope. Se tentaron. A fin de cuentas era lo único que deseaban en toda la vida, al menos Mark e Isabel, montar a caballo, cruzar valles y montañas al lomo de tan nobles criaturas. Pero Ly, bueno, Ly no se sentía realmente interesado. Es decir, ¿qué gracia tenía ver a un animal encima de otro?

Entonces siguieron su camino.

Caminaron sin detenerse hasta cruzar por una quebrada. Avanzaron por ella sobre un camino de tierra y cuando casi anocheció, el grupo logró

salir y detenerse en medio de otro inmenso valle.

Ly había reunido bastante leña durante el trayecto, y tras armar el montículo de ramas, golpeó un par de piedras para encender el fuego. Los jóvenes se hicieron así con un cálido espacio para pasar la noche.

Habían avanzado bastante, incluso más de lo que esperaban. Ya sólo quedaba esperar a que se encontrasen con su destino, las llanuras de Seikos, donde una suave brisa libre de escarcha los esperaba para abrigarlos en su exilio.

Mientras tanto, nuestro joven lycan había logrado atrapar a un caribú joven, y con ello, sus amigos y él se dieron un festín del que no habían probado nunca. Luego, los tres se resguardaron junto a la pared de una gran roca, donde contemplaron los últimos rayos del sol en esa basta pradera.

Mientras miraban el atardecer se dedicaron a charlar sobre cómo sería vivir de la caza y de intercambiar presas. Lo que hizo meditar a Ly sobre cómo hubiesen sido las cosas si sólo se hubieran dedicado a cazar. Tal vez nunca habrían arriesgado sus vidas como lo hicieron hasta esa noche, nunca se hubieran cruzado con Vradfor ni con sus engaños, simplemente habrían cazado caribúes sin molestar a nadie, se habrían ganado la vida honradamente e incluso un día se hubiesen dedicado a viajar por el mundo. Pero no lo hicieron. Y ya era demasiado tarde para lamentarlo.

Al cabo de un rato, el grupo se acurrucó frente a la fogata, contemplando el cielo nocturno que poco después los alcanzó. Lycanhearth se mantuvo fijo en las estrellas mientras sus amigos se mantenían a su lado. Aún les quedaba un largo camino por recorrer.

No pasó mucho tiempo para que el joven lobo se sumergiera en los fangosos rincones de sus pensamientos, tratando de olvidar por unos instantes los infortunios por los que el destino lo había hecho pasar. Tratando de olvidar el atraco, el sabor de la frustración ante los golpes de Wolfrider, el miedo recorriéndole la piel a cada paso de sus perseguidores, y la ira, la ira al presenciar el rostro que hace tantos años hizo trizas su corazón.

Pero entonces, lo vio. Lo vio con claridad. Sus fauces apresándole el cuello, descargando toda su rabia en un desgarro fatal.

Pasmado, se llevó las manos a la cara, asimilando, a pesar de todo, la naturaleza a la que guardaba fuertes espasmos, si se trataba de exhibirla frente a quienes no soportarían sus arrebatos.

Respiró hondo, asumiendo que ya no podía cambiar lo que estaba escrito. Luego dirigió la mirada hacia sus amigos, que dormían plácidamente tras

una agotadora jornada de viaje. Les sonrió.

El joven lycan siguió observándolos durante un rato, alegrándose profundamente por contar con su amistad.

Continuó así, en silencio, hasta que el peso de sus ojos lo sumergió lentamente en un letargo, cayendo por las sombras más oscuras que habría presenciado en toda su vida.

Pero en cuanto abrió los ojos, sus amigos ya no estaban. ¿A dónde habían ido? Se preguntó extrañado. Pero la verdadera interrogante era otra: ¿Dónde estaba?

Todo a su alrededor le resultaba familiar. Era cálido, tenue, recubierto de pieles aterciopeladas. Y al otro lado, un jolgorio que corrompía el silencio.

Ly se acercó a una pequeña rendija, y al cruzar, su corazón se paralizó del asombro.

-¡Ly! Ya despertaste.

La dulce voz de una mujer de pelo negro que caía hecho una cola sobre su hombro derecho, hizo vibrar sus atónitos tímpanos.

-Ma…Madre…- Carraspeó él. – ¡Estás aquí!

La bella mujer lo miró extrañada.

-Pachoncito, ¿te sientes bien?

Boquiabierto, el lycan observó todas aquellas chozas alrededor de un fogón extinto y cubierto de hollín. Y a los niños que se correteaban de un lado al otro, mientras que las mujeres se sentaban sobre unos troncos a tejer canastos.

No tenía sentido. ¡Estaba en el campamento de su manada!

-Es…te…- Comenzó al balbucear el joven.

-¡Yo sé que le pasa!- Irrumpió de pronto una gruesa voz.

El muchacho dio la vuelta y miró impactado el fornido rostro de un hombre implacable, de electrizantes ojos azules y una frondosa melena negra.

-¡Padre!- Exclamó el muchacho. -¡¿Cómo es que…?!

-Por abusar de los dulces de bayas que tu mamá te dio, acabaste con dolor de estómago y no pudiste salir de caza con nosotros. ¡Te perdiste de tu primera noche de cacería por comportarte como un niño goloso! Así que para la próxima luna llena que ni se te ocurra probar uno siquiera. ¡¿Oíste?!

Aquellas palabras dieron sentido a todo lo que estaba pasando. Lo que entonces, ¡sólo podía significar una cosa!

-¿Lycanhearth?- Insistió el padre.

-Ehhh…Sí, padre. No se repetirá.

-Eso espero.

Mientras tanto, los hombres de la tribu estaban dispersándose por el campamente, repartiendo la presa para faenarla y preparar la comida. En eso el padre de Ly (que era nada menos que el lycan Alfa), aventó a su muchacho un rollo de piel que cargaba entre los brazos, diciéndole a su hijo:

-Siempre te gustaron las cornamentas. Recuerdo cuando eras pequeño y pasabas horas masticando los restos de los mayores. Anoche obtuvimos una buena presa y nos hicimos con un alfa…Imaginé que te hubiese gustado conservarlas.

Sin aliento, sus ojos se deslumbraron mientras desenvolvía su regalo y contemplaba esa fina hilera de púas de hueso aterciopelado. Una genuina cornamenta de ciervo Alfa. El que sería el último recuerdo que tendría de su padre.

En eso, lo recordó. Sabía lo que venía después.

Ardiendo en pánico, sus trémulos dedos dejaron caer el obsequio. Y tras un brusco giro se dirigió a fogón y empezó a decir:

-¡Tenemos que irnos de aquí! ¡Rápido! ¡La tribu corre peligro!

El espasmo se dispersó por el campamento cual polvorín y la gente al instante se reunió con el muchacho. Luego de eso el padre avanzó entre sus hombres y exclamó enfadado:

-¡Con un engendro, niño! ¡¿Pero a ti qué te pasa?!

Lycanhearth respiró hondo. Sabía que alarmándose no conseguiría resultados positivos. Por lo que trató de calmarse un poco y luego se

explicó.

-Sé que parecerá una locura…pero esto…esto ya había pasado antes…Yo lo vi, ¡lo vi! ¡Vi cómo una bandada de dragones se dirigió a nuestra tribu para destruirnos! Y lo peor de todo es que… ¡Todos vamos a morir si no salimos de aquí ahora!

Y las carcajadas volaron por los aires.

El padre de Ly no toleró el papelón de su hijo, y tirándolo del brazo lo alejó de la muchedumbre mientras decía:

-Te estás metiendo en un grave problema, niño, y no estoy de humor para jugarretas.

-¡Pero es la verdad…! ¡Yo nun…!

Pero un fuerte rugido silenció todo el jolgorio y el corazón de Ly se congeló de horror.

-Están aquí…

Y una llamarada cayó como tromba sobre las chozas y el pánico estalló en toda la tribu.

Eran un total de seis, pero sus garras de acero e imponentes colmillos sólo eran el menor de los problemas. Pues su aliento era el sello de su destrucción. Muerte.

Ante el ataque, el padre de Ly dispersó a sus hombres y dio la orden de evacuar a la tribu. Luego llamó a su mujer y entregándole al muchacho, le dijo:

-¡Lydia, llévatelo de aquí! ¡Aléjense lo más que puedan!

-¡No!- Protestó Ly. -¡No pienso dejarte solo!

-¡No discutas!

Y dicho eso, el padre saltó a la batalla, embistiendo a un fiero dragón junto con algunos de sus hombres.

Lydia no perdió el tiempo y tomó a su hijo para salir del campamento. Este, no hizo más que acceder.

Se internaron en el bosque y corrieron lo más rápido que un lycan podía correr. Podían sentirlo. Sentir el aleteo de esas bestias, su aliento, el estruendo de llamas, truenos y ventosas, y el grito de sus seres queridos

silenciado por el odio de unos pocos.

Ly no lograba comprender. ¿Cómo es que todo eso estaba pasando? ¿Cómo es que estaba viviendo nuevamente ese mismo día? ¿Acaso por algún motivo estaba recibiendo una nueva oportunidad? Una oportunidad para salvar a su familia y tal vez poder vivir un poco mejor.

¿Pero cómo?

El pánico lo apresaba y la adrenalina le oprimía el pecho.

Pero podía intentarlo, se dijo, podía guiar a su madre a un sitio seguro, al menos. ¿Pero y los demás? ¡Diablos! Lamentablemente no tenía tiempo. Así que dirigió la mirada a una esquina y se dispuso a dirigir a su madre por ahí. Mas su cuerpo no reaccionó.

¡¿Qué estaba pasando?! Se preguntó. ¡En verdad su cuerpo no respondía! Intentaba doblar, gritar, o al menos detenerse, pero nada. Era como si su cuerpo estuviera actuando por cuenta propia. Actuando por cuenta propia. Moviéndose por aquellos mismos caminos.

Y entonces, tras girar por una esquina, la madre del joven lo empujó hacia unos arbustos, y quedándose estática, un resplandor la embistió con brutalidad.

Y luego de alzarse una cortina de humo, el joven miró el cuadro con el aliento petrificado. Y cuando el manto negro se desvaneció, su alma se desgarró al ver a su madre empapada en sangre, luchando por mantenerse de pie.

-Ma…Madre…- Resopló Ly entre lágrimas, alzando el brazo.

-L-Lycanhearth…- Jadeó su madre, dirigiendo una tierna mirada, mientras esbozaba una sonrisa. –Corre…

De pronto, uno de esos dragones alzó su garra y ¡Bamp! estrelló a Lydia contra los árboles. Los ojos del joven quedaron deshechos ante el cuerpo de su madre tumbado sobre el pasto.

Congelado, y temblando de miedo, el muchacho no hizo más que soltar un fuerte alarido con los ojos hechos cascadas.

Y tras ese instante, el dragón y su jinete se acercaron con lentitud, asechando al muchacho con una fría tenacidad.

Pero él, apretando los puños con resignación, no vaciló ante el movimiento de los invasores, y de un potente salto, tumbó inesperadamente a la bestia. El jinete se estrelló asombrado, pues jamás

imaginó que el chico guardara en sus adentros tanta fuerza.

Mas el dragón no le aceptó tal osadía, y con un fuerte impulso, disparó tajante su aliento electrificado.

Sin embargo, Ly, ardiendo de rabia, embistió el ataque con su palma derecha, conteniéndolo. Y así se mantuvo, firme, intimidante, con una mirada tan aguda como el zumbido que brotaba de su brazo.

En tanto, el jinete se puso de pie y sacudiendo los dedos hizo brotar dos intensas chispas eléctricas, y en un veloz movimiento atacó.

Mas un estruendo salió de la nada y el agresor, sintiendo un rotundo impacto en su mejilla, salió volando hasta cruzarse con el aliento de su dragón, detonando así otro inmenso estallido. Ly salió disparado tras el estruendo, azotándose contra unos matorrales. En eso un muchacho de mayor edad se le acercó cual viento y lo ayudó a levantarse. Al chico le tomó unos segundos reaccionar, y cuando lo hizo, lo reconoció en milésimas.

Era Vradfor.

-¡Tenemos que irnos, ya!- Exclamó él.

Y rápidamente lo tiró del brazo para que se echaran a correr. Pero Ly, se resistió.

-¡Espera! ¡Mamá!

Pero Vradfor notó que los atacantes se estaban levantando y nuevamente tiró de él.

-¡Lo sé, lo sé!- Le dijo con lágrimas en los ojos. –Yo también siento lo mismo.

Y se alejaron. Se alejaron lo más que pudieron.

Poco después se detuvieron cerca de un barranco, frente a la cause de un ancho río. Desde allí pudieron ver cómo los dragones volvían al cielo.

Habían cumplido su cometido.

No sabían cuántos sobrevivieron a la matanza, ni jamás volvieron a nadie más después de lo sucedido. Pero tras haber dado por hecho la retirada de los atacantes, Ly se desplomó sobre las rodillas, quebrando en un llanto desgarrador.

Lo habían perdido todo.

No lo entendía. Sabía todo lo que iba a pasar y por alguna razón su cuerpo no hizo nada diferente. ¿Por qué? Se preguntaba. ¿Por qué nada cambió? ¿Acaso el destino era inevitable? ¿O acaso él, de cierta forma, quería que pasara? Las interrogantes asecharon al muchacho cual cuervos a media noche, consumiendo su interior en una ácida flama.

Por otro lado, ahí estaba Vradfor, quien amablemente tocó su hombro y se mantuvo firme, pues aunque la pérdida de sus seres amados había destrozado su corazón, aún tenía a un pequeño amigo al cual debía proteger.

Pero entonces, ocurrió. La peor parte del peor día de sus vidas.

Ambos licántropos pudieron percibir el aroma de su perseguidor, quien apareció de entre los árboles con un soberbio andar y una intimidante sonrisa. A su lado, apareció otro joven, de cabello rubio y los ojos sedientos de sangre.

Alterados, los licántropos se pusieron en guardia, aunque Vradfor, tratando de proteger a su compañero, se puso al frente, esgrimiendo una tensa mirada.

-¡Vaya!- Exclamó el primero de ellos. –De modo que aquí estaban, pequeños.

-¡Váyanse de aquí!- Ladró Vradfor. –Ya nos causaron suficiente daño. ¡Tienen lo que querían! ¡¿No?!

-Pues lamento decirte que no, amigo.- Determinó el joven de cabellos dorados. –Porque nuestras órdenes fueron bastante explícitas.

-Ataque preventivo.- Agregó el chico rubio.

Y al mismo tiempo, otros cuatro jóvenes emergieron del bosque.

Vradfor apretó los dientes tratando de contener la ira. ¿Cómo podía ser alguien tan cruel como para masacrar a todo un poblado por el simple hecho de considerarles una posible amenaza?

-Lo lamento por ustedes, niños.- Agregó uno de los jinetes. –Pero las órdenes son órdenes. No podemos darnos el lujo de dejarlos con vida para que en sus noches locas masacren a toda una villa.

Al oír esa voz, Ly lo reconoció al instante. Era Ionna, el muchacho que lo

sorprendió en la batalla contra Wolfrider.

Por otra parte, Vradfor trataba de idear un plan para escapar. ¿Pero cómo? Su única salida era saltar por el barranco y esperar a no morir. Sin embargo, si los seis atacaban en conjunto, podrían liquidarlos mucho antes de que pudieran saltar.

No obstante, si lograba arrojar a su hijo al río, y se quedaba a contener a los atacantes, al menos el chico sería capaz de salir adelante por toda la manada y la muerte de sus seres amados no sería por nada.

Pero apenas tuvo tiempo de reaccionar, pues tras un chasqueo de dedos de Ionna, uno de sus acompañantes tomó la forma de un inmenso dragón rojo y ¡Fuam! lanzó su llamarada.

Vradfor cubrió a Ly con sus brazos, apretando los ojos a la espera del impacto. Mas su sorpresa fue mayor al escuchar ese estallido, ya que ante ellos, tras extenderse una colina de humo, se apareció el Patriarca de los lobos. El padre de Lycanhearth.

Los tres jinetes observaron asombrados el aspecto maltrecho del licántropo alfa, quien a pesar del mal aspecto de su cuerpo, seguía firme, seguro, con una férrea mirada dispuesta a todo por su pequeño y su manada.

-¡Me impresionas!- Exclamó Ionna. –Has resistido una lluvia de ataques de una cuadrilla muy poderosa de Pendragons. ¿Y para qué? ¿Todo para proteger a los últimos de los tuyos? ¡Boh! ¿No se suponía que ustedes sólo eran simples bestias sin sentimientos?

-¡Miserable!- Gruñó el alfa.

Y tras un asfixiante cruce de miradas, el tiempo se petrificó.

Pero al tronar un breve destello, los ojos del viejo lobo se posaron dulces, aunque angustiados, sobre su hijo, a quien con profunda serenidad le dijo:

-Lycanhearth…

-¿Pa-Padre?

-Quiero que me prometas algo.- Y luego de una breve pausa, manteniéndose al asecho, agregó: -Quiero que jamás deshonres el espíritu de nuestra manada.

Hizo una pausa. Necesitaba contener el dolor.

-Mira, sé lo que debes estar pensando. Sé lo que debe pasar por tu cabeza, pero escucha, no es tu culpa. Y no tiene por qué serlo. Y sí, allá afuera vas a ver muchas cosas y conocerás a mucha gente, ¿pero sabes una cosa? Ninguno de ellos es tú. Nunca olvides eso…

Y los ojos de Lycanhearth explotaron abrumados.

-Lo…Lo prometo.

-¡Qué conmovedor!- Se burló Ionna. –Pero no te angusties. Con gusto los enviaremos a los tres a reunirse con su manada.

Y lanzando una mirada a su colega, agitó su cabeza y su compañero señaló a los lycans con la mano. Y el dragón no dudó un instante en alzar su cuello, listo para otro ataque.

No obstante, a tan sólo milésimas del ataque, el Alfa dio media vuelta y sin vacilar empujó a Vradfor y a su hijo hacia el vacío. Luego extendió sus brazos contra la ráfaga, deteniéndola con tenacidad.

Mas los otros no se quedaron atrás y rápidamente dispararon en contra del licántropo, y una ola escarchada, junto con un potente relámpago, embistieron al alfa con un estallido avasallador. El lycan luchó con toda su energía para contener los impactos, mas sus fuerzas no bastaron y en menos de un minuto, cedió.

¡FROOOM!

Y un rayo de fuego atravesó el acantilado.

Lo último que Ly vio de su padre fue su cuerpo surcando el cielo cubierto de llamas. Ante ese cuadro, el cuerpo del muchacho se estremeció de horror, sus ojos se hincharon de espasmo, su quijada tembló de frío y su corazón se desgarró de un golpe.

Y luego ¡Splash! su cuerpo retumbó contra el agua y se hundió lentamente en las más lúgubres tinieblas.

Había terminado. Una vez más había perdido a su gente y no fue capaz siquiera de hacer algo.

Pero ya no importaba. De todos modos él tenía entendido que el tiempo era inmutable. Inflexible. Inalterable.

Y así se sumergió cada vez más en esas frías aguas, sintiendo cómo su mente se disolvía poco a poco. Quiso entonces que ya acabara, quiso

ahogarse y ya no saber más de lo que pasaba a su alrededor, quiso que sus ojos semi-cerrados ya no volvieran abrirse más. Pero de repente una fuerte sacudida lo hizo reaccionar.

¡Broom!

Ly asfixió un grito, mientras su cuerpo temblaba de frío, empapado de sudor. Se llevó así las manos a la cara y trató de recobrar la conciencia tras aquel trágico acontecimiento. Y no tardó mucho en darse cuenta de que sólo había estado soñando, el que para su dicha se había terminado. Se encontraba de nuevo en el páramo, sentado en ese suave césped, en compañía de sus queridos amigos.

No podía estar más dichoso.

Mas su sonrisa se convirtió en pánico al contemplar tan horrendo cuadro postrado a sus pies.

Sus amigos, yacían sin vida con el cuerpo mutilado y los ojos abiertos como platos, inundados de miedo.

Sin poder creerlo, Ly echó un alarido, cayendo de espaldas con el alma en la boca. ¡Estaban muertos! ¡Mark e Isabel estaban muertos!

Temblando de horror, el muchacho se acercó a los cuerpos, sediento de un último abrazo. Y estallando en llanto, los acercó a su pecho y los inundó de su calor. Una última despedida para aquellas personas a quienes más amaba en la vida.

Pero un giro inesperado espantó al lycan todavía más, pues tras un breve instante sus amigos desaparecieron, y en su lugar, un muchacho con el cuello desgarrado, apareció.

¡Era Ionna! ¡El jinete al que había dado muerte!

Aterrado, Lycanhearth se alejó del cuerpo, echándose a correr tan rápido como sus piernas pudieran. Sin embargo, su fuga no llegó tan lejos, pues un choque inesperado lo devolvió al suelo.

Ionna se había aparecido frente a él. Este, lo miró con los ojos envueltos en angustia, y luego le dijo:

-Corre…

Pero Ly, petrificado, no fue capaz de emitir una sola palabra. A lo que el jinete insistió de un grito:

-¡Rápido! ¡Él ya viene! ¡Corre!

¡Uaagghh!

Y el muchacho nuevamente asfixió un grito.

Capítulo 7

8

Lamentaciones

El crujir de las llamas se asemejaba al caer de mil lágrimas que regaban el suelo con su canto fúnebre. Canto, que ardía en coro junto con los gritos de las viudas de aquellos soldados caídos.

El capitán Wolfrider se mantuvo en silencio, solemne, honrando a sus valientes camaradas, quienes dieron todo de sí por el honor de la legión.

Y así, finalmente se dio la señal, y frente a las hogueras se alzaron cuernos con forma de cabeza de lobo, y soplaron. Un agudo, pero profundo aullido, brotó de aquella armada hasta perforar el cielo, danzando entre la colmena de humo hasta perderse en el infinito.

Cuando las hogueras se consumieron, las cenizas de los caídos fueron entregadas en urnas a los familiares de los caídos. El funeral había concluido.

Wolfrider se alejó de la muchedumbre sin mediar la más mínima palabra. No deseaba ver a nadie más. Se adentró en el fuerte camino a su despacho, irritándose aún más a cada vistazo de las marcas de aquel lycan por todo el complejo. Y al llegar a su oficina, cruzó el umbral como un rayo y cerró la puerta de golpe.

Se sentó en su silla, apoyando los codos sobre la mesa y llevando sus manos hacia la cara. Estaba sofocado. Necesitaba un respiro. Había sido un largo día después de una fatídica noche.

Notó un poco después que a su lado le habían dejado una carriola con té y un plato con panecillos, y una tarjeta que decía: “De parte de todos, saldremos adelante, capitán”. Era un lindo gesto, pero no quitaba el desastre en el que había metido a su tropa.

¿Cómo pudo ser tan torpe? Se dijo. Había perdido a sus hombres, su viejo amigo había sido asesinado por una bestia, y como si fuera poco, había sido ridiculizado por tres niños huérfanos sin siquiera un mínimo de gracia.

Pero eso no podía quedarse así, se decía. No sabía cómo, pero de una u otra forma estaba dispuesto a hacer justicia por la pérdida de sus hombres. Estaba dispuesto a sacarle un ojo, así como él destrozó el suyo,

forzándolo a llevar un ojo de vidrio y la cara deformada por una horrenda cicatriz.

Aunque por otro lado, la responsabilidad por las fuerzas caídas durante la persecución seguía latente en su abrumada conciencia. Por su ambición, se lamentaba, y su deseo de dominar la fuerza del joven cometió la mayor imprudencia de su carrera, y gracias a eso familias enteras pagaban el precio de su soberbia.

Por ello se propuso firmemente el encontrar a Lycanhearth y darle muerte sin bacilar. Así creyó que compensaría la pérdida de tantos buenos soldados, y además, saldaría su deuda con su tropa, con su nación, y consigo mismo como Peleador.

Pero de pronto, un estruendo tras el umbral quebrantó el silencio, haciendo que el capitán se molestara todavía más.

-¡Me encuentro indispuesto para cualquier atención!- Exclamó Blaidd. -¡Por favor, vuelva más tarde!

-¡Blaidd!- Respondió una voz más joven.

Al instante, Wolfrider se inundó de asombro y de inmediato se levantó para abrir la puerta, y una vez ahí, exclamó:

-¡Rubi!

El chico de los cabellos grana miró al capitán frizio con un alarmado aspecto, diciéndole:

-Tenemos un grave problema…Es sobre Niro…

Al escuchar esas palabras, Blaidd recordó el incidente en el bosque, por lo que invitó al chico a pasar. Le ofreció entonces asiento y una taza de té, y ya más calmados, le preguntó:

-¿Qué pasó con el dragón? ¿No puede morir en paz?

-No, no es eso.- Resopló Rubi.

-¿Entonces qué es?

El muchacho respiró hondo, dejó sus manos sobre los muslos y comenzó a decir:

-El Gran Sacerdote…está furioso…

-Y no es para menos.

-¡Iban a matarlo, Blaidd! Nos convocaron para una reunión extraordinaria para ver el caso de Niro y Ionna. Varios de los Doce habían decidido ejecutarlo, después de todo, ya sabes lo que pasa si usamos nuestra Esencia para nuestra propia satisfacción. Sin embargo, el Sacerdote y el resto de nosotros sentimos compasión por su pérdida y acordamos que lo dejaríamos consumar su pena; lo dejaríamos ahí, en la parte norte de la isla para que su tristeza se encargara del resto. Pero resultó que Niro se encuentra cegado por la ira y escapó del Santuario esta mañana. No sabemos en dónde se encuentra, pero lo más seguro es que fue a buscar a ese lycan para vengar a Ionna.

-¡Bah!- Resopló el capitán. –No es el único que quiere desollarlo vivo.

-¡Blaidd, esto es serio!- Le reprochó Rubi. –Niro nunca debió salir del Santuario. Y ahora por eso la Orden no le demostrará un mínimo de misericordia; yo podría intervenir y ayudarlo en algo, pero no puedo hacer mucho si se mancha las manos de esa forma. Además, se encuentra gravemente herido, y en el estado que se encuentra dudo mucho que pueda resistir una pelea larga.

-Sí, eso lo entiendo, Rubi,- dijo Wolfrider -¿pero cómo quieres que te sea de ayuda?

-Necesito que me ayudes a encontrarlo. Hay que hacerlo entrar en razón. ¡Tiene que entender que la venganza no le devolverá a Ionna y que sólo lo va a hundir todavía más! Así que habla con él, Blaidd. Tú estuviste ahí, tal vez te escuche.

-¿Y qué te hace pensar que lo haré cambiar de parecer?

-Blaidd, por favor.- Insistió el joven. –No perdemos nada con intentarlo.

Y al escuchar eso, Wolfrider reflexionó por unos segundos las palabras de su amigo. Hasta que por fin, tomó una decisión.

-Lo haré. Reuniré una tropa y partiremos de inmediato.

El muchacho esbozó una sonrisa y agradeció la consideración de su amigo. Y salieron.

En el patio del fuerte las cosas estaban volviendo a la normalidad. Las familias se habían retirado y los demás oficiales ya estaban ordenando, devolviendo sillas a sus lugares y desmontando el púlpito.

Y al ver al capitán, todos detuvieron sus quehaceres y se cuadraron ante su superior. En tanto, otros tres Peleadores que acompañaban a Rubi se

acercaron a Blaidd y estrecharon su mano. Entre ellos estaba Serena, la Signaria de oro de la Dicha, una bella mujer de suave melena azabache y carnosos labios cubiertos de rocío. Y los otros dos, Dianne, Signaria de oro de la Lucha, que al igual que Serena su fuerza sólo podía compararse con su radiante belleza; y Yeshuah, Signario de la Bondad de la Bondad, de aterciopelada piel cobriza cubierta por una cascada de pelo aceituna que se mecía con sus andanzas.

Junto a ellos, un muchacho de piel tigreña y cabellos marrones con visos dorados los miraba en silencio. Era Harleq, el dragón de Dianne, y buen amigo de Niro y Ionna.

Y una vez que todos estaban reunidos, el capitán se puso frente a sus hombres y, con voz de mando, exclamó:

-¡Compañía, atención!

No tardó más de un segundo en tener a toda su tropa firme y dispuesta. Entonces, habló:

-Los distinguidos caballeros aquí presentes han venido de Neoshtitlán para solicitar nuestra colaboración en un caso de búsqueda. Todo indicaría que se trata del criminal responsable por la muerte de nuestros queridos camaradas, el joven licántropo de nombre Lycanhearth. Pero nuestro objetivo, no sólo es encontrar al ya mencionado fugitivo, sino que también aprehender al compañero dragón de Ionna Gallett, un dragón de la raza Alpina de Plata llamado Niro. Este individuo al parecer responsabiliza al joven por la muerte de su camarada, por lo que todo indicaría que pretende tomar la justicia por sus propias manos. Así que nuestro deber es interceptar al Alpino antes de que inicie su ataque contra el licántropo.

De repente, los cuchicheos saltaron cual grillos de un sitio a otro, algo que el capitán no toleró un solo segundo. Y con un enérgico grito, los silenció.

-Muy bien.- Prosiguió. –Para esta ocasión sólo requeriremos el apoyo de algunos voluntarios. Máximo seis personas. Así que aquellos que decidan ofrecerse para llevar a cabo esta misión de rastreo, que den un paso al frente.

Los oficiales miraron a Blaidd con seriedad, manteniéndose inmóviles frente al llamado de su superior. Se lo esperaba.

Pero luego un muchacho de piel de seda y sus ojos de lucero se acercó tímida, pero decididamente. Y a él, se le unieron otros dos, hasta que tras pensarlo por unos instantes, tres hombres de mirada tenaz se acercaron a

sus demás colegas.

Entonces, una vez reunida la tropa, el capitán ordenó a sus hombres volver a sus labores, y estos, se retiraron.

Luego de eso, Blaidd se dirigió a Rubi, diciéndole:

-De acuerdo, primero vayamos a la escena del crimen en busca de pistas. Una vez que tengamos el rastro del lycan, lograremos llegar a Niro directamente. O más bien, él vendrá a nosotros.

-Está bien.- Dijo el joven. –Pero, oye… ¿qué pasará con el chico? No estarás pensando en vengar a tus hombres, ¿o sí?

-¡¿Cómo crees?!- Protestó Blaidd.

-Blaidd Sunshinne Wolfrider- le reprendió el Signario. –Es en serio, ya bastante tenemos con el incidente de Niro como para que tú te ensañes con un pobre muchacho. Mira, de verdad lamento lo de tu tropa, pero…

-Es un fugitivo de la ley dentro de la jurisdicción frizia.- Contrapuso Wolfrider. -Por la que se ha dado una orden de caza y captura, ya sea vivo o muerto. Así que da igual si es mi puño el que le da muerte, a fin de cuentas está condenado.

-Mmhh…como digas…- Replicó Rubi, con una mueca de resignación.

Blaidd, por su parte, decidió que ya era el momento de partir. Así que una vez alistados los lycans, la tropa se alineó en la salida.

-¿Seguros que no tienen algo más rápido?- Le comentó Serena a Blaidd de repente.

-Yo no subestimaría la destreza de los lobos.- Respondió Blaidd. –Alístense ya. Salimos a mi señal.

Y al escucharlo, aquel silencioso muchacho se convirtió en un inmenso dragón de color cobrizo. Los Signarios subieron a él con un enérgico salto y la prominente criatura comenzó a elevarse sobre los frizios con un suave, pero firme aleteo.

Ya sin más preámbulos Blaidd miró decidido el umbral de aquella base, pensando nuevamente en aquellos que hace una noche habían salido con él a cazar al lycan.

Esta vez no. Se dijo. Iban siete; volvían siete.

-¡¡¡AVANCEEEN!!!

Y partieron. Los lobos salieron como flechas directo al bosque, seguidos por aquel dragón, quien escoltaba sus pasos con mucha cautela.

-¡Nuestro destino…la escena del crimen!- Exclamó Blaidd, enérgico. -¡Formación de Rastreo! ¡Velocidad máxima! ¡Manténgase unidos y una vez en el lugar de los hechos, recibirán nuevas instrucciones!

-¡Sí, Señor!- Exclamó su tropa.

-¡Ah! ¡Una cosa más…!- Agregó su capitán. – ¡Incendien su Esencia!

Y así se adentraron en el bosque, corriendo como saetas sin titubear tan sólo un segundo.

Había llegado el momento. La hora de probar que la pérdida de sus hermanos no había sido en vano.

Capítulo 8

9

Una hiedra llamada Venganza

Lycanhearth se apretó tan fuerte la cara que casi se exprime los ojos. Además de que la luz del alba le había dado con todo, justo de frente.

Se había acabado todo.

Al final todo a final se redujo a una espantosa pesadilla, lo que pudo calmar un poco su desbocado corazón.

Pudo ver así que sus amigos seguían plácidamente dormidos, sobre todo Isabel, que reposaba sobre los muslos del joven como un polluelo sobre su nido.

Es mejor no despertarlos. Se dijo. Por lo que se mantuvo quieto, mirando aquella antigua marca que se alojaba en su palma.

Hace mucho que había dejado de pensar en ella, en esa raya horizontal de aspecto ceroso. Al igual que había dejado de pensar en ese día. Y en especial, en Vradfor.

¿Qué le había pasado? Se preguntó. ¿Qué habían hecho con él para que renegara de su gente de forma tan radical? ¿Simple avaricia, o existía algo más?

Pero sus incógnitas, tuvieron que posponerse.

No muy lejos de ahí, un peculiar olor alertó al licántropo, quien al instante recordó las palabras de Ionna dentro de su sueño. “Él ya viene, ¡corre!”.

-¡Chicos, despierten!- Exclamó de pronto el joven.

-Ly, ¿qué tienes?- Protestó Mark, incorporándose lentamente junto a Isabel.

-¡Tenemos que irnos!

-¿Ahora?- Se quejó Isabel. -¡Pero aún es muy pronto!

-¡Ya!- Replicó el lycan.

Y tomándolos de las manos se lanzó hacia el frente sin dejar de mirar hacia ambos lados. Mas sus compañeros no aceptaron tan hosco trato, y aunque no pudieron poner mucha resistencia, no pararon de protestar frente al repentino actuar de su camarada.

Pero entonces, los sentidos de Ly estallaron de pavor.

Se detuvieron frente a unas enormes rocas, a lo que el lycan, con tan sólo una mirada, les indicó a sus hermanos que guardaran silencio.

Alguien los observaba.

-¡Sorprendente!

De golpe, un joven de aspecto maltrecho y grandes ojeras se deslizó de pronto frente a los muchachos, su frívola sonrisa los asechó con cada paso, mientras que el licántropo se ponía en frente de sus amigos, decidido a protegerlos a toda costa.

-Imaginé que sería un poco más fácil encontrarte.- Comenzó a decir el joven. –Pero a pesar de tu desgaste, admito que me costó muchísimo seguirte el paso. ¡Pero en fin! Ya estoy aquí. Justo frente a ti…valió la pena ponerle empeño, ¿no?

-¿Quién eres?- Inquirió Ly.

-¡Ah!- Resopló el perseguidor. -¿No me recuerdas? ¡Oh, claro! En ese estado careces totalmente de conciencia, así que no me sorprende que te hayas olvidado de mí. Pero bueno, tampoco me viste en mi otra forma, así que es lógico que no me reconozcas.

En eso, Ly tuvo un vago indicio de quién era él. Incluso, esa cara, ya la había visto antes. Años atrás. La mañana en que asesinaron a toda su gente.

-Escucha, de verdad no sé quién eres y en serio tenemos prisa. Así que, buen día.

Sin embargo ¡fosh! el dragón se desliza cual soplo y corta el paso del joven lycan.

-¡Oh, por favor!- Insiste. –No hace falta que se retiren por mí. Es una linda mañana y me apenaría mucho que se la perdieran por salir tan apresurados.

El joven ya no podía más con la tensión, pero aun así se mantuvo lo más calmado posible. A pesar de que ya no podía contener las ganas de romperle a golpes esa burda sonrisa.

-¡Déjalos ir!- Disparó finalmente. –Esto es entre tú y yo, ellos no tienen nada que ver…Mira, entiendo por lo que estás pasando, pero hagas lo que hagas, tu jinete no volverá. Así que por lo menos haz algo que valga la pena y deja a mis amigos fuera de esto.

Niro soltó una cruenta carcajada y con una engreída mueca le respondió:

-Mira, pequeño. Mientras seguía tu rastro tenía pensado matarlos frente a ti para que sintieras lo mismo que yo. Pero en los últimos dos días no he comido, no he dormido, ¡y de verdad estoy muy cansado, así que seré breve!

Y ¡fuam! apartó a Ly con el brazo y con el puño en alto lanzó una ráfaga de hielo. Mark e Isabel salieron volando hasta estrellarse a la distancia contra el césped.

-¡No!- Exclamó él.

Niro regresó su mirada hacia el muchacho, y formando en su mano derecha una pica de hielo se abalanzó contra este, pensando en su corazón.

Ly, por supuesto, no se iba a dejar vencer así nada más y sujetando ese brazo luchó con todas sus fuerzas para detenerlo. Se quita así al dragón de encima, brindándole un fuerte cabezazo en toda la nariz, además de quebrarle esa pica de hielo con parte de la mano, la cual luego es recubierta por otra capa helada.

Niro se vio forzado a retroceder.

Y limpiándose la sangre, este dice:

-De acuerdo… te subestimé… ¿Quieres que lo haga a la mala? Pues bien, ¡hagámoslo a la mala!

Sin pensarlo dos veces Ly saltó a la batalla, lanzando contra Niro una lluvia de sus mejores puños. Mas este los esquivó con simples movimientos de hombro al ritmo de una mortífera danza. Una danza lúgubre con la que el dragón quería componer la muerte de aquel muchacho.

Poco después, le tocó responder. Tras esquivar una patada del lycan, Niro atacó a Ly con un gancho a la barbilla y una patada al vientre que lo lanzó contra las rocas. El muchacho acabó tirado entre los escombros mientras

su oponente lo miraba con su desprecio, esbozando además una complacida sonrisa.

No obstante, el joven se levantó como un tigre y volvió a la contienda, esgrimiendo contra Niro golpes cargados de coraje. Puños y patadas resonaron en cada choque contra el rival, quien mantenía un ritmo constante frente al asedio del lycan.

Entonces, Niro contraataca con fieros puños recubiertos de hielo. Ly apenas logra bloquear algunos, mientras que otros impactan de lleno su rostro, dejando pequeños tajos sobre sus pómulos. El dragón no deja de atacar, sintiendo en su boca ese dulce sabor que anhelaba probar.

Poco después ¡pam! Niro extiende su palma y embiste al muchacho con una corriente de viento escarchado, arrojándolo al piso con un impacto demoledor.

Aun así, aunque se quemaba de dolor, Lycanhearth alzó la vista y se puso de pie.

Sorprendido, Niro arqueó una ceja y esbozó una brabucona sonrisa. Agitó entonces los brazos al ritmo de una metralla, terminando así con una fiera pose de lucha.

-¡Colmillo de escarcha!

Y ¡blam! su puño embistió el aire como una lanza y una lluvia de centellas se clavó en el cuerpo de Lycanhearth, arrollándolo cual tromba hasta revolcarlo en el suelo. Ly sentía un frío que lo escaldaba con cada golpe, además de que cada impacto le retronaba los huesos. Sin embargo, estaba decidido a ponerse de pie las veces que fueran necesarias con tal de proteger a sus amigos. Y así lo hizo. Ante la atónita mirada de Niro.

El dragón no podía creerlo. Había usado una buena dosis de su energía en ese golpe y aun así no pudo acabar con un simple muchacho. Y además, el peso de sus heridas estaban comenzando a afectarlo. Debía matarlo de una vez por todas.

Pero de repente, un fuerte golpe sacudió su cabeza, desconcertándose. Giró entonces la mirada, sorprendiendo así a los amigos de Ly tirando piedras a todo ritmo.

-¡Vete de aquí!- Exclamaron en coro. -¡Deja a nuestro amigo en paz!

Al percatarse, Lycanhearth no vaciló un segundo y alzando los brazos, exclamó:

-¡Chicos, no! ¡Váyanse de aquí!

-¡No molesten, insectos!

En seguida el dragón extendió un brazo, cubriendo su palma con una escarchada corriente, pero antes de que pudiera hacer algo ¡tum! Ly logra taclearlo y rodearle el cuello con sus brazos. El contrincante apenas pudo reaccionar. Luchó así con la cara al suelo, tratando de quitarse al lycan de encima, mas este no dejó de apretarle el cuello. Aun así, Niro logró zafarse y luego de un giro subió al vientre del lycan, encestando en su cara una serie de puñetazos. Sin embargo, el muchacho todavía tenía fuerzas para luchar, y de un sagaz movimiento, encajó en la nariz de Niro un rotundo cabezazo. ¡Dum! De ese modo se lo quitó de encima.

El dragón rodó a un costado con el rostro regando sangre, a lo que el chico subió a su espalda y pescando al dragón nuevamente por el cuello, gritó a sus amigos:

-¡Corran!

-¡No!- Replicó Isabel. -¡No te dejaremos!

Pero no era una sugerencia. Lycanhearth luchaba con todas sus fuerzas para retener al peligroso dragón, quien se sacudía como una bestia tratando de soltarse. Y tras una fuerte sacudida, Lycanhearth volvió a gritar:

-¡¡¡Ya, corran!!!

-¡Isi, vámonos! ¡Ly estará bien!- Exclamó Mark, reprendiendo a su amiga.

Y tomándose de la mano, ambos amigos se echaron a correr.

Ly siguió apretando el cuello de Niro, a la espera de que sus amigos se fueran lo más lejos posible (y si esa bestia moría de una vez, mejor).

Ergo, el alpino de plata todavía tenía una carta. Y en tan sólo milésimas su piel comenzó a desquebrajarse con un brillo excepcional y ¡broom! su cuerpo se expandió de golpe con el azote de un huracán. Sus alas se alzaron brutales, tirando al chico al suelo arrastrado por una tromba, y su rugido, sacudió furioso cada rincón del páramo.

Era enorme. Tal y como lo había visto Lycanhearth hace unas noches.

No pasó ni siquiera un minuto, cuando ¡paf! Niro atacó, azotando a Ly de un potente ademán. El muchacho apenas podía levantarse cuando aquel

nuevo impacto lo envió directo hacia las rocas.

Y el dragón volvió a atacar, y atacó y atacó, hasta que agarró al chico con sus garras y lo estrujó violentamente a ras de suelo. El grito de Lycanhearth fue ensordecedor.

-¡No!- Exclamaron sus amigos, quienes al instante regresaron piedras en mano a ayudar a Ly

-¡Deja a nuestro amigo!- Retronó la voz de Isabel, mientras se encaramaba en la pata del dragón para golpearle.

-¡Sí, ya déjalo en paz!- Agregó Mark, siguiendo a la chica.

Hecho un espasmo, Ly dirigió una mirada a los muchachos y exclamó:

-¡¡¡Amigos, no!!! ¡¡¡Les dije que se fueran!!!

-¡Mocosos!- Carraspeó Niro.-¡¡¡Que no molesten!!!

Y alzando el cuello con firmeza, ¡scratsh! rugió su aliento escarchado, que con su golpe de tromba derribó a los muchachos, arrastrándolos por el pasto hasta dejarlos inmóviles.

Ly quedó mudo ante la conmoción.

Al verlos derrumbados Niro se echó a reír, dirigiendo luego sus ojos al lycan, a lo que irradiando malicia de sus pupilas le dijo:

-Qué pena por ti. De verdad, no tenía que ser de ese modo. Te quería a ti, no a ellos. Pero bueno, imagino que entiendes la situación en la que estoy.

Al oír esas palabras, los ojos de Ly se incendiaron de ira. No podía creer cuánto cinismo irradiaban las palabras de su atacante.

-¡¡¡Eres…un…maldito!!!- Vociferó este. -¡¡¡Ellos no tenían nada que ver!!!

-¡Pues lo lamento!- Protestó Niro. –Pero descuida. Si tanto te aflige, te aniquilaré lo más rápido posible. Así ya dejarás de sufrir tanto.

-¡Grrr! ¡¿Sufrir?!- Resopló el lycan. -¡No eres el más indicado para hablar del sufrimiento! ¡¡¡No tienes idea de lo que eso significa…!!! ¡¡¡…porque tú, tú, sólo eres un infeliz egoísta!!!

Molesto, Niro apretó al joven con más fuerza, decidido a sacarle los ojos

por seguir desafiándolo.

-¡Guarda silencio, insecto!

Pero de pronto, el dragón soltó un fuerte alarido, incrédulo, incrédulo ante el ardiente calor que emitía repentinamente el muchacho, quien en un parpadeo puso sus manos entre los dedos de su atacante, y los separó. Los separó con toda la fuerza que ardía en su corazón. Y se liberó. Niro retiró la pata entre alaridos tras el tronido que le quemó los dedos.

-¡El único insecto…!- Comenzó a decir Ly. -¡eres tú…! ¡¡¡…Tú y todos los que se comportan igual que tu asqueroso amigo!!! ¡Ustedes persiguieron a mi gente! ¡Asesinaron a mi familia! ¡Ah! ¡¿Pero luego el monstruo soy yo?!

Al escucharlo, Niro miró de reojo al joven, y segundos más tarde, lo reconoció.

-¡¡¡No puede ser!!!- Gritó el dragón, hecho un espasmo. -¡¿Tú?! ¡Pero si te vimos caer!

Pero eso no era todo.

El joven se puso de pie, dando firmes pasos hacia adelante, sintiendo cómo el calor de su brazo se extendía por todo su cuerpo. Sus ojos echaban chispas y su corazón galopaba fuerte y decidido a terminar con su oponente, a lo que este poco a poco retrocedió, sintiendo en su pecho un frío aterrador.

-¡Asesinaron a mi padre sin demostrar un mínimo de compasión por un par de pequeños! ¡¿Y encima tienes el descaro de quejarte por tu amigo?! ¡¡¡No tienes derecho!!! ¡¡¡No tienes derecho siquiera de levantar un reclamo!!! ¡Oh, pero ahora lo vas a pagar!

Y ¡Pam! de un gran salto, Ly clavó el puño en la cara de Niro, entonando con él un poderoso estruendo que sacudió la tierra. Y al dar nuevamente un brinco, encajó sobre su rival una frenética lluvia de golpes ¡Bamp! ¡Twing! ¡Klash! Remató así con una patada y ¡Krinsh! acabó por quebrarle un cuerno.

Niro cayó de costado al suelo, mientras que Lycanhearth aterrizaba frente a él con una encarnecida mirada de odio.

Pero el dragón no se dio por vencido y abriendo sus alas se elevó sobre los hombros del muchacho, apuntando hacia él con la vista electrizada. Su corazón estaba a punto de estallar.

-¡Infeliz!- Gruñó este, subiendo cada vez más alto. -¡¿Crees que con eso podrás derrotarme?! ¡No me hagas reír! ¡Pero ahora, prepárate, porque se acabaron los juegos! ¡¡¡De una vez por todas voy a acabar contigo!!!

Y alzando su cuello tomó un gran trago de aire y ¡Braaam! disparó contra el lycan una gran ráfaga de escarcha.

Lycanhearth se mantuvo totalmente frío ante el ataque de su adversario. Y a tan sólo segundos de la colisión, levantó el brazo izquierdo y detuvo la tromba con solidez. Y así se mantuvo, a pesar de que el frío le partía la carne como si fuera de papel. Y ¡Zwamp! de un revés desvió la ráfaga, dejando un espacio libre para atacar, y sin que su oponente pudiera reaccionar siquiera, el lycan da un potente salto y ¡Tum! clava su puño derecho bajo la quijada del dragón. Un violento impacto directo a la yugular.

Niro no lo podía creer.

Luego del golpe, el dragón contrajo su cuerpo en un destello plateado, hasta volver a tomar su forma de humano. Había sido derrotado. Pero antes de caer, Ly dio un giro hacia lo alto, y extendiendo su pierna en dirección a su agresor, ¡Klash! lo remato con una fiera patada al pecho, disparando al dragón hacia el suelo hasta azotarlo brutalmente contra el césped. Un inmenso cráter quedó tras el impacto.

El joven aterrizó sobre sus yemas con la gracia de un anfibio. Miró entonces al que había sido su adversario, sin dejar de irradiar un aura de repudio contra este.

Pero ya no valía la pena. No, no lo valía.

Al concluir la batalla, el lycan corrió a toda prisa a socorrer a sus amigos, quienes para su alivio aun respiraban. Y lentamente se fueron incorporando.

-¿L-Ly?- Resopló Isabel.

-Isabel…Mark…- Gimió el muchacho, luchando por contener las lágrimas. –Rápido, hay que irnos.

Con ayuda de su amigo ambos chicos pudieron levantarse, y juntos avanzaron por esa pradera, decididos a alejarse lo más posible de ese lugar.

Pero antes de que pudieran marcharse, una cadena de aullidos alertó a los muchachos, impidiéndoles dar un paso más.

Tenían compañía.

La jauría de Blaidd había dado con ellos, a lo que sus lobos comenzaron a ladrar de forma amenazadora. Ly no tardó en colocar a sus amigos tras sus espaldas, manteniéndose firmes ante la tropa que lo rodeaba con una media luna. En tanto descendía otro dragón del cielo para socorrer a su malherido compañero.

-¡Vaya!- Ironizó Blaidd. –Nos volvemos a ver, niños.

-¡Déjennos en paz!- Le gritó el joven. -¡Ya no queremos más problemas con ustedes!

-Ow…pues lo siento…- Se burló el capitán. –Pero digamos que ya tienes una buena suma, pequeño.

Y con un ademán, su tropa bajó de los lobos con la intensión de apresarlos. Ly y sus amigos no tuvieron más opción que alzar los brazos.

Mas entonces…

-¡Esperen!- Intervino de pronto una voz.

Rubi y los demás Peleadores, quienes sostenían en sus hombros a Niro, se acercaron al grupo, cubriendo a Ly y a sus amigos, interrumpiendo las acciones de la tropa.

-No cometas una tontería, Wolfrider.- Le dijeron los Signarios en coro.

Al verlos, Blaidd apretó los labios. Y dirigiendo su mirada hacia el muchacho de los cabellos rojizos, protestó:

-Rubi, ¡¿qué es lo que pretendes?! Tenemos a quien querías, así que ahora…

-¡¿No lo ves, Blaidd?!- Lo interrumpió el joven. -¿No puedes sentirlo? ¡Su cuerpo! ¡Está irradiando una Esencia sumamente intensa! ¡No podemos dejarlo así!

-¡Sé lo que está irradiando!- Replicó Blaidd, agitando sus manos. -¡Pero este mocoso causó todo un desastre y lamentablemente no puedo pasarlo por alto!

-¡Y no lo cuestiono, Blaidd!- Insistió el chico. –Pero sabes bien que si una persona demuestra tener una Esencia fuera de lo común, debemos informarlo de inmediato al Gran Sacerdote. Así que lo siento, pero él

deberá ir con nosotros al Santuario.

-Espera ¡¿Qué?!- Estalló Ly.

¡¿Ir al Santuario?! ¡¿Dónde estaban todos esos arrogantes jinetes?! ¿Para qué? ¿Para que se burlaran de él? ¿Para que lo humillaran, lo despreciaran? No. Antes prefería ir con Wolfrider y terminar en la mesa del verdugo. Sin embargo, parecía ser una mejor opción que dejar a sus amigos en una celda mientras él acababa con su cabeza en un muro.

Pero antes de que pudiera de decir algo, Rubi se acercó a él. Y con un amable semblante, le dijo:

-Chico, primero que todo déjame ofrecerte una disculpa por mis compañeros. Y entiendo perfectamente lo que estás sintiendo y no cuestionaría tu decisión si te llegaras a negar, pero escucha, no todos los días podemos encontrar a alguien tan especial, y hablo en serio, alguien con tu don podría ayudar a muchas personas.

-¿Así como tu amiguito?- Objetó el lycan, soltando una seca risa. –Mira, yo lo lamento, pero antes prefiero acabar en la plaza pública que unirme a su grupo de mojigatos a lamerle las suelas a un patán engreído al que llaman Dios.

-¡Insolente mocoso!- Gruñó Niro de pronto, tratando de dar un paso, a pesar de su dolor.

-¡Cálmate, Niro!- Le reprendió Rubi. –Ya hiciste suficiente por hoy.

-¡Rubi, tú también, para!- Exclamó Blaidd. – ¡Esos mocosos tienen una deuda con la justicia! ¡Y sobra decir que se encuentran bajo mi jurisdicción en estos momentos, por lo que si ustedes se interponen…!

-¡¿Si lo hacemos qué?!- Exclamó el Signario, en tanto un fulgor dorado se disparaba de su piel en un rugido amenazador. Wolfrider retrocede. –Conoces el código, Blaidd. Y no solo por su marca, también por todo este embrollo con Niro y los demás. Tú mismo lo aceptaste cuando buscaste a los Peleadores para que te entrenaran. Además, sobra decir que estás hablando con la Orden del Signo y sabes tan bien como nosotros que esa armadura que usamos no es un mero accesorio.

Wolfrider aprieta los dientes. Los estaban desautorizando delante de su propia tropa. ¡Lo estaban dejando como un incompetente delante de un trío de rufianes! Indignante.

-Ly, será mejor que hagamos lo que dice.- Resopla Isabel, de pronto.

-¿Estás segura?- Le pregunta este.

-¿Tienes una mejor opción?- Dice Mark, en tanto posaba sus ojos en la iracunda cara del capitán.

Su orgullo o sus hermanos. Su manada o su familia. Dos cosas importantes para él que no podía dejar a merced de una moneda. Excepto por una cosa, ya no podía perder algo que ya no estaba.

-Iremos entonces.- Declaró Ly. –Los tres.

-¡Iremos es mucha gente!- Disparo Blaidd de repente.

-¡Och! Capitán Wolf…- Insistió Rubi.

-¡Esos dos están siendo buscados por el robo frustrado a las tierras de la familia Zeta! ¡Si el viejo va a meter sus influencias que lo haga con este, más que mal para eso la vendió este otro lagarto, pero sus amigos se quedan en Frizia!

-¡¿Qué?! ¡No, ni de broma!- Protestó Ly.

-Ly, Ly, está bien.- Lo tranquilizó Isabel. –El capitán tiene razón. Cometimos un delito y nos corresponde pagar por ello.

-¡Pero ese delito no fue nuestra culpa!- Insistió él.

-¡Pero lo hicimos!

-Entonces vamos todos y asumamos como corresponde.

-¡Pero si a ti van a matarte, idiota!- Disparó ella, quebrando levemente su voz. –A ti van a matarte… Y ni Mark ni yo vamos a permitir eso. ¡Así que deja de comportarte como un idiota y vete con ellos!

-No, no, Isabel, no me pidas eso, yo no me iré sin ustedes.

-¡Y yo no voy a dejarte ir a morir!

Ambos se miraron profundamente. Isabel estaba a punto quebrar en llanto. La abrazó. Era todo lo que podía hacer por ella.

-Siempre has hecho todo por nosotros, tonto…- Le reprochó ella. -¿No crees que ha llegado el momento de que nosotros también hagamos algo por ti?

Y Lycanhearth suspira.

-Voy a volver por ustedes…- Le susurra de pronto al oído. –Voy a volver por ustedes cueste lo que me cueste. Se los juro.

Y cubrió su cara de besos.

Tras esto, el licántropo dio media vuelta y le dijo a los Signarios:

-Iré.

-Excelente.- Le dijo Rubi.

-Muy bien. ¿Satisfecho, cabeza de guinda?- Intervino Blaidd, hosco. -¡Ahora si no te importa…!

Y con un ademán llamó a sus hombres a proseguir. Mark e Isabel se entregaron sin oposición. Pero a pesar de todo Ly no estaba dispuesto a aceptarlo, por lo que tomó a Isabel del brazo y se aferró a ella lo más que pudo. Pero en eso Blaidd le puso dos dedos frente a la garganta y lo presionó para que desistiera.

-No abuses de tu suerte, mocoso.

-¡Blaidd…!- Lo reprende Rubi.

-Estaremos bien, Ly. Por favor no te preocupes.- Lo consoló Isabel. –Confía en nosotros. Todo estará bien, ¡todo estará bien!

Y de un fuerte movimiento un soldado frizio soltó el brazo de Isabel de su amigo y la engrilletó, llevándola junto a Mark para subirla a los lycans. El muchacho por supuesto se resistió, a lo que Blaidd le respondió con un puñetazo en el vientre. Ly cae así, de rodillas.

-Si fuera por mí te mataría ahora mismo, pero como tus abogados insistieron en hacerse cargo de tu caso, digamos que les concedo algo de cortesía profesional. Pero te advierto una cosa, vuelve a causar problemas por estos lares y te volaré la cabeza, ¡tienes mi palabra!

Y dando un fuerte grito, mandó a su tropa a retirarse. Rápidamente montaron sus animales y se alejaron del lugar.

Ly pudo ver los ojos de sus amigos posándose sobre su maltrecho cuerpo a la distancia. Pudo apreciar su pena. Pudo apreciar sus lágrimas.

Y el muchacho estalló en llanto.

Tras lo ocurrido el Signario que le había defendido le ayudó a levantarse y a encontrar consuelo. Había perdido nuevamente a sus seres amados, lo último que en toda su vida deseaba afrontar. Pero bueno, ya nada podía hacer, excepto una cosa, el volverse fuerte.

Volverse fuerte y convertirse en un Peleador.

-Créeme, mi amigo, que lo último que hubiera deseado es que padecieras semejante pérdida.- Le dijo Rubi, finalmente.

-No…- Resopló el muchacho. –No, esto no se puede quedar así.

Y alzó firme la mirada hacia la lejanía.

-No dejaré las cosas así. De modo que voy a volver. Voy a convertirme en uno de ustedes y cuando lo haga, regresaré por ellos. Aunque tenga que reducir a escombros a todo el reino de Frizia.

Rubi frunció el entrecejo.

-Espero de corazón que no tengas que hacer eso para cuando regreses.

-Eso espero…

Y al pasar un breve silencio, Rubi realizó un movimiento con la cabeza. El dragón que trajo a la Orden se agachó para que todos pudieran subir a su lomo. Había llegado la hora de partir.

Los Signarios lo abordaron sin demora, sujetando con cuidado al reptil infractor, quien yacía hecho un asco en los brazos de Serena. Rubi fue de los últimos en abordar, el cual ayudó a subir al joven al que sería su primer vuelo. Una experiencia un tanto paradójica, si se pensaba en todo lo que había visto de los dragones. Pero en ese momento, su cabeza no estaba en condiciones para pensar en paradojas. Solo pensaba en una cosa. Cumplir con su objetivo.

Me esforzaré mucho, amigos. Pensó el chico mientras despegaban. Me esforzaré mucho y algún día nos volveremos a ver. No importa lo que me pase o lo que tenga que hacer, ¡vamos a volver a estar juntos! ¡Tienen mi palabra!

Y se perdieron entre las nubes.

Capítulo 9

10

Xavier Reds, un honorable maestro

Las yemas del Gran Sacerdote retumbaron sobre su silla, manteniendo su semblante calmo, a pesar de lo enfadado que estaba con Niro.

¡¿Perseguir lycans por simple placer?! ¡Qué barbaridad! ¡Pero qué acto más indigno de un Peleador! Se decía.

Rubi le explicó lo sucedido en el prado, haciendo énfasis en la fuerza que todavía irradiaba el cuerpo del joven. Cosa que a pesar de lo sucedido con Ionna, el sublime no dejaba de admirar.

Por su parte, Lycanhearth contó su versión de lo ocurrido esa noche, además de denunciar lo ocurrido con su gente a causa del accionar de sus muchachos. Y el sublime, le creyó absolutamente.

Y Niro, estaba mudo, mudo y cabeza agacha. Había tocado fondo. Lo más seguro sería que lo ejecutaran, o por lo menos, lo encerraran en las catacumbas con los criminales más peligroso de Dovahgolt.

Pero lo que al dragón más le quemaba por dentro, era que aquel mocoso que tanto despreciaba ahora se convertiría en uno de los suyos. Y aunque le pesara tendría que asumirlo.

Entonces, cuando el Signario acabó su explicación, el Sacerdote se levantó de su silla, miró al joven licántropo y le dijo:

-Joven Lycanhearth, veo que su llegada a nuestro Santuario ha traído no sólo desgracias, sino que también un delicado asunto del cual en nombre de todos quienes habitamos en esta tierra ofrezco mis más sinceras disculpas. Espero que su estancia con nosotros pueda ser una experiencia que le permita alcanzar un mejor porvenir, no sólo para usted, sino que también para aquellos muchachos en problemas que necesitan una mano amiga para salir adelante.

-Muchas gracias.- Se limitó a decir el joven.

-Bien.- Replicó el Sublime, y dirigiendo su vista al Signario, le dijo: -Ahora, Rubi, lleva a nuestro nuevo recluta con el maestro Reds.

Comenzará su instrucción a partir de hoy.

-Como usted diga, excelencia.- Replicó el Peleador.

Y con un ademán, llamó a Ly para que juntos salieran del templo. Y una vez fuera, el Sacerdote se paró a medio metro del dragón y le dijo:

-¿Te das cuenta de lo que hiciste?

Niro se mordió el labio y sin alzar la vista, respondió:

-Yo sólo quise hacer justicia en nombre de mi hermano.

-¿Asesinándolo? ¿Así como tú y él asesinaron a todas esas tribus? ¿Así como también mataron a la familia de ese chico?

-¡Sólo prestamos un servicio!

-¡Asesinaron a pueblos enteros ubicados a kilómetros del asentamiento humano más cercano! ¡¿Pero qué inmundicia se les metió en la cabeza?!

Niro no respondió.

El Sacerdote apretó los labios tratando de contener su enojo. Mantuvo así un tajante silencio durante un minuto, para luego, decirle al dragón:

-En vista de lo sucedido, lo único que puedo concluir es que él fue quien hizo justicia. Y yo lo lamento por Ionna, y lo lamento por ti, pero ustedes mismos se buscaron este destino.

Tras lo dicho el Sacerdote nuevamente guardó silencio, mientras que el dragón, masticando la rabia y la pena, quebró en amargo llanto, apretando fuertemente sus manos.

El Altísimo se mantuvo quieto, indiferente. Es cierto que la angustia por perder a un buen Peleador era latente, pero no podía ignorar la grave falta que con su equipo habían cometido.

Lamentable.

-Retírate.- Le dijo fríamente. –Hablaré con ustedes más tarde, así que trae a tus compañeros al anochecer. Si no lo haces, los traeré con escolta y por tu bien no me hagas recurrir a esos métodos. ¿Te queda claro?

-S-Sí…Sí, Señor. Como usted diga.

Y con una reverencia, el dragón abandonó el templo.

Lentamente fue bajando los escalones, perdido en los recuerdos que la isla le daba sobre su hermano, sus caminatas por esas colinas, por la playa, sus entrenamientos, el día en que el joven dio la prueba para unirse a los Pendragons, el día en que el dragón partió su corazón en dos y le otorgó al joven la mitad que los vincularía. Tantos recuerdos que los unían y que ahora se disolvían en la arena. Y ya no había nada que hacer. Si no terminaba en las catacumbas, lo matarían; y no sólo a él, a todo el equipo gracias a su imprudencia.

¡Cuánto deseaba no haber llevado a Ionna a esa trampa mortal!

El dragón continuó su marcha hasta que pudo llegar a la playa. El día estaba gris y muchos habían ido a entrenar entre medio de las colinas. Estaba solo.

Se acercó entonces al agua, dejando que sus desnudos pies fueran envueltos por las olas.

¿Y si lo hacía? Después de todo, su vida ya estaba perdida; si no sucumbía en la prisión, los Signarios lo ejecutarían. ¿Qué más daba? Sin embargo, ¿eso hubiera querido Ionna?

Niro miró el horizonte, humectando su aliento con la salada brisa de la costa. Era reconfortante. De modo que avanzó entre las aguas hasta que estas le cubrieran el cuello, dio media vuelta y se dejó caer sobre la espalda. Las olas hicieron el resto.

En tanto, Rubi condujo a Ly por el lado oeste de la playa. El lycan había tenido que soportar murmullos por parte de su alrededor y en verdad deseaba con ansias alejarse lo más rápido de ellos.

La noticia del lycan que asesinó al buen Ionna se había esparcido cual polvorín por todo el Santuario, y el hecho de que su propio verdugo ahora se uniría a la Orden se había vuelto razón suficiente para que una ola de chismes fuera y viniera por todos lados.

Pero a Ly, ni le importaba.

Siguieron andando, bordeando la playa sobre un tierno y brillante césped. Pero en eso, ¡Plaf! un fuerte impacto hizo gritar al lycan. El Signario no dudó un instante en atender al joven, y luego giró la vista de lado a lado buscando al culpable, hasta que a unos metros de ellos pudo ver a un par de chicos muertos de la risa comentando aquella pedrada.

-¡Oigan, ustedes dos!- Les reprendió Rubi. -¡¿Quién les dio derecho de

estar agrediendo a sus compañeros?!

-¡Oh, por favor, Rubi!- Protestó uno de ellos, cuyo cabello azul relucía cual plata. –Sólo queríamos ver sus reflejos.

-¡¿Reflejos?! ¡¿Pero qué porquería tienen en la cabeza?! ¡Pudieron sacarnos un ojo!

-¡Eh, pero tranquilo!- Exclamó el otro, de pelo rosa. –Si el tiro era para él. Además, ¿no que estos perros no sienten?

-¿Perros?- Resopló Rubi.

Y rápidamente recogió la piedra y ¡fuam! la arrojó contra el chico pelirrosado, dándole de lleno en la boca de su estómago. Este cayó de rodillas, chillando como un cerdo.

-¡Benjha!- Exclamó su amigo. -¡¿Pero cómo te…?!

-¡No es tan divertido cuando es a ti al que agreden! ¿Cierto?- Lo interrumpió Rubi. -¡Ahora váyanse de aquí! ¡Ah! Y por el bien de los dos no le digan a su maestro una palabra de este asunto, o voy a decirle toda la verdad y no querrán que se ponga de mal humor. ¿Está claro?

Y tras la advertencia, los chicos se alejaron lo más que pudieron. En tanto Rubi volvió a dirigirse a Lycanhearth y le dijo:

-¿Estás bien?

-Sí. Descuida, no es nada grave.

-Me disculpo por ellos, chico. Digamos que muchos aquí tienen ideas muy apresuradas sobre las personas como tú.

-Está bien…- Replicó Ly. –No te preocupes por eso. Después de todo…sólo me queda hacer las cosas bien desde ahora… ¡Ah! Y gracias.

-¿Por qué?

-Por decir “persona” y ya. Y no criatura, ni hacerse el dudoso.

Rubi esbozó una sonrisa y señalando el camino con la cabeza guió al lycan por la costa durante unos minutos, hasta que finalmente llegaron a una acogedora cabaña frente a la arena.

Tenía una terraza de madera, cercada por pilas circulares de un metro de largo, en las que se levantaba un tejado de mimbre recubierto de un brillante barniz. La casa tenía dos pisos, cuyas paredes estaban pintadas

de blanco; su techo en pináculo estaba cubierto por tejas de madera color grisáceo, y sus ventanas, eran redondas cual ojo de buey (un total de tres, para ser exactos).

Los muchachos se acercaron a la puerta (algo rústica y cubierta de hoyuelos), tocaron y esperaron a que abriera.

Entonces salió de la casa un hombre ya mucho mayor vestido con una manta rojiza con líneas oscuras, pantalones cortos y sandalias de cuero. Tenía además la piel cubierta de una capa de vello escarchado, los ojos redondos cual fas de la luna, un descuidado cabello de plata que le creía hacia los costados, que hacía juego con una ondulada y rugosa barba, cuyo largo apenas le cubría el cuello.

Por otro lado, a pesar de su edad, exhibía un cuerpo bastante macizo, cuerpo que delataba su desgaste por grandes, pero claras bolsas bajo sus ojos, ojos que a pesar de todo no perdían su plenitud.

-Buenas tardes, maestro Reds.- Lo saludó el Signario.

-¡Joven Rubi!- Replicó el maestro. –Buenas tardes. ¿Cómo ha estado tu día?

-Muy bien.- En eso el joven hace una pausa y acercando a Ly a la vista del mentor, dice: -Vengo a presentarle a este jovencito. Su nombre es Lycanhearth.

-Es un placer conocerlo, señor.- Se limitó a decir el joven.

-El placer es todo mío.- Respondió Reds. –Bueno, ¿gustan pasar?

-Claro, muchas gracias.- Respondieron al unísono.

Ambos muchachos entraron a una pequeña sala con sillas de mimbre sobre un piso de madera, y al medio de estas, una mesa de pino con las esquinas redondeadas.

Lycanhearth y Rubi se sentaron mientras el maestro se dirigía un momento a la cocina. Y luego de unos cuantos minutos, Reds regresó con una bandeja de tazas de madera.

-¿Desean cocoa?

-¡Claro! Muchas gracias.- Replicaron ellos.

Los tres se quedaron juntos alrededor de la mesa, disfrutaron de su

bebida, y luego de varios sorbos, el maestro miró a los chicos y dijo:

-Bueno, muchachos, imagino que su visita debe ser por algo importante.

-Así es, maestro; algo de suma importancia.- Respondió el Signario. –Es sobre este muchacho. Verá, el Gran Sacerdote nos ha enviado con usted para que el joven reciba instrucción como futuro Peleador.

-Ah, ¿sí?- Contestó Reds. –Ya veo. Debe ser por mi solicitud para instruir a un nuevo recluta. Bueno, pues bien, lo instruiré.

-¿De verdad?- Se exaltó Ly. –Muchas gracias, es decir, por tomarse la molestia.

-Pero si para mí no es molestia.- Le respondió Reds. –Eso sí, antes quisiera saber un poco más de ti.

-¡Oh! Pues bien.- Bramó el lycan. –Bueno, como ya sabe, me llamo Lycanhearth y vengo de Frizia.

-¡Pero de una aldea lejana!- Intervino Rubi. –No del reino en sí, sino de una villa pequeña camino a la ciudad.

Pero en eso el frizio le echó una pesada mirada al Signario, a lo que el maestro hizo en su rostro una expresión de extrañeza. Y ante la incomodidad que sintió el muchacho de pelo rojo, se disculpó diciendo:

-Claro, claro. Perdonen.

-¿Decías…Lycanhearth?

-Pues…- Prosiguió el chico. –Vengo de Frizia, tengo dieciséis años y…llevo de hecho un largo tiempo queriendo saber qué es esa fuerza a lo que todos aquí llaman…Esencia…

-¿La Esencia? ¿Y por qué tu interés en ella?

El muchacho hizo una pausa y tras mirarse aquella marca que portaba en la mano, agregó:

-Mire, la verdad no sé si estoy en lo cierto, y ni siquiera sé por qué, pero la siento. La he sentido, he sentido ese calor inundarme la piel, he sentido su fuerza, he sentido su vigor, he sentido…

-La emoción de ganar una pelea con ella, ¿verdad?- Le comentó Reds. –Lo entiendo. No es la primera vez que escucho eso. Pero dime, en sí, ¿qué sabes tú de la Esencia? ¿Cómo podrías definirla? Imagino que a

estas alturas debes tener una idea de su naturaleza.

-¡Oh! Bueno…- Comenzó a decir. –Es…por lo que veo, algún tipo de fuerza que liberan los Peleadores para destruir cosas y…dar frente a sus rivales…

-Alto.- Intervino el maestro. -¿Seguro de lo que dices es correcto?

Al escucharlo, Ly guardó silencio sin saber qué responder. Tenía que serlo, se decía, después de todo, era eso lo que había visto tanto en Wolfrider como en Wolfrider como en esos jinetes. Mas la pregunta del viejo Peleador lo había dejado desconcertado, y al quedar completamente en blanco, sólo pudo alzar los hombros con un gesto de incertidumbre.

-¿Cómo? ¿No estás seguro? ¿Pero no dices que ya has experimentado su poder?

-Bueno, sí…pero…

-O es que acaso desconfías de tu afirmación…

-Ehhh…es que…- El lycan hizo una pausa, aclaró su mente lo más que pudo y respondió: Mire, no voy a mentirle…apenas entiendo todo lo que me ha pasado. Y…de verdad todo ha sido tan rápido que apenas he podido pararme a pensarlo. Por eso discúlpeme si no puedo darle una respuesta satisfactoria.

Y tras lo dicho, el muchacho sucumbió ante un profundo silencio.

-Mmhh…entiendo.- Replicó el maestro. –Sabes, a tu edad es normal experimentar todos esos cambios. También es normal sentirse asustado, sentirse confuso. Pero no te angusties, lo mejor que puedes hacer es dejar que el tiempo haga su trabajo y fluir con sus movimientos hacia ese nuevo destino. Así que tranquilo, sólo te queda ser paciente y así todo saldrá bien. ¿De acuerdo?

Ly asintió.

-Por otro lado- prosiguió Xavier –cuando inicias una travesía, no necesitas precisamente un punto de partida tan voluminoso. Basta con una pequeña pizca que te permita llegar a las otras un paso a la vez. Por cierto, ¿has oído hablar del ciego que un día encontró a un elefante?

-No.

-Pues así es como todos damos comienzo en nuestro trayecto a lo largo

de la vida.

Poco después, el maestro da un último sorbo a su chocolate, diciéndole luego al joven:

-Bueno, muchacho, empezaremos mañana al salir el sol.

Al oír esas palabras, el rostro de Ly esbozó una agradecida sonrisa.

-En verdad aprecio esta oportunidad.

En tanto, Rubi se puso de pie y agradeciendo a Reds por el chocolate, agregó:

-Bien, espero que pasen una linda tarde. Yo de momento tengo una reunión con los demás Signarios, así que…me retiro.

-Está bien, Rubi.- Asintió Xavier. –Gracias por venir.

-Hasta mañana, Rubi.- Le dice el chico.

-Suerte con tu entrenamiento, niño. Entrena duro.

Y se fue.

Luego de eso, el maestro dirigió su mirada a Ly y le dijo:

-De acuerdo, muchacho, te voy a mostrar la casa. Sígueme.

El maestro condujo así al joven a la cocina. Allí le mostró un espacio un poco más pequeño que la sala, el cual tenía una despensa de madera colgada del muro, junto con varias tinajas de mimbre hasta el tope de granos; Ly pudo percibir un aroma a porotos, a choclo, a cacao, también pudo ver un canasto lleno de calabazas, cuyo brillo de esmeralda hizo recordar al lycan lo hambriento que estaba.

¡Diablos! Pensó él, si tan sólo hubiera podido cazar algo.

La cocina también contaba con grandes vasijas de agua, las que se acomodaban al lado derecho de la entrada. Y al medio, se apreciaba un horno de barro, que funcionaba también como hervidor.

Después de la observación, Xavier llevó a Ly al segundo piso. Allí, el maestro le enseñó un corredor con dos habitaciones, cuyas entradas estaban cubiertas por un par de cortinas. En la de la izquierda el muchacho pudo ver un catre de madera con algunas mantas, además de

un estante con algo de ropa.

-Puedes quedarte aquí.- Le dice Reds. –La otra recámara es la mía, no creo que sea importante mostrártela. Eso sí, te agradecería que mantuvieras este cuarto limpio, ¿de acuerdo? porque aprovecho de decirte que no me gustan los chiqueros.

-Está bien.- Contestó Ly.

-Confío en ti, ¿eh? ¡Ah! una cosa más. Si lo deseas, usa esa ropa. No sé a ciencia cierta cuál es tu talla, pero he tenido varios alumnos de distintas edades, así que es muy probable que alguna te quede.

-De acuerdo. Gracias.

-Muy bien.

A continuación, el maestro dio media vuelta y se dirigió a la escala, pero antes de retirarse, avisó a su discípulo:

-Estaré abajo reparando el almuerzo. De momento trata de acomodarte y pruébate algo, a ver si te gustan. Cualquier cosa, si necesitas algo, no dudes en decírmelo, ¿sí?

-Entendido. ¡Oh! Y gracias por todo, de verdad.

-No hay de qué, muchacho, no hay de qué.

Y se retira.

Ly entró a su nueva recámara, observando todo a su alrededor. Era un espacio muy acogedor, aunque tenía una buena capa de polvo en el suelo; nada que no pudiera limpiar. En cuanto a la cama, tenía un juego de mantas de un amplio colorido, en los cuales se apreciaban varias figuras en cadenas. Y al fondo del cuarto, el lycan pudo ver dos ventanas circulares con un marco de cruz hechos de madera, en estos el muchacho encontró grabados varios nombres, ¿de quiénes? no lo sabía; quizás de los estudiantes que había tenido Reds a lo largo de los años.

-Berthol, Claude, Jane, Darius, Lilly, Taiger, Rick, Armin, Charles.- Leía en voz alta. –Ahora yo.

Terminó así de leer los demás nombres, y luego, se dirigió al estante para cambiarse de ropa. No podía presentarse en el comedor con una camisa toda rajada, ¿verdad?

Encontró principalmente mantas, también batas y pantalones anchos, y

unas que otras sandalias de cuero, además de botines.

De a poco fue probándose cada prenda. La mayoría le quedaban enormes, pero para su suerte, había unos pantalones grises hechos a su medida (con algo de ayuda de una correa negra). También se probó una manta de colores rojizos con tiras de formas geométricas que se aseguró con una banda oscura. Pero no le gustó cómo le quedaba y se la quitó. Al final, se decidió por una camiseta sin mangas color blanco con delineados rojos alrededor de los hombros, así como el cuello, y una red de líneas oscuras entrelazadas por todo el tronco. Le encantó.

Una vez listo, se echó sobre la cama con todo y sandalias y trató de relajarse un poco. El viaje lo había dejado exhausto.

En tanto, comenzó a preguntarse por sus amigos allá en Frizia. ¿Cómo era que les iba? De seguro habían vuelto a la prisión por lo del robo hace dos noches atrás. Bueno. Sólo esperaba que Wolfrider cumpliera su palabra y tratara de conseguirles al menos Servicio Comunitario, después de todo, pintar paredes y barrer las calles era mucho mejor que pasar meses en la mazmorra.

Por otro lado, no podía dejar de pensar en ese dragón. ¿Qué pasaría con él? ¿Lo matarían? ¿Lo encerrarían? Rubi le había mencionado que en cuanto el Sacerdote supiera todo lo que había pasado, este tomaría medidas de inmediato. Sin embargo, ¿cuáles serían esas medidas?

Bueno, a esas alturas hasta dejó de importarle. Sólo quedó con una cosa en mente. Volverse un Peleador y volver a ver a sus amigos.

-¡Está listo!- Sonó entonces la voz del maestro.

¡Por fin!

Rápidamente Ly bajó las escaleras y se dirigió a la mesa, en donde Xavier lo esperaba con una bandeja de rollos de tortilla. Al muchacho se le hizo un lago la boca.

-Espero que te guste.- Le dijo Reds.

El chico se sentó frente al maestro, tomó un rollo y le dio un mordisco voraz. Pudo percibir así la textura de maíz, la calidez de la carne remojada en salsa, la rugosidad de los frijoles, la frescura de la hierba buena.

El muchacho engulló el rollo con ferocidad.

-¡Woh! Sí que tenías hambre.- Comentó el maestro.

Ly asintió.

-Debes estar hambriento después de tu pelea con Niro de hace unas horas.

¡Glowgh! El joven no pudo evitar ahogarse ¡Lo sabía!

-¡Tranquilo!- Carraspeó. –No voy a juzgarte. No estás aquí para eso. Anda, bebe un poco de jugo.

Ly se dio un trago, aliviando la presión en su garganta.

-Ow…gracias por eso.

Y el maestro le sonríe.

-Imaginé que ese par andaba en cosas sucias desde hace un tiempo, aunque no esperaba que fueran tan graves como para terminar así.

Si supiera, pensó Lycanhearth.

-Pero dime una cosa.- Quiso saber Reds. -¿Qué hizo Ionna para que lo mataras?

Pero Ly guardó silencio. Estuvo a punto de hablarle de su familia, de su gente, de aquel fatídico día; pero no lo hizo, no valía la pena.

-Cosas…muy malas. Cosas de las que preferiría no hablar.

-Ya veo…Pero… ¿el Gran Sacerdote ya está al tanto de todo esto?

Lycanhearth asintió.

-Antes de enviarme con usted dijo que se encargaría de intervenir en este asunto. Imagino que harán una investigación.

-No te preocupes por eso.- Le replicó Xavier. –Es más, para que lo sepas, los ojos del Sacerdote pueden ver la verdad, aun cuando no se la digan.

-¿Eso es posible?

-¿Y por qué no?- Contrapuso el maestro, abriendo los ojos. –Si un muchacho que apenas puede brotar una chispa de la Esencia pudo noquear a un Alpino de Plata, ¿no puede un hombre en sus años de sabiduría ver la verdad más allá de lo que evidencia?

El lycan no supo que responder. Mejor así, concluyó. Y así ninguno

continuó la charla.

Siguieron comiendo, eludiendo miradas, hasta que finalmente el joven preguntó:

-¿Por qué nos odian?

-¿Cómo dices?

-A los lycans. ¿Por qué nos odian? ¿Por qué los Peleadores nos buscan para asesinarnos como si fuera un pasatiempo?

-En ningún momento nos envían a quitar vidas inocentes, Lycanhearth. Ese es, de hecho, nuestro mandamiento más sagrado.- Le contestó el maestro, con el rostro completamente serio, tanto que hasta resultaba intimidante. –Sígueme. Demos una vuelta. Pero antes quítate las sandalias, no las necesitarás.

Ambos se levantaron entonces, a lo que Reds se dirigió a la puerta mientras Ly iba en pos de él.

Avanzaron así por la playa, luego de que el chico dejara su calzado en la terraza. Escucharon de ese modo el canto de las olas y el aleteo de las aves en el viento.

¿Qué quería su maestro? Se preguntaba el joven. ¿Para qué saldrían a caminar de esa forma tan abrupta?

Ya lo descubriría.

-Conozco a un Peleador que lleva mucho tiempo estudiando a tu gente, y ha escrito textos que en mi opinión son bastante buenos. –Le comentó Reds. –Pero lamentablemente la gente no tiende a escucharlo. ¿Sabes por qué?

-Ehhh…no lo sé, señor.- Respondió Ly.

Reds se detuvo un instante para dirigir su vista hacia las aguas, preguntando entonces a su aprendiz:

-¿Qué ves, Lycanhearth?

El muchacho no entendía el fin de la pregunta, por lo que se limitó a decir:

-El mar…

-Muy bien. Y qué miras.

-Pues…el mar y…las g-gaviotas…

-Gaviotas, excelente. Y de lo visto, ¿qué es lo que entiendes?

-¿Lo que entiendo?- Inquirió Ly. –Lo que entiendo…pues…por el mar…y las gaviotas…diría que es una bonita vista.

-¿Sólo una vista bonita?- Insistió Reds. -¿Qué más?

-Pues…eso. El mar, las gaviotas, el día en la playa.

-Eso es lo que estás viendo, Lycanhearth. Y está bien, ¿pero además qué estás mirando?

-¿Ver…y mirar…no son lo mismo?

-Boh…

Reds negó con la cabeza y con una seria mirada al muchacho, le comentó:

-Por eso es que la gente suele dañarse entre sí.

El muchacho seguía sin entender.

-Mira, si hay algo que la gente tiende a hacer rotundamente mal en estos días es el Actuar y Ser dentro de su entorno. ¿Y eso por qué? Porque al momento de atender hacia el frente sólo se dedican a contemplar el espacio de una forma demasiado superficial. Es decir, ven sólo aquello que se encuentra más cerca de su alcance. Ahora, yo no digo que sea eso intrínsecamente malo, sin embargo, con esa visión no pueden ver más allá de los detalles más simples de un Todo más complejo, por lo que concluyen en una perspectiva pobre, y en su mayoría equívoca, de un hecho o un individuo en cuestión. ¿Me entiendes?

Tan equívocas que incluso pueden costarle la vida a pueblos enteros, pensó Ly.

El joven volcó su mirada hacia el océano, tratando de encajar las piezas ante el enigma de su mentor. ¿Ver? ¿Mirar? ¿Entender?

Entonces…podría decirse que no basta con que sólo describa el paisaje, sino que debo expresarle qué significa para mí, ¿no?

-Incluso más que sólo un significado, Lycanhearth. Pues el entorno, no sólo muestra una imagen para el momento, sino que además encapsula

los diversos instantes que marcaron su plano con la marcha de los tiempos. Todo eso y mucho más puedes apreciar a tus alrededores si atiendes a tu espacio con más profundidad.

Como los nombres en la ventana, recordó el chico.

-Mmhh…comprendo…

Segundos después, el maestro dirigió perspicazmente su mirada hacia el horizonte, quedando profundamente absorto en sus reflexiones.

-Inténtalo de nuevo.- Le dice de pronto a su aprendiz. –Pero esta vez, hazlo con los ojos cerrados.

-¿Qué?

¿Pero cómo podría ver con los ojos cerrados? Se preguntó el Lycan. Así sólo vería sombras. ¿Qué estaba esperando Reds de todo eso? Aunque por otro lado, se dijo, ¿no se suponía que con lo evidente no bastaba? No tenía nada que perder.

De modo que obedeció la orden y se dejó llevar por los sonidos de su ambiente, confiando plenamente en sus agudos sentidos.

Y nada fue como hace unos instantes.

Podía sentir la salada frescura de la brisa, junto con el calor del sol que había salido ya hace unas horas. Escuchaba el suave aleteo de las gaviotas al unísono con el violento azote del oleaje. Captaba también la risa de los jovencitos echando carreras por la playa, así como los jadeos de frustración de algunos otros durante sus lecciones.

-Veo…vida…- Dijo el joven al final.

-¿Vida? ¿Y qué entiendes por eso?

Ly avanzó entonces hacia las aguas, hasta que la espuma le cubriera por completo los tobillos.

Se estremeció.

-Frío…- Le contestó el joven, quien, alzando el rostro al cielo, se dejó impregnar por el brillo del sol. –Y calor…también suavidad…y…aspereza.- Agregó mientras hundía los dedos bajo la arena. -¡Y energía…! Delicadeza… violencia… calma… miedos… determinación… abdicación… redención… Veo también afecto, y… molestias… pero todo, todo entablado

por una balanza.

-Bien.- Señaló el maestro. –Pero dime, ¿qué puedes ver influyendo sobre esa balanza?

Ly suspira.

-Energía… una energía muy intensa… una…

-¿Esencia?

-Ajá… una… Esencia… una Esencia totalmente diferente a la que he visto con anterioridad…

-Abre los ojos.

Así lo hizo.

Reds no podía sentirse más satisfecho. Y con una sonrisa, miró a su discípulo y le dijo:

-Eso que acabas de hacer… es mirar, ver y entender.

Capítulo 10

11

Ignorancia y violencia

Niro respiró hondo, preparado para oír el veredicto del Gran Sacerdote. Detrás de él se encontraban los demás miembros de su equipo.

La noche por fin había llegado y una fresca corriente se paseaba por la isla. Los Peleadores ya se habían retirado a sus habitaciones, salvo unos cuantos que todavía continuaban con su entrenamiento.

Por su parte, los cielos lucían asombrosas lentejuelas posando sobre mantos de nebulosa, manto, que se disolvía como humareda entre el fondo negro-azul del firmamento.

Niro y los demás volvieron a echar un vistazo al cielo, asumiendo la posible, y ya cercana idea de que ya no volverían a verlo más. Y una vez hecho esto, abrieron las puertas de los aposentos de par en par, y entraron.

El ambiente era sepulcral, helado, cuyo silencio sólo era corrompido por el golpeteo de unos dedos contra la silla de piedra.

El grupo trató de mediar palabra lo menos posible, de modo que hicieron todo lo que correspondía hacer en el Santo Salón sin emitir un comentario, hicieron su respectiva reverencia y se arrodillaron atentos a la reacción del Santo Patrono.

-Imagino que todos se encuentran aquí, ¿no?- Se expresó el Sublime al fin. –Niro, Alpino de Plata; Zyrus, Magma Escarlata; Paxian, Grito del Cielo; Zabulón, Ranma Trueno; Amadeus, Magma Escarlata; Scilla, Gema del Inframundo; y por supuesto Zein, hermano de Zyrus; Reggien, hermano de Paxian; Demian, hermano de Zabulón; Roidt, hermano de Amadeus; y Karidis, hermano de Scilla.

-Son todos, Excelencia.- Se limitó a decir Niro.

-Bien.- Replicó este. –Ahora, espero que estén conscientes del por qué los he reunido a todos esta noche, ¿no es verdad?

Nadie respondió.

Se lo esperaba.

-Esta mañana recibimos la llegada de un nuevo recluta, un recluta…procedente de una etnia…bastante particular. Hablemos claro, un lycan. ¿Tienen claro quién es él?

Y todos callados.

-Ese mocoso que asesinó a nuestro hermano.- Dijo Paxian de pronto.

-No, querido.- Contrapuso el Sublime. –No es aquel que privó a Ionna de su vida, al contrario, es su víctima; víctima de ustedes, en general. ¿O me equivoco?

Pero nadie más se atrevió a responder.

-Bien,- insistió el Sacerdote -¿qué pueden decirme al respecto? ¿Eh? ¡Vamos, soy todo oídos!

Pero los Peleadores continuaron su frío silencio.

-¡¡Pero bueno!! ¿No van a decir nada? O acaso quieren que inspeccione sus mentes como llevo haciéndolo desde hace seis meses.

Y se espantaron.

-¡Oh! No lo sabían…- Se bufó el Sacerdote. -¿O qué? ¿Acaso creyeron que con el Bloqueo Mental iban a poder ocultarme sus "desvíos de ronda", por así decirse? ¡Vamos! Hablen de una buena vez. Prefiero escuchar los hechos de su propia boca en lugar de recurrir a terceros, o…a otros medios.

No tenía sentido, pensaban algunos, si ya lo sabía todo, ¿con qué fin los interrogaba de esa forma?

-¿Y bien?- Insistió su Excelencia. –De todas formas, queridos, estoy escuchando todo lo que piensan, no hace falta que lo reserven. Simplemente quiero que me demuestren el mismo brío que derrocharon allá en Frizia. ¿Es mucho pedir?

-¡¿Pero qué quiere que digamos?! ¡¿Eh?! ¡¿Qué carajos quiere que digamos?!- Exclamó Niro de pronto.

El Sacerdote quedó impresionado. Aunque en realidad, el dragón ya no tenía nada que perder.

-Niro…- Replicó el Sublime.

-Si ya lo sabe todo, no pierda más el tiempo y dicte nuestra maldita sentencia de una buena vez.

-Niro, más respeto.- Le susurraban por atrás.

-¡Me importa una mierda!

-¡Oh! De modo que así va a ser.- Concluyó el Sacerdote. –Muy bien. Sin embargo, querido Niro, además de ti, esperaba yo que tus compañeros también puedan expresarse en su propia defensa. Pero bueno, ya que nadie tiene algo más que decir…- Y tras una leve pausa, se puso de pie para proseguir: -Quiero dejarles bien en claro que estoy sumamente decepcionado de todos ustedes, y más de mí mismo por haber tenido que mentirles para obligarlos a hablar, porque siendo sincero…jamás he entrado en sus memorias sin su aprobación, pues pienso yo que es una grave falta de ética por parte de mi persona. De manera que aquí y ahora presento mis disculpas con ustedes por presionarlos de esa forma tan poco franca. No obstante, eso no quita que hayan deshonrado a nuestra Orden usando su poder por simple capricho, no quita que su falta de buen juicio ha traído la desgracia a nuestros hermanos, ni mucho menos quita que hayan abusado de mi confianza, porque sí, yo tenía mis sospechas sobre ustedes, y muchos maestros imaginaban que estaban actuando de maneras bastante estrafalarias, pero yo confié en ustedes, y lo hice hasta el último instante, pero me temo que toda esa confianza se perdió por completo en cuanto vi los recuerdos de ese chico al que le arruinaron la vida de tan despreciable forma.

-¡¿Pero y si ese animal le hubiera arruinado la vida a alguien más?!- Intervino Demian.

-¡Demian, no!- Se interpuso Niro.

-¡Oh, ahora sí quieren hablar! Bueno, pues ahora que lo menciona su compañero, debo informarles que su ataque al campamento de nuestro nuevo recluta carecía de fundamentos sólidos, ya que dicha comunidad basaba su existencia en la caza y recolección de especies en estado silvestre, lo cual en ningún momento incluyó humanos en su dieta. De hecho, ninguno de sus cercanos demostró una tendencia depredadora contra la población humana más cercana. ¡Es más! Niro aquí presente pudo apreciar con más detalle como esos “animales” pueden coexistir armoniosamente con los humanos sin necesidad que nuestra Orden se manche las manos por nada. ¿No es verdad, querido?

Pero Niro no respondió. Tal vez era lo mejor que podía hacer.

-Bien, espero que se hayan dado cuenta de lo peligrosa que puede llegar a ser la ignorancia, y más aún cuando viene acompañada por una desenfrenada violencia.- Y luego de una pausa, el Sacerdote inquirió a Demian: -Ahora, querido, ¿qué crees que compensaría la inhumana actitud que han demostrado en este último tiempo?

El joven no quiso responder. Sabía perfectamente lo que les esperaba tras esas líneas. Pero bueno, ya debían terminar con todo ese cuadro.

-¿Y bien?

-Merecemos la muerte, señor.

Y al escucharlo, el Reverendo se echó a reír.

-¿Y encima tienen el descaro de pedirme vacaciones? No, señores.- Y tras un cambio de semblante, dictaminó: -A partir de ahora quedan fuera de toda operación en campo, no pueden salir de la isla si no es con una escolta y bajo una justificación de carácter urgente. Además, sus entrenamientos serán vigilados por un equipo de Peleadores asignados por mi persona, los cuales estarán autorizados a intervenir en cualquier acción de ustedes que consideren sospechosas, pero también habrán de informarme de todas sus actividades a lo largo de la jornada, por lo cual espero no enterarme de ningún alboroto de parte de ustedes. Pero bueno, en realidad no creo que puedan causar tantos problemas, porque durante lo que respecta a la jornada de entrenamiento, pasarán una gran parte del día en las bibliotecas estudiando sobre la tolerancia, la ética y el trabajo en equipo; y cada tres meses van a emitir una charla para los aprendices acerca de los temas asignados. ¿Les quedó claro?

Ante el anuncio, los cuchicheos volaron por todo el salón como el polvo de la mañana, a lo que el Sublime insistió:

-¡¿Me entendieron?!

-Sí, su excelencia.- Repitieron en coro.

-Fabuloso. Ahora, retírense. Mañana se les asignará un tutor entre los investigadores y comenzarán a trabajar en su presentación. La quiero lista para el tercer ciclo Creciente que se aproxima, así que no pierdan su tiempo, ¿de acuerdo?

Y con un ademán los envió a la salida. El grupo se levantó así, y caminando hacia las escaleras abandonaron el cuarto sin hacer el menor ruido.

Pero en el trayecto por la colina, el grupo no hizo más que discutir sobre la decisión del Sacerdote. ¡En verdad la habían sacado bastante barata!

pero muchos no podían concebir el ya dicho veredicto.

-¿Saben? ¡En verdad creo que esto es ridículo!- Se quejó Amadeus.

-¿Cómo dices?- Quiso saber su hermano.

-¡Ya escuchaste! ¡¿En serio vamos a ser una horda de ñoños sólo porque un mocoso llegó llorando a las fardas del viejo?!

-¡Al menos no van a apalearnos por eso, Amadeus!- Le reprendió Scilla. –Deberías estar agradecido de que los Signarios no van a volarte los ojos de un puñetazo.

-¡A la mierda con eso! ¡Lo que no puedo concebir es que todos nuestros años se servicio se hayan visto mermados por un insecto salido de no sé dónde que ahora viene a presentar una queja!

-¿Y qué le vamos a hacer?- Se expresó Niro. –Ya no podemos hacer nada. Sólo nos queda asumirlo y tal vez un día nos indulten.

-¡Uy, sí tú!- Se burló Amadeus. –Tú hablando de asumir tus regadas. Pues no lo hiciste muy bien que digamos ayer en la mañana.

-¡Oye! ¡¿Qué quisiste decir con eso?!

-¡Ya me oíste, Niro! De no ser por tu arrebato tal vez este asunto no hubiera pasado a mayores.

-¡Ah! ¡¿Entonces ahora es mi culpa?! ¡Si mal no recuerdo, yo no era el único en ese claro! ¡¿Y qué tal si el Sacerdote SÍ hubiera revisado mis memorias para aclarar lo sucedido?! ¡¿O a alguno de ustedes?!

-¡Pues para eso es que aprendimos el Bloqueo Mental, genio!

-¡Pero si ni Antala puede bloquear al viejo, cara de brasa! ¡¿Cómo esperas de que yo pueda siquiera insinuarlo?!

-Pues así como fuiste tan rudo para ir a cazar al mocoso, pudiste hacer el esfuerzo de no meternos a nosotros en tu embrollo. ¡O mejor! hacerle el honor a nuestra raza y morirte de una buena vez. Ionna ya no está, así que ya no es necesario que sigas aquí dando la hora.

Furioso, Niro se abalanza contra el Magma, encestándole una fiera oleada de puñetazos. Pero sus compañeros no tardan en intervenir y separarlos, evitando así que pasen a mayores.

-¡No, no, no, no, no! ¡¡Ya basta!! ¡¡¡BASTA!!! ¡¡Basta los dos!!- Les gritó Roidt. -¡Aquí todos sabíamos lo que pasaría si nos descubrían! Estábamos

conscientes de los riesgos y del hecho de que tarde o temprano se sabría la verdad, así que no sacamos nada con pelearnos entre nosotros por idioteces como esta, ¿de acuerdo? Miren, lo mejor que podemos hacer ahora es cumplir con lo que nos piden y esperar a que el viejo aprecie un día nuestros esfuerzos, cosa que con peleas entre nosotros no vamos a conseguir. ¡¡Así que los dos, dejen de comportarse como bebés y enfóquense en nuestro nuevo trabajo entre los Peleadores!!

-¡Oh, por favor, hermano!- Se rió Amadeus. -Si ya ni somos Peleadores.

Y dándole la espalda al grupo, el dragón se alejó lo más que pudo.

-¡Och!- Se quejó el Pendragon. –Descuiden, chicos. Ya se le pasará.

Pero sus compañeros tampoco se veían muy animados que digamos. Debido a eso, el Peleador trató de alentarlos un poco, diciendo que tal vez les vendría bien un tiempo sin muchas agitaciones, pero no consiguió nada. Al final sólo pudo sugerir que durmieran un poco y que se despejaran, cosa que nadie escuchó, pues el grupo se dispersó lentamente hasta que Roidt se quedó ahí, solo, completamente solo.

Al parecer sólo necesitaban un tiempo para digerir lo acontecido, se dijo este, tratando de ser optimista. Pero ni él mismo se lo creía.

Los minutos pasaron y el Pendragon continuó sentado en la escalera, pensando, tratando de asumir sus errores y visualizando una posible imagen de lo que sería realizar investigaciones. No parecía un mal trabajo, sólo tendría que estudiar mucho, leer como nunca lo había hecho y pasar largas charlas con sus colegas asimilando información y descubriendo cosas nuevas. No era la vida de un Peleador, pero al menos sería una vida honesta y, lo más importante para él, estaría con sus amigos.

No les había ido tan mal después de todo.

Poco después decidió ir por su hermano, al menos para pasar la noche en compañía de alguien, así que al ponerse de pie avanzó por el descenso hasta tocar el valle, luego de eso caminó al interior de la isla en dirección a una cálida luz, una luz proveniente de las cabañas en que los Peleadores descansaban luego de un arduo día de trabajo.

Roidt se acercó lentamente hacia una de estas, esperando que cierta persona estuviera ahí. Y al abrir la puerta, lo primero que hicieron sus ojos fue posarse sobre su colega de alborotados cabellos azabache y piel de cobre que relucía un tinte rojizo. Amadeus.

-¡Woh! No te esperaba.- Le comentó el dragón, quien se encontraba

sentado en un sillón de mimbre mientras tomaba un té.

-¿En serio no puedes ser más inmaduro?

-Oh, si lo dices por lo de hace rato…

-¡No es sólo por eso, viejo!- Se exaltó Roidt, abriendo esos ojos bicolores (azul-violeta). -¡Simplemente quiero evitar que todo este lío se haga más grande! ¡¿Cuesta mucho pedirte un poco de colaboración?!

-¡Colaboración!- Replicó Amadeus mientras se levantaba y posaba su vista en la tigreña piel de su amigo de castaños cabellos. –Me pides…colaboración, pero imagino que ninguno de los otros fue capaz de dártela, ¿no? Y sabes por qué, ¿no es así?- hizo una pausa. -¡Porque estamos solos! A partir de ahora cada uno va a ver por su lado y dudo mucho que esta farsa de ser ñoños pueda compensar todo lo que hicimos.

-¿Entonces te estás arrepintiendo de lo que pasó?

-No.- Disparó Amadeus. -¿Qué saco con eso? Sí, matamos lycans, ¿quién no lo hace? ¿Lo hicimos de forma ilícita? ¿Quién no lo ha hecho? ¿Han bajado las tasas de ataques por esos rabiosos? Claramente. Ahora, ¿cuál fue nuestro pecado? Tal vez dejar testigos. O sí, tal vez nos excedimos, y tal vez actuar de forma ilícita fue, después de todo, una mala idea, pero en ese caso ¿qué importa? ¿Traeremos de vuelta a todos esos perros? ¡Como mucho le dimos un pésimo nombre a los Peleadores! Pero al final del día, a la gente ya ni le va a importar. ¡Somos el tema de modas y después qué! ¿Inundaciones en Tenmori? ¿Lluvias en Kalahar que ocurren una vez cada cien años? ¿Gran Padre se volvió el Gran Señor de Kartalia por décimo año consecutivo? O mejor, algún novato surfeó mejor que ese barrigón y se convirtió en la súper estrella de la nación. ¡¿Alguien más va a hablar del mocoso?! Da por hecho que no.

Tras escucharlo, Roidt echó un suspiro y agregó:

-Ya, ¿y tú crees que esa va a ser la solución? ¿Fingir que nada de esto pasó?

-¿Y a ti se te ocurre algo más?

El Pendragon echó nuevamente un suspiro y tirándose sobre el sillón, respondió:

-No lo sé…es más, ya ni sé cómo fue que empezamos todo esto.

-Bah, despreocúpate, viejo. Mira, en algo tienen los chicos razón. Estamos vivos. Pudo ser peor, sí, pero gracias a los dioses no nos

enviaron a esa sala. Sí, estamos fuera de cualquier misión, y sí, vamos a devorar libros hasta quedarnos ciegos, pero bueno, en algo tienes toda la razón y es en que no tenemos otra opción y no sacamos nada con rehusarnos.

-¡Oh! Tú lo has dicho, hermano.

-Seh…pero bueno.- Y luego de una pausa, el dragón terminó su té mientras volvía a sentarse, a lo que finalmente agregó: -¿Te digo algo? Necesitamos hacer arder otros valles.

-¿A qué te refieres?- Le preguntó Roidt a su hermano, con disgusto.

-¡No esa clase de valles, tonto! Me refiero…tú sabes…ya que no podremos ver a nuestras piernitas, yo digo que podemos echar un ojo en las bibliotecas, no sé, alguna ñoñita inocentona que se ponga rojita por todo, digo yo.

-¡Bah! ¡¡No juegues!!

-¡No! Lo digo en serio. Mira, echamos un ojo, les metemos charla, unos tragos a la salida…

-¡¡Oh…!!- Se quejó el Peleador. -¡Eres insufrible!

-¡¿Qué?!

-¡¿Cómo puedes pensar en piernas en un momento así?!

-¡Bueno, yo sólo quería que nos relajáramos un poco!

-¡¿Después de todo lo que ha pasado?! No creo que sea el momento.

-Uhm, bueno…como gustes.

Y ambos hermanos guardaron silencio. Ya no había nada que decir.

Finalmente, Amadeus se puso de pie, y estirando los brazos echó largo un bostezo y comenzó a avanzar por la habitación.

-Bien, yo creo que ya deberíamos ir a la cama. Mañana será un día pesado así que, no sé tú, pero al menos yo necesito un descanso.

-Sí, hazlo. Yo te alcanzo luego. Hasta mañana.

Amadeus asintió, volvió a echar un último vistazo al joven y se marchó.

En tanto, el Peleador volvió a echar un vistazo al fuego, mientras recordaba el cortejo fúnebre de su compañero caído; ese instante en que su cuerpo fue envuelto en esa manta blanca, y fue colocado en esa fosa en la arena con todas sus posesiones, sus armas, su ropa, todo lo que necesitaría para su viaje al siguiente mundo, mundo que en ese instante Roidt comenzó a cuestionar luego de recordar todo lo que le hicieron a esas tribus durante sus vuelos. ¿Se merecía un descanso eterno?

-Por la sabiduría de Salkay, ¿pero qué fue lo que hicimos, Ionna?

Capítulo 11

12

Instintos Primordiales

¡Oh! Arena, nada como una buena corrida en arena fresca bajo los primeros rayos del sol. Ly no podía sentirse más a gusto.

Maestro y discípulo se habían levantado con el cielo todavía en sombras y luego de un abundante desayuno partieron a esa barrida frente a las aguas.

Recorrerían cinco kilómetros bordeando la costa, para luego internarse entre la arbolada suroeste de la isla. Allí proseguirían con su práctica.

Al principio al muchacho, aunque le apenaba reconocerlo, se le hizo bastante pesado seguir el ritmo. Sí, la sensación en sus dedos descalzos era suculenta, fría, pero satisfactoria, sin embargo su inexperiencia en ese tipo de campo le resultaron un desafío bastante complejo. Aun así, el chico no bajó los brazos y puso todo de su parte para alcanzar a su maestro.

-¿Demasiado rápido?- Quiso saber su instructor durante la marcha.

-¡No! Estoy b-bien.

-Porque podemos bajar el ritmo, si te apetece.

-¡No! En serio...así estoy bien.

Entre tanto, Ly pudo apreciar a más aprendices a su alrededor (Trainis, como suelen llamarlos), algunos menores que él, otros más altos, pero todos, todos demostrando una férrea convicción al momento de ejercitarse, todo con el fin de un día convertirse en los más fieros Peleadores de Dovahgolt.

-Inspirador, ¿no?

-¿Disculpe, maestro?

-Que si no es inspirador.- Le replicó el viejo guerrero. -Ver a todos esos muchachos, cada uno con su peculiaridad, sus orígenes, y todos,

motivados a cumplir un mismo sueño.

-¡Oh! En verdad no lo había pensado.

-Que bueno, porque de verdad no me gustaría que lo pensaras.

-¿Disculpe?

-Querido muchacho.- Lo increpó Xavier. -Si yo quisiera repetir el discurso del rey, me iría vivir a su corte. Todos aquí suelen llegar con el mismo enunciado, pero a medida que pasa el tiempo y cumplen misiones cada vez más riesgosas se dan cuenta que ser un Peleador va más allá de lo que se imaginaron la primera vez.

-Oh...entonces qué es lo que debo pensar.

-Buena pregunta, y son precisamente las preguntas que más espero oír de ti.

-¿Por qué?

-Porque con ellas me demuestras que estás pensando. Y que estas entendiendo aquello que miras luego de ver.

Parecía seguir su enunciado, pero el joven continuaba inquieto tras su pregunta anterior.

-De acuerdo, entonces a medida que pase el tiempo mis prioridades irán cambiando, ¿no es así?

-Más que eso.- Señaló Reds.

-Más...entiendo. Más que solo prioridades. Hablamos de objetivos...un objetivo, un propósito...

-¿Por qué estás aquí, Lycanhearth?- Lo inquirió el maestro de repente.

-¿Yo? Pues ya sabe...lo del jinete.

Pero de pronto, Reds se detuvo. Miró seriamente a su discípulo y disparó:

-No pregunté por qué te trajeron. Te pregunté por qué estás aquí. ¿Por qué aquí y no en otro sitio?

Porque si no, estaría en la cárcel. Pensó Ly, fugaz.

O muerto.

-No lo sé, señor...- Se limitó a decir.

Xavier apretó los labios y con una mirada de satisfacción exclamó:

-¡Sí! Buena respuesta. Ahora sigamos.

¡¿Qué?! El joven frizio acabó anonadado. Aunque le quedó bastante claro lo mucho que tenía por aprender. Y lo lejos que estaba aún de recuperar a sus amigos.

Luego de una hora, el maestro condujo a su aprendiz por un sendero cubierto de pasto, adentrándolos así por un campo cubierto de árboles cuyo grosor era tan denso que recubría sus cabezas de una cegadora sombra, sombra, que poco a poco fue cediendo ante los primeros rayos del alba, revelando así un tinte verdoso de entre las ramas.

Poco después, ya a lo lejos, el viejo Peleador pudo divisar la silueta de dos jóvenes frente a un gran y recto árbol. Uno de ellos, rozaba su torso contra su acompañante, acorralándole con un brazo, mientras que aquella figura trataba de huir muriendo de vergüenza, pero a la vez, de gusto. Pero tras darse cuenta de que Reds se acercaba, le dio un codazo a su compañero para que se alejara, tratando de actuar lo más natural posible.

-¿Los hice esperar mucho?- Les preguntó Xavier, una vez allí.

-¡No! No la verdad.- Le comentaron ellos, en coro.

-Me alegra.- Y tras una pausa, señaló al muchacho con su mano y les dijo: -Este es mi nuevo aprendiz. Lycanhearth. Muchacho, ellos son Casei y Lucy. Nos ayudarán a perfeccionar tus técnicas de lucha.

-Aprendiz nuevo, ¿eh? Pues un placer.- Le comentó Casei, estrechando su mano.

-Bienvenido al Santuario, pequeño.- Lo recibió Lucy, con una tierna sonrisa.

Los dos parecían tener una buena contextura pese a que se veían bastante delgados, aunque Casei era el más alto de los dos. Este tenía el cabello blanco y los ojos color violeta, ojos que relucían con aguda malicia cuando su engreída sonrisa salía a escena.

Por otro lado, Lucy tenía la piel tan suave que parecía una tierna bebé, piel decorada por una nariz bañada en pecas y dos ojos color pistacho. Además, su cabello era marrón-glasé y lucía alocados mechones sobre la

frente. Una dulzura de chica.

-Bueno.- Dijo de pronto el maestro. -¿Comenzamos ya?

-¡Claro!- Respondieron sus camaradas más jóvenes.

En tanto el maestro Reds dirigió la mirada a su discípulo y empezó a decir:

-Antes de comenzar a manejar tu Esencia lo primero que debes entender es cómo esta fluye desde tu cuerpo con cada acción ejecutada. Así que para que puedas generarte una idea un tanto más directa quiero que observes a nuestros compañeros en una demostración. ¿Te parece?

-De acuerdo, no hay problema.- Le contestó su aprendiz.

Mientras que los Peleadores se alistaban para su enfrentamiento, maestro y aprendiz se instalaron entre unos arbustos a una prominente distancia de sus acompañantes. Estos a su vez estaban realizando unos pequeños calentamientos antes de comenzar. Finalmente, el maestro les hizo una señal con la cabeza y le comentó después a su estudiante:

-Será mejor que estés muy atento a este movimiento.

Era de esperarse, pues en tan sólo milésimas ¡Zium! ambos contrincantes desaparecieron de un chasquido.

-¡¿A dónde se fueron?!- Exclamó Ly, abrumado.

-Te dije que estuvieras bien atento.- Replicó Reds.

-¡¿Qué...?!

-¿Qué ves que ha pasado?

-¡¿Que qué veo?! ¡Que no están!

-¿No están...? De acuerdo, y más allá qué es lo que puedes mirar.

-¿Yo? Pues...- Y guardó silencio. Lo había olvidado. Ver, mirar y entender.

-¡Vamos! Tú tienes algo que ninguno de nosotros lleva consigo. Sólo úsalo.

Tras escuchar las palabas de su mentor, Ly cerró los ojos y puso sus

oídos alerta.

-Concéntrate, Lycanhearth. Usa tus sentidos, estate alerta a cada zumbido en el espacio, a cada roce del aire en la tierra. A cada suspiro en el viento a tu alrededor.

Luego de un momento, el maestro reservó sus palabras y observó el decidido rostro de su estudiante. ¿Qué habría encontrado? Se preguntaba.

Sólo una cosa.

Silencio.

Es lo primero que capta en el aire. Silencio.

Pero no cualquier silencio, uno frío, uno asfixiante, uno tan denso que incluso te nublaría la vista.

Pero de pronto ¡klash! ruge un trueno que desgarra la atmósfera. Y tras el estruendo, una cadena de estallidos sacude los vientos.

-¡Sí, ya los veo!- Exclamó.

¡Switsh! aparecen los Peleadores sobre la hierba, quienes no dan respiro y de un salto se colisionan con ferocidad. Ambos se miran con severidad mientras sus brazos se cruzan uno frente al otro.

Poco después, los combatientes dan una vuelta de espaldas y se distancian a dos metros entre sí, para que entonces, a sólo milésimas, ¡kraaash! vuelvan a colisionarse, esta vez con los puños. Siguen así con un intercambio de golpes a una velocidad descomunal, sin bajar el ritmo un instante ni perder el pulso de sus impactos.

No pararían hasta que uno cediera.

Hasta entonces ¡Knoock! Casei patea el rostro de Lucy con ferocidad, mas aquella luchadora le responde con un potente cabezazo directo al pecho. Y lo hace retroceder.

Pero Casei no demuestra interés por retirarse, y con un ademán extiende los dedos y ¡flash! dispara una ráfaga de fuego negro.

-¡Flama de Purga!- Exclama.

En tanto, Lucy sigue la flama con los sentidos alerta, y cuando las llamas ya estaban sólo a centímetros se su cuerpo, las esquiva. A continuación responde a su agresor con el agitar de su palma, la cual libera un puñado

de saetas que vuelan a toda marcha contra su presa.

Pero este, las espera con calma. Y una vez cera, las derriba una por una a pulso de puños. No obstante, jamás se imaginó lo que se aproximaba.

¡Tiuuump! Suena así el puño de su adversaria al encestarle en la cara un poderoso impacto radiante de luz, impacto tan veloz como esta misma y que casi congela el tiempo con su travesía. Todo lo anterior había resultado ser una treta.

Casei sale de golpe contra los árboles, derrumbándolos uno a uno con cada choque. Pero luego de tanto alboroto, este se pone de pie, y posando su bota sobre el tronco caído, se arroja de un salto contra Lucy. Parece muy decidido, y más aún en el momento en que levanta su puño. No obstante, su movimiento resulta vano, pues su contendora se anticipa y ¡Splash! le estampa la suela en toda la cara.

Imprudente. Pensó ella.

Casei rueda por el aire hasta revolcarse un par de metros por la hierba, y durante ese lapso, Lucy extiende su palma y ¡kiuuum! dispara un rayo de luz blanquecino. Lo tenía acorralado.

Pero en eso, Casei da un giro al costado y esquiva el tiro, aterrizando sobre su rodilla. Y una décima después ¡frosh, frosh, frosh! le arroja esferas de fuego negro a su contrincante. Pero esta no baja el ritmo y blandiendo el brazo derecho azota los tiros con su ademán. Y tras un fuerte estallido, una colmena de humo se alza contra el cielo.

Y entonces, ¡doom! un puño emerge de entre la cortina y se estrella en el vientre de Lucy, cosa que le causa una tímida risa. Y tras unas décimas, ¡tuum! responde con un puño al costado de su oponente. Este jadea de dolor, pero también emite una risa de satisfacción.

Luego de eso, ¡paf! Casei contraataca con un puño al pómulo de su rival, a lo que esta responde con un gancho al mentón de su adversario, pero aquel, por supuesto, encaja en su contrincante un nuevo puño directo a las costillas, recibiendo a su vez su impacto al ombligo como represalia.

Mas este último no se dio por vencido, y en tan sólo milésimas de segundo ¡pam! responde a Lucy con un puñetazo que le arroja volando. Esta, cae en el suelo, a cuatro metros del contendor.

Pero aun así ¡duum! aquella que fue derribada se levanta como una bestia y en solo centésimas embiste a Casei, dejándolo de espaldas contra el suelo tras revolcarse en el aire con brutalidad.

Luego del impacto, ambos carraspean una risa de satisfacción.

Finalmente, se miran cara a cara, quedándose quietos, erguidos, y en silencio. Hasta que entonces, ¡switsh! se lanzan a colisión cual relámpago y alzando los puños al unísono, ¡splash!

-Muy bien, es suficiente.- Carraspeó Reds.

Inesperadamente, el maestro aparece en medio de los contendores, deteniendo a Casei con la palma izquierda, y a Lucy con el codo derecho.

-No esperaba menos de ti, viejo.- Le comentó aquel prisionero de su palma.

-¡Oh! Gracias, Casei. Eres muy amable.

¡Ufff...! Exclamaron los Peleadores, dejándose caer sobre sus traseros, algo agotados luego de la lucha.

-Muy buena presentación.- Comentó Ly, impresionado.- En verdad no puedo creer que existan personas con tanta fuerza a su disposición.

-¿Tú crees?- Replicó Lucy. -Pues, gracias, aunque a decir verdad no podemos decir que lo de hace rato fue una pelea de lo más genuina, no en comparación a la de otros Peleadores, o al menos, a una misión de verdad.

-¡Bah! Por favor, Lucy.- La cuestionó Casei, sonriéndole tiernamente. -Los dos sabemos que tendríamos peleas mucho más serias si no te contuvieras tanto.

-Así como tú...

-Como la cosita adorable que eres.

-Ya... empezamos...- Se quejó esta, ruborizándose.

Y se levantaron.

Ly no pudo evitar reírse.

En tanto, de entre los árboles aparece una imagen, la imagen de un hombre de alta estatura, cabello color crema y una contextura muscular densa como el acero. A su lado, avanzaba una muchacha de cabello azabache, piel morena y ojos de lima, y una Esencia que en sólo centésimas consternó a la pareja.

-¡Furry!- Exclamó Reds. -Ya estaba dudando que vendrías.

-Sí, lamento la demora.- Se excusó el Peleador. -Espero no haber...

Pero al virar las pupilas hacia Lycanhearth, este se quedó mudo. De inmediato se acercó al chico, quien no parecía entender el porqué de tanta curiosidad, y una vez ahí, a sólo centímetros de su cara, apoyó las palmas sobre los muslos y exclamó:

-¡¿Es… es él?! ¿Él es el lycan...? ¡No puedo creerlo, si es sólo un niño!

-Aaamm...sí...- Vociferó el chico, incómodo ante la eufórica sonrisa del Peleador. - ¿Por...qué tanto interés?

Furry no dejaba de suspirar ni de agarrar al chico de los hombros, hasta que tras una última mirada de arriba abajo, le dijo:

-Es que...de verdad no puedo creerlo. Esto es un honor para mí, es un honor conocerte, un honor conocer a uno de tu estirpe.

-¡Oh, Maestro, basta!- Lo reprendió la muchacha. - No lo agobie.

-¡Oh! Claro, claro. Lo siento.

Y se alejó unos centímetros.

-Discúlpalo.- Le dijo ella entonces. -Es la primera vez que ve a un lycan tan de frente. Generalmente se conforma con escuchar relatos y leer tratados de otros investigadores.

-No, descuida.- La tranquilizó el chico. -De hecho, me alegra que al menos alguien me vea de una forma un tanto más positiva.

Y sonrió. Y ella correspondió a su sonrisa.

-Por cierto, soy Kharima.

-Un placer; Lycanhearth.

-¿Y hace cuánto que llegaste al Santuario, Kharima, si puedo preguntar?- Quiso saber Casei.

-¡Oh! Un par de semanas.- Le respondió ella. -No hay problema, pregunten si quieren. ¡Aps! Y ustedes son...

-Casei.- Le contestó él. -Y el malvavisco de aquí es Lucy.

-¿Eh? ¡Óyeme, te dije que no me llamaras así!

-¡Ya, no te esponjes!- La contuvo este, entre risas, mientras agarraba a la pecosa del hombro con un brazo, y con la mano libre le picoteaba una mejilla. -Te vas a poner como bayita.

Idiota. Pensó Lucy.

Kharima no pudo evitar reírse.

-Y usted debe ser el maestro...

-Reds, jovencita. Xavier Reds. Y aprovecho para darte la más cordial de las bienvenidas y desearte mucho éxito durante tu formación.

-Muchas gracias.- Replicó esta.

-Muy bien. Furry, amigos, a lo que vinimos.- Proclamó Reds.

-Que así sea.- Sentenció Furry, quien tras redirigir su vista hacia el lycan empezó a decir: -Bueno, niño, imagino que ya debes tener una noción del significado de la Esencia.

-En efecto.- Respondió Lycanhearth. -Hablamos de la fuente de vida que todos llevamos dentro.

-Totalmente correcto.- Le felicitó el Peleador. -Pero en estos momentos no nos enfocaremos en ella.

-¿Ah, no? ¿Entonces en qué?

Furry esbozó una interesada sonrisa y agregó, con un peculiar brillo en los ojos:

-¿Qué sabes de tus instintos naturales?

-¿Mis...qué?

Furry no dejó de sonreír.

-Dime...Lycanhearth, ¿no? ¿Qué sientes cuando tu cuerpo cambia durante las noches de luna llena?

-Ehh...no, no lo sé.

-Porque tu mente se bloquea, ¿no es así?

-Pues...sí...yo creo.

-¿Y si te dijera que no es exactamente un bloqueo mental, sino una segunda manifestación de tu cabeza?

Y el chico no supo qué decir.

-¿Una segunda...manifestación?

Y Furry no dejó de sonreír.

-Verás, en mis viajes alrededor de Frizia y Seikos pude apreciar los movimientos de cacería de tu gente. Bueno, algo a la distancia, y gran parte de eso lo escuché de granjeros y cazadores, pero en fin. El punto es que durante esas operaciones lo primero que salta a la vista es que, a diferencia de lo que muchos piensan, no atacan como una simple jauría desbocada, sino todo lo contrario, montan toda una estrategia casi de corte militar. A lo que aprovecho para decirte que es sumamente alucinante. ¡En verdad! No sólo muestran un patrón de caza y recolección, dan un paso más adelante y ponen sobre la mesa todo un operativo de captura...

-Del caribú alfa, lo sé.- Se anticipó el lycan. -Y con eso el grupo se desmorona solo.

-Exacto. E insisto, lo que tu gente hace es definitivamente un arte, casi nadie en Dovahgolt ha expresado una forma de caza a ese nivel. Pero a lo que voy. Para poder seguir el paso de la operación, el simple hecho de pensar en cada movimiento, además de tener que reaccionar a los posibles imprevistos en el campo, resta tiempo, tiempo que se puede aprovechar de forma más eficiente durante el asalto. ¿Cómo? Aprovechando lo que tu raza expresa de forma tan espontánea. Algo a lo que me gusta llamar, sus Instintos Primordiales.

Tras escucharlo, el licántropo se exaltó. ¡¿Cómo iba a poder hacer eso?! Sí, sus padres le habían hablado de algo parecido cuando era pequeño, mencionando que con la madurez él sería capaz de manejarlo. Pero lamentablemente nunca pudo alcanzar ese estado (por razones obvias).

-Eso...- Suspiró él. -Yo no sé hacer eso. Ni siquiera puedo recordar lo que hago después de la luna llena.

-¡Bah! No te preocupes.- Lo animó Furry. -Para eso vine.

-De acuerdo, comenzamos a trabajar.- Declaró finalmente Reds.

Inmediatamente los maestros explicaron a sus pupilos lo importante de la postura y del equilibrio, algo que Lycanhearth parecía manejar muy bien,

salvo por ciertas cosas que Reds le señaló en el acto, no era por menos, a fin de cuentas no estaba tratándose de una pelea callejera. Lycanhearth necesitaría más de lo que usaba en Frizia si quería salir adelante.

Practicaron varias series de golpes, intercalándolos con series de flexiones, saltos y piques entre los árboles. Kharima tuvo complicaciones para seguir el ritmo, aun así no se quedó atrás. Podía verse flamear de su piel un rosáceo fulgor con cada momento al límite.

Lycanhearth se sentía impresionado al ver cómo el poder de su compañera emanaba tanta pasión, tanto ahínco, tanto deseo por salir adelante y romper hasta la última barrera que se le cruzara. Podía sentir su coraje en cada soplo, en cada giro, en cada paso. Era el ejemplo de lo que debía lograr si quería recuperar a sus amigos.

Tras pasado centenar de series, los aprendices pasaron a una prueba solo de ataques. Era simple, atacar a su rival hasta dar un impacto al menos. Casei se encargó de dar reto a Kharima, mientras Lucy se dirigía a Lycanhearth para probar su fuerza. Iniciaron bastante entusiasmado. Aunque en ese instante el muchacho se dio cuenta por qué volverse un Peleador no ha sido nunca una tarea fácil.

Sus ataques eran veloces. Sí. Había practicado desde hace ya tiempo y había aprendido a sobrevivir golpeando zonas exactas del cuerpo. Pero no era el único que contaba con años de experiencia en enfrentamientos. Lucy no lo dejó acercarse ni un centímetro a su piel. Ni aunque sus puños aumentaran su ritmo.

Aun así no dejó de atacar.

-No está mal.- Le comenta Lucy. -¡Pero trabaja más esos golpes!

Y lo derribó con un fornido gancho al pecho.

Pero Lycanhearth no había dado todo un viaje en dragón para tomarse una siesta, y se levantó. Siguió atacando con series de puños y patadas sin bajar su ritmo. Lucy no dejaba de animarlo para que golpeara más y más.

-¡Cuida tu rostro!

¡Paw! Le dio al chico un cabezazo en la cara. Rematándolo después con un embiste de ambas palmas.

-¡Más cuidado, Ly!- Le señaló Reds. -¡Tienes buenos puños, úsalos bien!

Kharima también había tenido sus complicaciones, aun así, al igual que

su compañero, siguió de pie.

Le dieron así otra vuelta por un rato, hasta que los maestros indicaron a los Peleadores que ahora ellos realizarían los ataques.

-Sean amables, eso sí, por favor. Al menos mientras cojan el ritmo.- Pidió Furry, con cortesía.

Casei y Lucy no dejaron de mantener una postura defensiva con ellos. Incluso ese otro, muy gamberro, no dejaba de jugar con fintas con los chicos para darles algo más de presión.

Ya irían descubriendo sus patrones y se vengarían.

Cuando le tocaba defender, Lycanhearth no sacaba los brazos de la cara hasta que Lucy no empezara a moverse por los costados. Era cuando sus puños bajaban el ritmo y le daban algo de respiro.

Lycanhearth nunca, en todos esos años que vivió en la calle, había visto unos puños más precisos cuando de pelear se trataba. Algo que sostuvo hasta el final de sus días. Es que eran como gotas de lluvia, un réquiem de cometas en tiempo de fusa que no dejaban de presionar, tan veloces como el viento al punto de parecer nulos de fugas. Fue lo que pensó este cada vez que debía medir fuerzas con la Peleadora.

Luego de esto, los maestros los llamaron a un claro en medio de los árboles, donde, junto a otros aprendices, que no pudieron evitar cuchichear sobre Lycanhearth (el cual les ignoró), tuvieron que desvestirse para entrar en una ancha laguna y cruzarla sin parar de lado a lado.

-¡Miren eso, chicos! ¡Natación estilo perrito!- Gritaban algunos muchachos cerca del claro.

Y las carcajadas se hicieron notar.

-¡Hey! ¡Suficiente por allá!- Les reprendió Reds. -¡Estudiantes en ejercicio! ¡Preocúpense de su trabajo!

Acabado este ejercicio, los chicos se pudieron tomar un tiempo para secarse y continuar después. Y una vez listos, pasaron a su siguiente reto.

-Ponte esto, Lycanhearth.- Le dijo su maestro, mientras sacaba una venda de sus ropas.

-¿Esto? ¿Para qué?

-Ya lo verás.- Agregó Furry, de pronto. –Al menos, de cierta forma.

Y se rió.

Lo siguiente que hicieron sacó a Lycanhearth más de una carcajada. Él y su nueva amiga tenían que andar descalzos por la hierba con una venda en sus ojos.

No pararon de chocar ni de caerse. Ni, por supuesto, de reír.

La incertidumbre los carcomía.

Aunque, Lycanhearth, luego de unas pisadas, no se complicó tanto. Tenía su olfato, por lo que podía ubicar ciertos puntos en que había árboles, hierba fresca o sus acompañantes. Además podías escuchar con claridad la respiración de Kharima, sus jadeos, y sobre todo sus gritos histéricos.

Pero al lycan, aún le faltaba algo.

-¡Recuerda la playa, Lycanhearth!- Le advirtió su maestro.

La playa...

Intentó así volver a sentir las cosas que lo habían envuelto frente a la arena, y en su batalla, el sonido de esos golpes que hace un rato lo estremecían. Dolor. Silbidos en el viento. Una suave brisa. El cepillar del césped con cada paso. Su suavidad...

Frío.

Humedad.

El tronar de sus huesos con cada paso.

Recuerdos.

La playa... La playa...

Respiró hondo.

Calor...

Movimiento. Movimiento al pelear. Al chocar puños. Chocar puños con sus contrincantes...

Ácido aroma a sudor. Sangre. ¡No!

El muchacho comenzó entonces a bambolearse, a andar en círculos, sintiendo el roce de su cuerpo en el viento. Ese soplido. El calor de su piel haciendo zumbar sus manos como si de velas se tratara. Como en su contienda contra Niro.

Atónitos, los maestros se detuvo a mirarle. Nunca había visto a un estudiante expresarse así ante su ambiente.

Linda forma de interactuar con la Esencia. Pensó Lucy, mientras le apreciaba. Me recuerda a los maestros de Tenmori...

Calor. Pensaba Lycanhearth. Calor...

Calor...

Calor. Pensó este. Podía sentirlo. El calor en su cuerpo, el calor que emitía su espacio, el calor que sentía en la gente, bajo sus pies. La playa. El pasto. Kharima. Su mentor. Los labios de Isabel... La mano amiga de Mark. Su calor. El calor de todos. El calor de todos haciéndose uno.

Una Esencia...

-Van muy bien ustedes dos.- Comentó Furry. -Ahora quiero que junten sus manos. ¡No, no! No las aplasten. Júntenlas. Como si tuvieran usa esfera. ¡Eso, eso! Ahora quiero que la amasen, que se muevan con ella, ¡y que no se les vaya a caer!

-¡Entendido, maestro!- Respondieron.

Podía sentirlo. Podía sentir ese calor que se posaba en sus palmas y que le acariciaba la piel con cada giro de sus palmas. Además de que iba en aumento, tal y como había sido frente a Niro, pero distinto. Aquella vez había sido frío, al mismo tiempo que ardiente, pero le corroía. Esto era diferente. Definitivamente diferente. Como un fuerte abrazo con sus seres queridos.

-¡Excelente, chicos! Ahora, denle más cuerpo a su esfera. Moldéenla con más calor y denle más espacio para que pueda crecer.

Así lo hicieron. Incluso tuvieron que intercambiar sus esferas entregándola en la mano del otro con firmeza, pero también con delicadeza. Y la amasaron, la amasaron hasta que aquel calor se fue volviendo más y más incontenible, y cuando les indicaron que se regresaran dicha esfera, Furry exclamó:

-¡Muy bien! ¡Ahora sumérjanse en ella! ¡Cúbranse con su calor y déjenla fluir en cada espacio de su ser!

Se llevaron entonces las manos y finalizaron con sus brazos extendidos a los lados. Toda una carga de energía los sacudía de la cabeza a los pies.

Lo sentían. Fiebre que los estremecía como mil agujas. Como si sus adentros ardieran en llamas, pero sin causarles dolor.

Ellos no lo notaban, pero sus maestros y acompañantes sí. Sus Esencias se estaban manifestando, pese a no brillar como un Peleador todavía, pero ahí estaba, ardiendo, ardiendo con intensidad.

-De acuerdo, tomen asiento. Necesitan un respiro.- Les dijo Furry.

Los chicos se dejaron caer sobre sus glúteos y se quitaron la venda. Temblaban. La piel se les estremecía con cada roce su aliento.

-Lo sienten, ¿verdad?- Preguntó Casei.

Asintieron.

-¿Y si les dijera que lo que sienten no es nada, comparado con lo que pueden lograr?

Y tanto él como los maestros echaron al aire su Esencia, dejando ver nuevamente el color de sus auras.

-Lo que sienten ahora,- comentó Reds –es apenas una leve chispa, chispa que desde ahora deberán avivar hasta convertir en llamarada. Entonces, y solo entonces, podrán decir que son dignos Peleadores.

-Maestro, tengo una duda.- Se inquietó Ly. –No es por alardear, ni nada, pero… cuando hice frente a… ya sabe, podía ver de mi piel un fulgor plateado. Pero…

-Es totalmente diferente a esto.

-¡No! No es eso. Bueno, sí. Pero a lo que voy… ¿por qué no veo ese fulgor ahora?

-Por algo muy simple, Lycanhearth. La ira puede ser una potente carga de energía, así como lo es la ira, su poder es pasajero. La Esencia siempre será más que una chispa de ira, la Esencia es lo que acabas de sentir. Un vínculo. Uno que nos conecta y nos une, así como compartiste con Kharima tu calidez. Por eso no surgió como esperabas, pero te aseguro… que es mejor así. Ten paciencia, con el tiempo lograrás lo que nosotros ya

hemos logrado.

-Uhm… Comprendo.

Y en los labios del maestro se dibujó una sonrisa.

-De acuerdo, vamos a comer algo. Seguiremos de una forma más teórica luego de esta pausa.

Tras escuchar al maestro Reds, los chicos se levantaron y lo siguieron. El grupo se dirigió al camino que los llevaba a la playa y de ahí avanzaron tranquilos por la brisa del oleaje. El aroma a sal y el aleteo de las gaviotas sacudían la arena con suavidad.

-Entonces qué dices, ¿cómo fue que un niño sin mucho manejo de la Esencia hizo pedazos a un Pendragón bien entrenado?- Preguntó Casei, de repente.

-Uff, larga historia y no quiero hablar de eso.

-¡Buh! Como digas. Cualquier cosa, no eres el único que carga con algo, si te sirve un poco.

-¡Ffhh! Gracias.

-¡No! ¡Lo digo en serio!- Insistió él. –Se puede saber mucho de una persona por el calor de su Esencia, y si te soy honesto, la tuya es cualquier cosa, menos una amenaza. Así que, cualquier cosa, cuenta conmigo.

-Y conmigo.- Intervino Lucy.

-Y con todos, en general.- Agregó su maestro.

¡Qué lindo! Pensó el muchacho. Entonces así era como sus amigos lo veían, y pese a todo.

De verdad valió la pena el tomar esa decisión. Se dijo entonces, posando sus ojos al horizonte.

Capítulo 12

13

Camaradas

¡¡¡Wolfrider!!!

El susodicho echó una vuelta hacia su espalda y divisó al fondo del pasillo a un fornido mastodonte con uniforme gris y un felpudo abrigo color blanco. Su sombra se veía tan grande tras la lumbre que en serio parecía ir en busca del capitán frizio.

-¡Bulnes!- Vocifera este, de forma casual.

-¡General Bulnes, maleducado! Aquí nadie te enseñó de esa forma tan mediocre. ¡Así que cuida tu lengua!

-¡Está bien...General...! ¿A que debo el honor de tan inesperada visita?

-¡Tengo algo serio que hablar contigo, así que a lo que vayas, tendrás que esperar!- Y con paso rotundo, se acercó a su subordinado.

-¡Que gusto! ¿Pasamos a mi oficina?

-¡No! No tengo tiempo para eso ¿De acuerdo? Así que seré breve. ¡Quiero que me digas cómo fue que esos mocosos acabaron en como reclutas, por el amor a Frizia!

-¿Influencias de Arriba?

-¡¡No te hagas el gracioso!!- Le reprendió su General. -¡¿Que ya te olvidaste que esos dos son los responsables de la muerte de importantes miembros de nuestra institución?!

-Eh... técnicamente, General, fue su camarada lycan el autor material de esa tragedia en las montañas. Y por mucho que odie reconocerlo, recibió amparo del Santuario y el rey...

-¡Sé lo que se proclamó en la última sesión de la Corte, mocoso!- Le interrumpió Bulnes. -¡Porque en caso de que se te haya olvidado, yo estuve ahí! ¡Lo que no me puedo concebir es que te hayas ofrecido para recibir a esos dos en tu tropa a cambio de que cumplieran en ella una

condena de Servicio Comunitario!

-¡Pero si son niños, General!- Insistió Blaidd. -Y ya escuchó a su Alteza. Sólo necesitan disciplina. Algo que no les hará nada mal, a decir verdad. Digo, si son tan buenos para brincotear por los techos como ratones en busca de migas, ¿cómo no van a servir para ayudar a nuestra gente?

-¡Ese no es el tema, Blaidd! ¡Sí, concuerdo contigo acerca de la utilidad de esos muchachos! ¡¡Pero esto de aquí no es un Reformatorio!! ¡Además, fue junto con su amigo que montaron toda esa hecatombe y ahora tengo en mi despacho a toda una turba de familias furiosas exigiendo justicia!

-¿Justicia… o venganza?

-¡¡¡No te pases de listo conmigo, basura!!! ¡Mira que todavía no se me olvida que ese pulgoso se escapó bajo Tu cargo! ¡Y que fue gracias a Tu incompetencia y Tu insensatez que nuestros compañeros tuvieron tan terrible destino!

-¡¿Y cree que no lo he olvidado, Señor?!- Se exaltó finalmente el capitán. -Ahora voy a decirle algo, y con todo mi correspondiente respeto. Yo asumí mi responsabilidad frente a los hechos en cuestión y presenté mi compromiso para la formación de esos muchachos y me dispuse a afrontar las consecuencias de no cumplir con lo demandado por la Corte Real y su Majestad, el rey Victis Segundo. Además, se me realizará un descuento del cuarenta por ciento de mi sueldo como capitán como indemnización por las víctimas del ataque de hace una luna. Hasta ese punto, aparentemente, todos en la Corte se habían presentado conformes con la decisión de su Majestad. Todos, salvo... usted. Algo que a decir verdad me lo esperaba. Pero en fin, ¿qué se le va a hacer?

Tras escucharlo, Bulnes guardó silencio, masticando en parte la molestia que sentía por un soldado al que en el fondo guardaba bastante estima. Pero a pesar de todo, lo entendía. Y conocía su carácter. Conocía su carácter desde la Academia, así como su entrega y su esmero para servir a su gente. Lo demostró durante años y lo demostró todavía más cuando le solicitó al rey en persona un permiso para ir al Santuario a manejar aquella habilidad que muchos luchadores alrededor de los Seis Reinos llamaban "Esencia". ¡¿Para qué la querría?! No era para menos. No podía dar todo de sí mismo si no se superaba a sí mismo. Algo que Bulnes apreciaba bastante. Bastante en realidad. Lo único que no le perdonaba, era el hecho de que en busca de romper sus barreras pusiera en riesgo a su propia gente. Eso sí que no se lo iba a permitir.

-¡Sólo...!- Exclamó finalmente el General. -Sólo espero que te vayas con cuidado, Blaidd Wolfrider, porque ya tienes bastantes puntos acumulados después de tu último numerito. ¡Así que más te vale que esos niños no sigan causando más problemas, porque como dijiste, al próximo lío que

armen, la responsabilidad será tuya! ¡Y yo, personalmente, me voy a asegurar de que así sea y no esperes a que ese anciano venga y te salve el trasero de nuevo! ¡¿Quedó claro?!

-¡Sí, Señor!- Respondió Blaidd, realizando una leve reverencia a su General.

-Muy bien.- Resopló este. -Sólo espero no equivocarme contigo. Eso es todo. ¡Buen día, capitán!

Y dando media vuelta, se retiró.

Cuenta con eso, Augusth. Se dijo Blaidd, entre dientes. Cuenta con eso.

Luego de la charla con su General, el Capitán de la Infantería de Asedio dio media vuelta y se dirigió hacia lo profundo de aquel pasillo, escoltado por las antorchas de la muralla y la luz de las ventanas que hacían fila al otro lado de aquel sendero.

Se había imaginado que Bulnes se encargaría de reprenderlo personalmente, aunque en realidad se esperaba más que lo citara a una reunión un poco más formal. Y a decir verdad se esperaba que lo dieran de baja por exponer a sus subordinados a situaciones de tan alto peligro. Pero por suerte para él, el rey Victis había considerado sus servicios a su nación y su destacado desempeño a lo largo de sus diez años de carrera, sin mencionar el hecho de que el Gran Sacerdote en persona intervino para defenderlo ante la Corte, de forma tan tenaz como defendió al joven lycan, al punto de que su elocuencia pudo con la severa junta que, en nombre de su rey, estaba totalmente dispuesta a tomar la sangre de los acusados.

El acuerdo fue unánime.

¡Es que no podía haberla sacado más barata! Se decía. A cambio de un descuento en su salario y en hacer de niñero de un par de vagos, él continuaría desempeñando sus labores como Capitán. Podría seguir con su vida, con su carrera, con sus camaradas de escuadrón. Sí, estaría algo apretado con su presupuesto. Y definitivamente tendría que buscar un apartamento más pequeño, y privarse de algunos caprichos, pero bueno, ya no tenía nada que hacer. Salvo una cosa...

Una charla de capacitación para el Personal de su División.

Cuando Blaidd dio un giro a la izquierda, abrió una ancha puerta y se adentró en un amplio salón con una tarima de medio metro de alto y un púlpito de madera barnizada, brillante, brillante como el ocre.

A lo largo de la habitación pudo apreciar cinco hileras de mesas que trastocaban el cuarto de un extremo a otro, y en el techo, un gran vitral relucía sobre las cabezas de todos, dando espacio al entrar del radiante sol del mediodía.

Por su parte, los presentes llevaban puesto el uniforme habitual frizio, que consistía en un traje gris con el emblema de su división bordeado sobre el pezón izquierdo, además de una réplica de mayor tamaño, pero en el centro de la espalda. Esta última era generalmente cubierta por una capa de color celeste con la insignia pintada de blanco sobre su tela, capa que por temas de educación, no se usa en interiores.

Cuando los presentes avistaron la entrada de su superior, al instante se irguieron para realizar una leve reverencia, además del tradicional saludo con el puño derecho a la altura del esternón con un círculo hacia adentro. Blaidd les respondió el saludo y se acercó al púlpito con una serie de tarjetas para comenzar con su presentación.

-Muy bien, señores.- Empezó a decir Blaidd. -Damos finalmente inicio a esta sesión acerca de la ética profesional... Antes de comenzar, ¿alguien podría decirme en qué consiste dicho concepto?

Y las manos se alzaron. Blaidd no pudo evitar recordar aquellos días de entrenamiento, cuando luego de los ejercicios de campo debía darse un rápido baño y correr a salones como ese para sus demás instrucciones.

Era devoto a la Geografía. Devoto a reconocer cada mínimo detalle del entorno, cada color, cada forma, cada cambio al pasar de los días. Cada ciclo apreciable a su alrededor frente al vaivén del Kairos y las estrellas.

Era por eso que había preferido alistarse al Frente de Asedio, a pesar de que sus calificaciones ameritaban un puesto en la Guardia Real, pero dicha tropa no estaba en sus planes. No era una mala tropa, nunca pensó algo así. De hecho, sólo los puntajes más destacados son admitidos dentro de sus filas. Sin embargo, se habían ganado la mala fama de ser unos holgazanes que sólo se dedicaban a vivir la Gran Vida a costa de los impuestos de la gente; además de pasárselas persiguiendo a comerciantes ambulantes para quedarse con sus golosinas y darse las Señoras Meriendas en sus cuarteles.

Y Blaidd, no quería eso para él. No. No se había enlistado para eso. Siempre había tenido sus convicciones claras respecto a su porvenir en el ejército y le puso hasta la última gota de empeño para conseguirlas.

Y exceptuando aquel papelón, no tenía de qué avergonzarse.

Vaya recuerdos... Se decía Blaidd. Aunque claro que estos aquí son

animales más hediondos que aquellos enanos de quince...

-De acuerdo, señores. ¿Hay preguntas?

-Yo tengo una, Capitán.- Se levantó uno de sus subordinados de la fila del medio. -¿De casualidad recuerda qué día es hoy?

-¿Eh? ¡¿Pero eso qué tiene que ver con el actuar con sus camaradas, Cabo Frei?!

-¡Pues todo, mi Capitán! Todo. Hablamos tanto de las muestras de respeto hacia nuestros superiores como del aprecio hacia nuestros pares.

-Claramente, Cabo Frei. Pero aun así no le encuentro relación con este día en particular.

-¡Oh, por favor, Capitán! Hablamos de un hecho importante. ¡Es más, me sorprende que durante su presentación no hubiese mencionado en lo más mínimo tan relevante detalle!

Blaidd prefirió no perder el tiempo con esa discusión y saltó a la siguiente pregunta. Pero aquel oficial de un costado que alzó la mano, declaró:

-Concuerdo con mi compañero, el Cabo Frei, Capitán. Hablamos de uno de los hechos más importantes dentro de los estudios de la Ética Profesional. ¡Me sorprende que un estudioso tan dedicado como usted hubiese pasado por alto un elemento tan básico!

Blaidd se comenzó a molestar luego de los ya expuestos comentarios, por lo que con la mirada hacia el suelo para mantener su compostura, comenzó a decir.

-¡A ver, insectos! ¡Vamos a aclarar algo! ¡El que considera que mi exposición ha quedado con espacios en blanco, puede ya preparar para nosotros una presentación profundizando los temas que supuestamente he pasado por alto! ¡Pero si no, ya podemos dar por cerrada esta conversación! ¡Porque en lo que respecta al programa establecido para esta reunión, en ningún momento se incluyó algún acontecimiento relacionado con esta última fe...!

¡Bamp! Se abre la puerta de golpe.

-¡Porque es un buen compañero! ¡Porque es un buen compañero! ¡Porque es un buen compañero...!- Y Blaidd no lo podía creer. -¡Y nadie lo puede negar!

-¡Aun así los odio, bastardos!- Carraspeó Blaidd entre risas.

¡Vaya detalle! Sus propios camaradas lo habían sorprendido con un robusto pastel de tierno aroma a frambuesa, cuyo biscocho relucía fresco en su tinte color moreno, cubierto por una capa de crema chocolatosa iluminada por el fulgor de las velas y el rojizo color de las frutillas. La torta favorita del capitán Wolfrider.

-No me puedo creer que haya olvidado un acontecimiento tan importante, Capitán.- Insistió Frei.

Nuevamente el capitán echó una mirada a su sorpresa de cumpleaños, a la vez que observaba al oficial que sostenía el carrito de madera en que descansaba tan afable detalle. Su tropa había cumplido su cometido. Ahora le tocaba a él.

Un deseo. Un deseo por cada uno de sus camaradas.

Entonces dio un fuerte soplido y al apagar la lumbre, la sala se llenó de aplausos. Poco después, quien sostenía la carriola hizo correr de una puertilla una serie de copas para los presentes. En eso el cabo Frei sacó de entre las mesas una robusta botella de vino y comenzó a llenar cada fino cristal con su brebaje. Una vez hecho su cometido, exclamó:

-¡Propongo un brindis por el capitán! ¡Que la sabiduría siempre dirija sus pasos y que sus pasos siempre nos dirijan con sabiduría!

-¡Salud!- Exclamaron todos.

-Es un muy lindo detalle, muchachos.- Comentó Wolfrider mientras echaba un ojo al circular de vidrio teñido de tinta. –Pero yo creo que este brindis debería ser para alguien más.

-¿Y para quien, capitán?- Quiso saber una muchacha en una de las filas del frente.

De pronto, Blaidd posó sus ojos hacia toda su gente, y con un semblante vuelto hierro, dijo:

-Para Galliard. Para Aries. Para Von Sweett. Para Minds. Para todos los que hoy tal vez estarían gustosos de disfrutar una copa con nosotros. Pero…como ya saben, se encuentran…indispuestos…Y sé que como capitán, ellos se merecían algo mejor. Se merecían algo mejor de mí… Así que propongo un brindis por todo lo que compartimos en estos diez años. Por quienes, a pesar de todo, me siguieron y entregaron su corazón en cada enfrentamiento, en cada misión. Y como dije, merecen lo mejor de mí, así que por ellos me comprometo a dar lo mejor, y prometo jamás exponerlos a nada que los comprometa más allá de lo que corresponda al

deber. Salud por ellos.

-Por ellos…- Brindaron todos.

Pero mientras los presentes degustaban de sus tragos, Blaidd se perdió en su mente, a la vez que sostenía su copa y agitaba su contenido.

¿Cuándo sería la última vez que bebería de la amarga vid en compañía de sus compañeros? Se preguntaba. ¿El año entrante? ¿El que le siga? ¿O el que le siga a ese? ¿Cómo saberlo? Lo ignoraba. Al igual que lo que pasaría durante esa noche. ¿De qué forma hubiese podido previsto? ¿De qué forma? ¿De qué forma hubiesen podido estar ahí Galliard, Von Sweett, Aries y los demás ahora con él, disfrutando de tan sabroso bocado y de tan notable vino? Matando al chico, para empezar. Refunfuñaba. ¿Pero cómo? ¿Cómo haber sabido que aquel mocoso resultaría ser una bestia tan peligrosa? ¿Cómo? Nada. Nada que decir.

Y ya a esas alturas no valía la pena. No. No lo valía.

Será que entonces… Comenzó a decirse de pronto. Al final de todo… Y se bebió su copa. Amarga. Como la angustia que moraba en su corazón.

Luego de su trago, le echó un vistazo a su pastel de cumpleaños, al tiempo que le repartían un trozo a cada oficial en la sala, y al pensar en la ternura que irradiaba tan jugoso bizcocho, le entró en la lengua una maliciosa, pero disimulada risa. ¡Casi tres décadas ya y se habían ido como si nada! Mientras que de la partida de Ly habían pasado ya tres meses, los tres meses más largos de toda su carrera. ¡Jo! Pero que ironía. Que ironía el hecho de que la dicha fuese tan breve, y el dolor, casi eterno. Que ironía.

Que ironía.

Poco después, los presentes se fueron retirando para reanudar sus labores. Blaidd también ya volver a su oficina y redactar unos reportes, pero se quedó en el salón jugueteando con la cuchara y su plato vacío. Ya le habían dado el palo, de modo que ya no podían hacerle nada peor. Ya entregaría su informe. De momento, sólo quería estar un momento a solas.

Y ahí se quedó, en silencio, paseándose entre las mesas sumido en el vaivén de las memorias. En verdad no podía creer que estuviera a tan sólo unos doce meses de la tercera década. Y que para colmo no fuese a notarlo hasta el reciente rotundo desmadre. ¿En verdad era en serio? ¿Su felicidad realmente había sido así de fugaz? ¿Tan fugaz que al lado de su angustia parecía un inmenso puñado de Nada? Le resultaba inaudito, casi tanto como el paso de tanto tiempo sin siquiera percatarlo en lo más

mínimo.

Inaudito.

Y tras una larga vuelta, nuestro capitán finalmente se decidió por volver al trabajo de una buena vez. De manera que se emprendió a recorrer el pasillo de camino a su oficina, pero no sin antes pasar por el patio central a chequear las actividades de sus subordinados. Un último intento de venir con rodeos. Hasta que por fin alcanzó su despacho en el ala oeste del primer piso, el pasillo que conducía a las celdas.

Se sentó así en su muy querida silla, sintiendo en el acto una fuerte carga de alivio escurrirse de entre sus poros. Ya estaba listo para trabajar.

Mas entonces notó que en su escritorio yacía un pequeño sobre de color azulado. Estaba sellado con un timbre carmesí con la insignia de la Legión de Asedio, y del otro lado, se apreciaba el nombre y el rango de un importante miembro. Blaidd se sintió extrañado, no esperaba recibir nada en particular. Claro, tal vez a excepción de alguna postal por su cumpleaños, ¿pero por qué llegaría a su escritorio y no al pórtico de su casa? Además, portaba el símbolo de la Legión. De seguro era algo de importancia.

Blaidd en tanto, no pudo soportar más la intriga y tomando una navaja de un cajoncito le dio apertura al timbre. Una vez con la hoja en mano, comenzó a leer:

Blaidd:

En verdad debo felicitarte por haber puesto tu fe en esos dos muchachos. A pesar de que adaptarse a nuestras normas les resultó bastante difícil.

La chica es bastante lista, debo decir. Aunque no puedo decir lo mismo del otro muchacho. Pero este, tiene lo suyo. Es veloz, ágil, cuenta con los mejores reflejos que he apreciado en estos últimos años. Sería un buen elemento si se le guía con precisión.

Por otro lado, noto ciertos roces entre ellos y los demás reclutas. Además del hecho de que difieren de la edad de ingreso correspondiente, las noticias de los oficiales caídos han pesado de forma considerable respecto al trato con sus compañeros y a la visión que tienen estos hacia los muchachos. Pero al menos Isabel está consiguiendo alcanzar una relación

más amena con sus compañeras de barraca. A Mark, por su parte, le hace falta un poco de apoyo. No es muy bueno con la disciplina, pero se está esmerando. Sería bueno que te pasaras dentro de poco a tendernos una mano con eso, para darle un buen impulso, y de paso limar a esas asperezas con los otros reclutas. Tú me entiendes.

Por favor envíame una nota de vuelta, no hace falta que sea toda una prosa de amor ni nada por el estilo. Sólo confírmame o ignora mi invitación. Tampoco tienes que quedarte a cenar, pero si quieres te invito un trago cuando tenga libre.

Siempre tuya:

Olga.

P.D.

Feliz cumpleaños.

A Blaidd le dio mucho gusto escuchar por fin buenas noticias.

En efecto, las cosas no habían estado tan sencillas para los muchachos. Tras su regreso a Frizia quedaron recluidos en el cuartel, pero esta vez esperaron en el despacho del capitán a que la Guardia Real llegara por ellos. De ahí, fueron llevados a la mazmorra del castillo, atados a un largo cordón, abucheados por la gente a medida que avanzaban hacia su destino. Era de esperarse.

Pasaron ahí la noche, hasta que al otro día se realizase su audiencia. Se les asignó un abogado y sin más tardanza fueron arrojados a los pies del rey Victis para recibir su reprimenda.

Una vez ahí, uno a uno los miembros del jurado anunciaron a la sala los motivos de su reunión. Y la sesión, fue abierta.

Se presentó entonces el Real Acusador ante la corte y tras exponer a su majestad las razones por las que habría que condenar a los muchachos, llamó a su primer testigo.

Y así cada mercader del bazar fue a declarar en contra de los muchachos, volviéndose cada vez más irrefutables los hechos en cuestión. No tenían nada más que hacer, salvo reconocer la culpa y apelar a una rebaja de

condena.

Luego vino la parte más difícil. El asalto a la hacienda de la familia Zeta. Fue ahí donde el asunto de Lycanhearth se presentó ante la sala.

Mark e Isabel, por supuesto, saltaron a defender a su amigo. Aunque no podían negar que habían escondido a un lycan en las calles de la ciudad, cuya primera reacción al contacto con un conjunto humano fue hacer pedazos a todo aquel que se le pusiera en frente. Incluso Blaidd fue llamado a declarar por la pérdida de su ojo.

Pero el capitán, para la sorpresa del Acusador, admitió haber incitado el ataque de Ly de manera irresponsable, impulsado por la soberbia, velando por sus propios intereses a costa de la integridad de sus subordinados.

No obstante, el Acusador aprovechó su declaración para reprocharle a Blaidd el haber dejado ir al muchacho. Pero entonces, ¡Bram! las puertas del salón se abrieron y la presencia de un implacable hombre vestido de túnicas se manifestó a pasos resonantes. Blaidd se inundó de alivio al contemplar la llegada de aquel individuo. El Gran Sacerdote.

Aquel irruptor no tardó en cautivar a la audiencia con su defensa Sí, reconoció el hecho de las muertes a manos del lycan, pero también señaló las actitudes de sus Peleadores y de cómo el odio podía causar estragos no sólo en los agredidos, sino que también en los agresores. Concluyó así que el odio hacia los demás era el principal culpable de los daños causados, y que la única forma de no volver a caer en él era el abandonar el desprecio y no volver a alimentarle con violencia e ira desenfrenada.

Tanto el rey como su Corte apreciaron la intervención.

Tras lo expuesto, el rey llamó a un receso para tomar una decisión por el futuro de Ly y sus amigos. Y al cabo de una hora se dictaminó el veredicto. Lycanhearth sería exiliado en Grado Medio, lo que le llevaría a la cárcel, y luego a la deportación, de ser hallado nuevamente en suelo frizio.

En cuanto a los chicos, se les envió como reclutas al Campo de Entrenamiento del Valle de Klio, en el que se les adiestraría para servir como protectores del pueblo de Frizia.

Y una vez dicho el veredicto, partieron.

Imagino que Augusth habrá pedido su reporte sobre el desempeño de ese par. Pensó Blaidd, entre que sacaba una hoja en blanco y untaba su pluma en el tintero. Bueno, al parecer no han tenido más problemas de

los correspondientes a un novato de quince. Bien por ellos… ¿Está bien? Vamos a responderle…. Querida Olga…

Capítulo 13

14

Soldados de Frizia

A la mañana siguiente dictada su sentencia, la carroza que transportaba a los muchachos se presentó ante aquel basto yermo rodeado por montañas. Era un complejo cercado por muros de madera y cuatro torres en sus esquinas. En su interior destacaba un seco suelo de tierra, en cuya esquina norponiente se ubicaba un conjunto de cabañas pintadas de gris con un grabado de las insignias del ejército frizio, insignias que representaban a las tres divisiones de la milicia ubicadas como un triángulo alrededor del escudo de armas de la familia real. Frente a estas, relucía un amplio caserón de adobe con tejas de barro cocido, y terrazas de loza recubiertas de roja cera. Por otra parte, en el sector oriente del recinto, se ubicaban en una larga hilera sobre los bordes los caniles para los lycans, hechos de madera con rejas en red y tejado de latón, y los salones de clases alineados del otro lado.

Los chicos no sabían que decir. El sitio se veía lo bastante imponente, a pesar de su simpleza, en especial por tan intimidantes oficiales custodiando el perímetro desde lo alto de cada muro.

¿Cómo sería el entrenamiento? Se preguntaban. Una cosa tenían claro. Sería duro. Tanto como para estar a la altura de Wolfrider y de todos esos oficiales que se presentaron en su juicio.

¿Pero y los reclutas, cómo serían? Mientras no fueran tan miserables como Vradfor, todo estaría bien. Acordaron.

En cuanto a este último, claramente ni se molestaron en llamarlo a declarar. Nadie les creyó sus alegatos. Se lo esperaban. Pero por lo menos, descubrieron que no fue su responsabilidad el que los atraparan, pues durante la audiencia Blaidd mencionó que detectó la Esencia de Ly mientras regresaban de un estudio cartográfico en terreno, y al ver que se trataba de un asalto, intervinieron. Sin mencionar que los lobos frizios se encuentran entrenados para detectar en el aire las feromonas secretadas durante la manifestación de ciertas emociones, entre las cuales se encuentran las expresiones agresivas, temerosas, incluso las maliciosas. En otras palabras, huelen tanto el miedo, como las malas intenciones.

Mala suerte.

Bueno, al menos no fueron a prisión. Pensó Isabel mientras posaba sus ojos en las anchas puertas reforzadas en hierro que los recibían.

Al culminar el trayecto, el oficial que les transportaba los acercó hacia una caseta al lado del portón y comunicó al guardia tras la ventanilla la situación. Este les pidió que esperaran un momento y se adentró en el recinto para dar el aviso de su llegada, a lo que luego de un rato se presentó ante los chicos un individuo de rostro fornido y ancho bigote, este escuchó atentamente el aviso de su camarada, quien tras ir lo más pronto al grano, le entregó una nota de parte de Bulnes. Acto seguido, el oficial les hizo pasar.

Adentro pudieron ver distintos grupos de jóvenes repartidos por ese llano. Estaban divididos en grupos de a cinco y cada división se encontraba realizando distintas series de ejercicios. Parecían muy concentrados, y sobre todo, motivados.

Una vez ahí, tanto el celador como quien le prosiguió se dirigieron hacia un fornido brigadier de piel de leche y cabellos dorados, quien al ver la nota de Bulnes llamó a todos allí presentes y los reunió frente al vigía y los recién llegados.

-¡¡¡Atención…!!!- Exclamó el oficial. -¡Los hemos reunido aquí para informarles del último comunicado del General Augusth Tadeus Bulnes! ¡Nuestro General indica que, por órdenes de su Majestad, el Rey Victis Segundo, aquellos muchachos aquí presentes, han sido, a partir de hoy, integrados como miembros de esta institución! ¡De modo, camaradas, que a partir de la fecha ustedes han de tratar a estos dos nuevos reclutas como si fueran parte de su familia, además de guiarlos por este, su nuevo camino, inspirándolos a cumplir por sobre todas las cosas lo correspondiente al Deber, y a dar siempre lo mejor de sí por el bienestar de nuestro pueblo! ¡¿Se ha oído bien?!

-¡Sí, Señor!- Exclamó en coro la tropa.

-Muy bien.- Prosiguió este. Y al dirigir la mirada hacia los muchachos, les dijo: -¡Ahora bien, ustedes, un paso al frente!

Algo intimidados, se acercaron al batallón. Querían dar la mejor impresión posible.

-¡Ahora, reclutas, dígannos sus nombres!- Ordenó el Brigadier.

-¡Isabel Rives!- Exclamó esta, apretando los ojos. Y tras una tímida

sonrisa, agregó: -Mucho gusto a todos.

-¡Esa postura tan débil no es propia de una guardiana de Frizia, recluta!- Le reprendió el Brigadier. -¡No insulte a sus compañeras de tropa con su actitud!

-¿Ah? Pues… Lo-Lo lamento.

Relájate. Se decía ella, presa ante las miradas de los oficiales.

-¡Y usted, recluta! ¡¿Cuál es su nombre?!

-¡Mark Bloom, Señor!- Exclamó este, con seriedad.

-¡Oh, perdone, pero su servidor no pudo escuchar ese chillido tan pobre! ¡¡Diga su nombre otra vez, y más fuerte, si no es molestia!!

-¡¡Señor, Mark Bloom, Señor!!

-¡¡Oh!! ¡¿Y encima de mudo, sordo?! ¡¡Más fuerte para todos le oigan!!

-¡¡¡Señor, Mark Bloom, Señor!!!

¡¡Dum!! Resuena de pronto el puño del Brigadier contra el vientre de Mark. Este cae de rodillas frente al Brigadier, ahogándose en tan punzante dolor.

-Con ese chillido de ardilla suyo cualquier patán le va a dar un estoque, recluta.- Le dijo este. –Espero que mejore su enunciado en lo que corra de este año.

-¡¡Sí, Señor!!- Le gruñó Mark, conteniéndose.

-Así me gusta.- Le dijo, esta vez más amable. -¡De acuerdo, reclutas, vuelvan a sus entrenamientos! ¡No olviden que hoy tenemos la primera rueda de exámenes, así que espero que todos den su máximo esfuerzo si quieren conseguir una buena calificación!

-¡¡Sí, Señor!!- Exclamaron en coro.

Y se dispersaron.

Luego de la presentación, ayudaron a Mark a levantarse y lo llevaron tanto a él como a Isabel al caserón frente a las barracas. Se les informó que debían reunirse con el Capitán General a cargo de la institución.

Pasaron así por unos pasillos, hasta que al abrirles la puerta de un despacho se encontraron cara a cara con un fornido individuo, alto, de

rostro ovalado y lacio cabello rubio. Su nombre, era Chris Rogers.

Los chicos se mantuvieron de pie frente al oficial, que a pesar de su aspecto, parecía ser muy afable. En tanto, echaron un vistazo a su oficina. Pequeña, pero acogedora. De paredes recubiertas por tapiz, ancha alfombra aterciopelada y escritorio de pino reluciente como el mármol.

Por su parte Rogers trato de disimular su semblante de asombro. Tenía claro que los chicos que llegarían no eran reclutas de los más habituales, pero nunca imaginó que literalmente estaba recibiendo niños en su división. Sólo se limitó a sonreír.

-Imagino que la bienvenida los ha dejado un tanto… abrumados.- Vociferó este, de pronto, mientras los invitaba a sentarse.

-¿Usted cree?- Se quejó Mark.

-Pudo ser peor, recluta.- Replicó este. –Pudo ser peor.

Hubo entonces un silencio, uno que inquietó levemente a los muchachos, que tras su recepción ya imaginaban cómo habría de ser su entrenamiento.

-Bueno.- Dijo al final Rogers. –Voy a ser directo con ustedes. En esta institución nos tomamos nuestro trabajo en serio y espero que ustedes dos demuestren esa actitud hasta en el último segundo en que se encuentre con nosotros. ¿Les queda claro?

-Sí, Señor.- Respondieron en coro.

-Excelente. Ahora, el Programa. Quiero que tengan en cuenta que tanto sus compañeros como nosotros nos encontramos en pie tres horas antes de salir al sol. Eso, es sin excepciones y si no logran cumplir con esta orden irán recibiendo castigos, y no sólo para ustedes, gradualmente irán pagando tanto ustedes como sus compañeros de equipo. ¿De acuerdo? Espero no volver a repetirlo.

Asintieron.

-Lo segundo. La primera comida del día se sirve al acabar tanto los aseos de las cabañas y las inspecciones de los brigadieres, y la primera rueda de ejercitación. Luego se realiza la rueda de ejercitaciones más extensa, la que por cierto es evaluada al cierre de cada mes, pero eso va a ser detallado por sus oficiales al mando dentro de poco.

>Luego de dicha sesión, una hora pasado el Medio Día, tienen su segunda comida y una hora de descanso. De ahí, corresponden cuatro horas de formación académica en la que una es dedicada a estudio

personal, antes de tres horas de clases. De ahí, sólo les queda su tercera hora de comida y una de descanso antes de ir a los dormitorios. Las luces se apagan a los cinco minutos pasada última hora de descanso.

Una vez dicho esto, tomó un par de sobres en su escritorio y agregó:

-Aquí están sus horarios. ¿Hasta aquí alguna duda?

-Sólo una, Señor.- Dijo Mark, haciendo como que leía su sobre.

-¿Ah, sí? Dígame, recluta.

-¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

-¿Cómo dice?

-El entrenamiento.- agregó Isabel.

-¡Oh! Ya veo. Excelente pregunta.- Resopló Rogers. –Bueno, nuestro programa cuenta con seis semestres distribuidos en dos semestres anuales. Cada semestre cuenta con un examen final que de no aprobarse significa la expulsión directa de la institución. Sin excepciones.

Al escucharlo, Mark e Isabel no pudieron evitar sentir una fuerte punzada en el vientre. ¡¿Qué pasaría con ellos si reprobaban?! ¿Volverían a la cárcel? ¿A la calle?

Definitivamente no podían fallar.

-Imagino que ese punto ha quedado claro.- Dijo Rogers, entonces.

Asintieron.

-De acuerdo. Ahora vayan a cambiarse. Comenzarán sus lecciones a partir de hoy. Les deseo mucho éxito y un buen semestre para ambos. Eso es todo.

Finalizada la charla, una pareja de oficiales entró a buscarlos, conduciéndolos por los pasillos camino a las cabañas. Un muchacho de pelo azabache y una joven madura de ojos de almendra y un moño de tomate.

Mientras avanzaban, el oficial señaló las cabañas y dijo:

-Los hombres duermen de la quinta columna a la izquierda, y las mujeres, de la quinta columna a la derecha. Dentro tienen un baño y camarotes para seis reclutas. ¡Ah! Por cierto, imagino que les mencionaron que como equipos deben encargarse de la limpieza de sus

respectivas barracas. De modo que esperamos que si no quieren tener problemas con sus compañeros, mejor será para todos que no se comporten como holgazanes.

-¿Oíste eso, Mark?- Se burló Isabel.

-¡¿Qué?!- Protestó él.

-¿Algún problema con eso?- Dijo la chica de los ojos de almendra.

-¿Eh? ¡No! No la verdad.

-¡Boh!- Se quejó esta. –Soldado, en el futuro usted me dirá Brigadier, o Señora. ¿Le queda claro? Entiendo que sus casos son un acontecimiento… bastante particular, por así decirlo. Pero una vez aquí, deben comportarse como corresponde a un miembro de nuestra institución. Espero no tener que repetírselo.

Mark no pudo evitar silencio. Pero tras su pausa, la insistente mirada de la Brigadier lo hico vociferar:

-Sí, Señora.

-¡Fabuloso!- Exclamó ella, en seco.- Muchas gracias, por su atención. ¡Ah! Y lo mismo va para usted, jovencita.

Asintió.

-¡Oh, vamos, Fress!- La contuvo su colega. –Ya van a dictarles todo ese panorama cuando empiecen su entrenamiento. Por ahora, es mejor que se relajen.

Y dicho eso, el escolta se detuvo a la sombra de las cabañas y les dijo a los chicos que esperaran ahí a sus instructores. Luego, Fress se dirigió a los grupos en práctica. Poco después se presentó ante ellos un alto individuo de cabeza rapada, y una dama de cabello cerúleo, corto hasta la nuca. Ambos se acercaron a los chicos esgrimiendo un grueso semblante, en lo que la oficial abrió la boca para inquirir:

-¿Son ellos?

-En efecto, mis instructores.- Dijo Fress. –Sus nuevos reclutas.

Los instructores miraron de arriba abajo a los muchachos sin quitar esa densa expresión de sus caras. Hasta que finalmente, aquel de cabeza redonda señaló una de las cabañas y enunció:

-¡Sí, Señor!- Repitieron estos en coro.

-Ven, jovencita.- Agregó la oficial. Te mostraré tu camarote.

La instructora llevó así a Isabel por su uniforme. Al igual que su colega condujo a Mark por el suyo. Una vez listo, empezaron la práctica.

Los ejercicios parecían simples. Piques de un punto a otro, saltos, series de brazos, piernas. Se veía sencillo. Pero no.

Tras calentar, la primera serie consistía en una serie de sentadillas que luego seguirían de piques de una esquina a otra, y con cada vuelta, agregar flexiones y abdominales. Mark no se pudo el ritmo, por lo que, al acabar último, tuvo que pagar con veinte flexiones.

En el segundo ejercicio tampoco corrió con mucha suerte. Le había tocado hacer saltos hasta tocarse el tronco con el pecho, intercalando todo con flexiones, rematando todo con una carrera de punta a punta. Nuestro amigo tampoco cumplió con su objetivo. Como castigo, tuvo que hacer sentadillas repitiendo "Soy el mejor, amigos. Soy el mejor" frente a la atenta y dura mirada de sus compañeros, que no dejaban de criticarlo.

La cosa no mejoró con las siguientes series, y por cada fracaso, pagaba el precio, y más lo criticaban. Pero Mark no estaba dispuesto a renunciar, puesto que sabía que del otro lado del mundo, su amigo Ly también estaba dando de su esmero para poder regresar a casa. Lo mismo corría por Isabel. No les podía fallar.

-Muy bien, señoritas. -Dijo su instructor de pronto. -Les vino a visitar su mejor amiga para motivarlos. Embiste Kooperss. De punta a punta hasta caer. El último en quedar en pie se salva de su castigo.

Casi al instante se escucharon los murmullos y los reproches.

Muy bien, correr hasta caer. No tengo problema en eso. Se dijo Mark.

-¡De seguro el nuevo cae primero!- Sonó de pronto entre el grupo.

Mark lo ignoró.

Pero no era el único en dificultades. A Isabel también le estaba costando seguir el ritmo. Bueno, de poder, podía hacer cada uno, pero seguir a las demás de su grupo ya era otra historia.

Aun así no le estaba yendo mal en las luchas con vara. No le pareció un ejercicio muy difícil, solo tuvo que mantenerse bien defendida y moverse

lo más que pudiera.

Muchas chicas comenzaron a hablar de ella desde entonces. No siempre de buena manera.

En los ejercicios de carrera tampoco le estaba yendo tan mal, y destacaba bastante en las carreras de obstáculos (por razones obvias). Sí, estaba lejos de superar a las mejores, pero al menos no estaba en el fondo de la tabla.

Por su parte, Mark también estaba ganando terreno. Sus años en las calles no solo lo habían vuelto veloz, también resistente, cualidad que su instructor reconoció al verlo como el último del grupo en pie, ganando así el respeto de su tropa.

-Se ganó su rancho, recluta.- Le comentó su instructor.

Y el entrenamiento concluyó.

Durante la hora del almuerzo trataron de no llamar mucho la atención. De manera que buscaron la mesa más apartada del comedor para comentar cómo iban con su grupo. No había mucho que contar, a decir verdad. Sólo agregaron lo mucho que esperaban que Ly estuviera bien.

Acabado el almuerzo, cada cual tuvo que lavar su bandeja para luego dirigirse a las salas de estudio, antes de proseguir con las demás materias.

Esto se venía mal. Se decían. ¡¿Cómo iban a entrar a clases si ni siquiera sabían leer?! Aunque podían pedir ayuda, ¿pero cómo? Si comentaban ese tipo de cosas a sus colegas, podrían empezar a tener problemas.

Pero entonces, antes de que ellos lograran salir junto al resto de reclutas, se les apareció Fress y les dijo:

-¡Oh! Por fin los encuentro. Rives, Bloom, necesito que vengan conmigo.

-¿Pasó algo?- Quiso saber Mark.

-Nada por lo que poner esa cara, soldado.- Le respondió ella. –Así que andando.

Y partieron.

Se dirigieron al patio central en donde pudieron ver a una oficial que los esperaba. Era bastante robusta, propio de los años de entrenamiento. Tenía el pelo color castaño, rizado, tomado por una coleta. Sus ojos eran

de un tinte ámbar y su cara, de un tono rosáceo.

-Aquí los traigo, mi Brigadier.- Le dijo Fress al divisarla.

La oficial no tardó en posar sus ojos en los muchachos que seguían a su camarada, y una vez hecho eso, estalló en espasmo y exclamó:

-¡¿Ustedes?! ¡¿Ustedes son esos chicos que le han causado tantos problemas a Blaidd?! ¡No me lo puedo creer…!

Ambos chicos se miraron. Por lo visto ya eran celebridades.

-Bueno.- Agregó ella. -¿De modo que así cumplirán condena? Pues bien. Olga Patrikz. Un placer.

-Y les tendió la mano.

-Ahm… Encantados.- Repitieron en coro, estrechándole la mano.

Entre tanto, Fress se retiró, puesto que ya había cumplido su encargo. Por su parte Olga invitó a los chicos a caminar por el valle. Así que los condujo al portón del campo y dejó a los vigilantes el Permiso firmado por Rogers. Estos no tardaron en abrir, recordándoles que, como decía el Permiso, debían volver antes del anochecer.

Caminaron entonces alrededor de las murallas, en silencio. Los chicos no paraban de preguntarse para qué los habían llamado. Hasta que finalmente, la Brigadier les comenzó a decir:

-Así que… servicio militar, ¿eh? ¡Eso es nuevo! ¡Bueno! Me alegra que las cosas hayan terminado de esa forma. Es mucho más provechoso que simplemente mandarlos a prisión.

-¿Usted cree?- Le comentó Mark.

-¡Pero por supuesto!- Exclamó ella, volteándose. -¿O qué? ¿De verdad esperaban que todo el pueblo frizio los mantuviera sin trabajarle un Escudo a nadie? ¡Por favor! ¡Así no se dirige a un país! Además, luego saldrían, ¿y a qué? ¿A lo mismo?

-De hecho…- Intervino Isabel. –Teníamos pensado hacer las cosas diferentes.

-¿Con oro robado?- Se burló ella. -¡Y vaya que funcionó!

Ambos chicos bajaron la mirada, pues aunque les apenara, los dos sabían

que la Brigadier tenía razón.

-¿A dónde quieres llegar?- Le preguntó Mark. –Si podemos saberlo.

-¡Jo! ¿Qué no es obvio?- Bufó esta.

-Quiero que aprovechen esta oportunidad. Quiero que le pongan todo el empeño posible y les demuestren a todos que son más que un par de vándalos. ¡Y yo sé que pueden! Si fueron capaces de sobrevivir en la calle por tanto tiempo, den por hecho de que van a poder hacer bien las cosas aquí en el valle.

Los chicos asintieron.

Tenían claro que no podían fallar. A fin de cuentas, sabían bien que no eran los únicos afrontando un desafío.

Durante el resto de la tarde, Patrikz se la pasó a la orilla de un riachuelo con los chicos, charlando acerca de sus vidas y lo que tendrían que hacer durante las prácticas y lo complicado de cada materia. Ahí tuvieron que decir la verdad. El hecho de que ninguno leía.

¡Bien! Pensó la Brigadier. Habría que empezar desde el principio.

Los chicos le comentaron a su instructora que eran buenos reteniendo información, de manera que la oficial decidió trabajar con ellos esa ventaja. Además empezó a enseñarles las letras y les propuso dejarlos listos en esa área para antes del cierre de año. Aceptaron.

Practicaron escribiendo el alfabeto sobre la tierra. Era similar a ver a Ly explicando sus planes, sólo que con un trazo más elaborado. Y por supuesto, un objetivo completamente diferente.

De ahí, algo más difícil. Escribir sus nombres. Les faltaba precisión, además de necesitar mayor firmeza, pero tras varios borrones, lo consiguieron.

Horas más tarde Olga le echó un vistazo al cielo y tras un chequeo a las nubes, anunció que era hora de regresar.

Ya de vuelta pasaron a la cena y se sorprendieron con un jugoso estofado de cordero recubierto en polvo picante. El estómago les tronó. Y al igual que en el almuerzo, se mantuvieron lo más apartados de los demás. No pareció importar.

Entre tanto Isabel comenzó a practicar su trazado sobre la comida. Algo raro en ella. Mark por su parte, ni siquiera se fijó, sólo se dedicó a tragar

como si fuera el fin del mundo. Pero de pronto, una voz detonó:

-¡Ahí estabas!

Mark se sobresaltó al punto de atragantarse con un gran trozo de carne, pero tras un largo trago de agua, se recompuso.

-¡¿Qué haces aquí?!- Se quejó este.

-Lo mismo que tú, cenando.- Le respondió él. Un joven más alto, de cabello color crema y ojos almendrados. -¿O qué? ¿Acaso interrumpo un momento a solas con tu chica?

-¡¡¿¿Qué??!! ¡¡No somos novios!!- Protestaron estos.

-¡Está bien! ¡Está bien!- Los contuvo el muchacho. –Tranquilos… Por cierto, preciosa, JM. Un placer.

Y besó su mano.

-Encantada…- Respondió esta, sorprendida.

-¿Y qué? ¿Ya acabaste tu cena y ahora vienes por un postre?

-¡¡¡Mark!!!- Lo regañó Isabel.

JM no pudo evitar soltar una risa.

-¡Oye! No lo tomes así, viejo. Sólo quería saber dónde andabas. Los chicos y yo te esperábamos en clases.

-Pues aquí andaba.- Le cortó. –Ahora si no te importa, los veré en las barracas.

-¡Ow…! De acuerdo… Bueno, viejo, disfruta tu estofado. Nos vemos allá.

Y se retiró.

Mark trató de ignorar lo sucedido. Pero por su parte, Isabel no había dejado de sentirse incómoda, aunque al mismo tiempo, alagada. Era la primera vez que un hombre se demostraba interesado en ella.

-¿Tenías que ser tan grosero?- Lo sorprendió ella.

-Mejor así.- Se excusó él. –No vinimos aquí a hacer amigos.

-¡¿Entonces a qué?! ¡¿A escondernos?! También vinimos aquí por una

vida mejor.

-No. Vinimos aquí porque nos atrapamos luego de un golpe que nos quedó grande. Golpe por el que nos enjuiciaron y nos sentenciaron a servir al país como miembros del ejército. Miembros, con una gruesa hoja de vida en la que nos incluyen ¡oh, que sorpresa! un homicidio. ¿Qué crees que pasará si alguien más se entera de eso? ¿Qué crees que dirá tu poeta cuando descubra quién eres en realidad?

-¡¿Y qué se supone que tendría que decir…?! ¿Eh…? ¿Qué se supone que tendrían que decir…? ¿O será que… solamente te has puesto celoso por ese chico?

-¡¿Celoso, yo?! ¡Por favor, Isabel! ¡Si eres como mi hermana! Simplemente digo que vayamos con cuidado, ¿sí? ¡Sólo eso!

-¿Pero qué tal si no ocurre lo que piensas?- Lo increpó Isabel. -¿Qué tal si te equivocas y los demás reclutas nos aceptan como somos?

-¿Y qué tal si no, Isabel? ¿Y qué tal si no? ¿Qué tal si no todos se comportan como la brigadier Patrikz y nos hace la vida imposible? ¡Nada nos garantiza que no se comportarán igual que todos los que nos lincharon camino a prisión!

-¡Pero tampoco hay garantía de que se comporten como gusanos en cuanto sepan quienes somos! ¿O sí?

Mark guardó silencio.

-Sólo… ve con cuidado. ¿De acuerdo?- Se limitó a decir.

-Uhm… Como digas.

Después de la cena los reclutas se dirigieron a sus dormitorios, en tanto Mark e Isabel se desearon buena luna para luego busca a su grupo.

Era raro para ellos. Era la primera vez que dormían separados Imaginaban que Ly debía sentirse igual.

Ya una vez dentro, Mark esperaba no tener que oír comentarios de JM o de cualquiera de su división. Pero una de las desventajas de ser el "nuevo" es que no siempre puedes evitar la atención de los locales.

-¡Miren quien se dignó a aparecer! ¡El Niño Ardilla!- Le comentó uno de sus reclutas. Uno de pelo azulado y ojos de zafiro.

Mark lo ignoró.

Pasó así al fondo de la barraca esquivando toda pregunta posible. Pero al llegar a la que sería su cama, se dio cuenta de que alguien más lo estaba esperando.

-¿Y qué tal la cena?- Le preguntó JM, amablemente.

-Todo bien. Gracias.- Le cortó Mark.

-Un gusto. Oye, una cosa. Como verás ya te conseguimos una cama y un baúl para tu ropa limpia y tus cuadernos. Y de verdad, verdad, espero que te sientas cómodo con nosotros. Porque ciertamente he notado que te comportas de una manera muy distante; y en cierta forma lo entiendo; eres nuevo, acabas de conocernos y tienes todo el derecho de estar asustados. Pero no hay de qué temer, mi amigo, no eres el único en esta unidad, ni en esta institución, que se encuentra pasando por su primer año. Así que tranquilo, pues ten por seguro que cuentas con todo mi apoyo moral, y que si necesitas algo, no te angusties, porque ahí voy a estar yo, ¿de acuerdo?

-¡Uhm! Como digas, compañero.- Se limitó a decir.

Como si con eso fuera a darte puntos para quedarte con Isabel. ¡Olvídalo, viejo! Pensó al final.

-¡Pero ya pues! ¡Dense un beso ahora!- Exclamó de pronto uno de los internos.

Y los demás se ponen a aullar.

-¡Hey, hey, hey! ¡Suficiente!- Los detuvo otro del grupo. -¿No ven que el amigo aquí ya tiene novia?

Y más chillaron.

-¡Oye, baboso, no te metas en lo que no te importa!- Lo encaró Mark.

-¡Ya, ya, está bien!- Lo calmó este. Un muchacho de pelo blanco, ojos rojos y sonrisa bobalicona. –Sólo estaba jugando un poco contigo. Por cierto, me llamo Zax, el líder de esta manada. Bienvenido a bordo, novato.

-Un placer…- Bufó Mark, algo irritado.

-Imagino que debes estar agotado. Y no te culpo, la verdad. Yo también

lo estaría después de desayunarme un puñetazo del instructor Kuran.

Y más rieron. Mark ya no pudo hacerse el tonto.

-¡De acuerdo, aclaremos algo!- Intervino el chico. –No vine aquí a soportar las estupideces de una manga de pelmazos con uniforme. ¡¡Así que si alguien tiene un problema conmigo, vamos a arreglarlo aquí y ahora y me importa un bledo que me echen la bronca!!

-¡Uuuuhhh…!- Exclamaron los demás.

-¡Wow! ¡Oye, oye, oye! ¡Tampoco hace falta recurrir a la violencia! ¡¿Sí?!- Lo reprendió Zax. –Eso sí, sólo quiero decirte que mi unidad lleva la marca perfecta en lo que respecta en puntualidad. De modo que espero ver ese mismo carácter a la hora de seguir nuestro ritmo y trabajar con nosotros. ¡¿Te queda claro?! Porque créeme, nos haces darle al instructor Diezel una rola por TU flojera… ¡¡Y vas a conocer el infierno y espero que no tenga que repetírtelo!! ¡Ah! ¡Y espero que no trates tanto de verte como el chico rudo, porque dudo mucho que esos humos te duren tanto por estos lados!

Mark no replicó. Recordó que no estaba en condiciones de buscar problemas.

-¿Alguna duda, novato?

-No, Señor.- Gruñó este.

-Qué lindo.- Le sonrió Zax.

¡Bamp! Se abrió de pronto la puerta.

-¡Muy bien, señores! ¡Luces fuera en cinco!

-¡Sí, Señor!- Respondió la tropa, formada en dos hileras frente a las camas.

Mark echó una última mirada al oficial de cabeza rapada y rostro intimidante, rostro que se agudizaba todavía más con ese par de ardientes ojos de flama azul.

Pasado el tiempo, los chicos ya estaban en cama con unos pantaloncillos blancos hasta las rodillas y una delgada camiseta. Así el instructor apagó las lumbres y se retiró sin más.

Acabó así el día. Mark se quedó mirando el techo, pensando, esperando

poder dar el ancho a lo largo de la jornada. No podía hacer menos.

Y lo tenía bastante claro.

Lo mismo pensaba Isabel, quien también debía descansar para una nueva jornada. Pero para su sorpresa, las chicas de su camarote sacaron las sábanas de las camas y con una linterna montaron una modesta carpa, e invitaron a Isabel a compartir con ellas. Noche a noche hicieron lo mismo.

No era gran cosa. Solo se juntaban a charlar, pintarse las uñas, leer algo de poesía (poesía erótica), algo que, si bien no estaba permitido, pues las horas de sueño eran importantes para el desempeño al otro día, les servía para relacionarse y compartir un poco.

-Entonces, querida… ¿De dónde dices que vienes?- Le preguntó una de las chicas (cabello negro y ojos de almendra) mientras le pintaba las uñas.

-La verdad… Preferiría no hablar de eso, por ahora.

Puede que Mark no se lo tome muy bien.

-¿Por ahora? ¿Y eso por qué?

-De verdad preferiría no hacerlo, ¿sí? Es una larga y aburrida historia.

-¡Oh, vamos! De aquí no sale.

-¡Astrid, no seas cargante!- La reprendió la líder de tropa.

-¡Ouh! Lo siento.

-Descuida, compañera. Lo que sea personal, no tienes que contarlo si no lo deseas.

Jannike, la líder de brigada, era la recluta más respetada tanto en las barracas como entre los instructores, era fuerte, disciplinada, buena guía, pero por sobre todo, buena compañera. Lucía una cabellera rubio-ceniza que trenzaba en una coronilla, dejando al descubierto una lechosa cara con pecas, y unos ojos de ámbar que destellaban como felinos.

Con Isabel se fueron haciendo cada vez más unidad, en especial tras el Asalto a Frizia al poco de graduarse, pero de eso se hablaría todo a su tiempo.

Al igual que todas, Jannike sentía curiosidad por Isabel, recluta nueva salida de la nada que tomaba ramos teóricos de forma particular. ¿Quién

era ella? Ya lo descubriría conforme el tiempo fuese avanzando.

-Bueno, ¿y qué te parece el trazado? No es la última moda de la Capital, pero… creo que se ve bien en ti.

-¿Tú crees?- Dijo Isabel, sin dejar de mirar ese tinte de grana brillando en sus dedos. –La verdad nunca había usado colores en las uñas. De verdad me preguntaba qué se sentía.

-¡Oh! ¿De verdad nunca has usado esmalte?- Exclamó una de sus compañeras.

-No. Ni labiales, ni nada de eso.

-¿No? Pues ven aquí, corazón. Hildi, ya sabes qué hacer. Vas a quedar pre-cio-sa.

Y sacando un pote de polvo y pinceles, la chica se puso a trabajar.

Entre todas se pusieron a decidir el estilo, en tanto Jannike trenzaba el cabello de Isabel. Y cuando acabaron, le entregaron a la chica un espejo de plata. Era hora de la revelación.

¡Sin duda era otra persona! El rubor en las mejillas la hacía sentir una chiquilla adorable, sus ojos delineados en negro y sombreados en pardos la hacían ponerse coqueta. Y sus labios, sus labios brillando en cereza que ardían a la par con sus cabellos de fuego. Ly se moriría si la viera así, pensó ella.

Ly…

De pronto, ¡Clap! se oyó un chasquido. Jannike apagó de golpe todo y las mandó a todas a la cama. Entre risillas, las chicas se ocultaron entre las sábanas metiendo entre sus piernas todo lo que las comprometiera. Habían entrado a una revisión.

Cosas de rutina.

Cuando los brigadieres de turno se fueron, las chicas no pudieron evitar echarse una risa nerviosa. Hacían eso todas las noches. Y cuando les tocaban sus días libres correspondientes, era cuando más disfrutaban de sus juntas.

Antes de dormirse Jannike sacó un pote con crema y unos pañuelos para dárselos a Isabel.

-No olvides quitarte el maquillaje con esto antes de dormirte o tendremos

problemas mañana.

-Claro, tú tranquila. Descansa.

Y Jannike se devolvió a su cama.

Tras cumplir lo indicado por su capitana, Isabel regresó a dormirse sin hacer ningún ruido, y ahí se quedó, en su nueva cama, mirando las sombras, recordando algunos instantes que había compartido con sus amigos en el pasado.

Sabía que ya nada sería lo mismo desde ahí. Mas sólo esperaba una cosa. Que esa nueva vida fuera una que pudiera vivir sin volver a sentir vergüenza.

Capítulo 14

15

Unas vueltas por el Santuario

Una parte importante en el entrenamiento de un Peleador era tanto conocer su refugio como a quienes recorrían sus terrenos. Lycanhearth no se sentía tan a gusto con la idea, pero no tenía opción.

-Un Peleador no puede dar su Esencia por su gente si no conoce a la gente por quien la da.- Lo reprendió su maestro. -¡Además, vamos! Si pasa algo, los maestros nos encargamos.

-¡Uhm! Como diga...- Resopló este.

Luego del almuerzo, maestro y discípulo se fueron a caminar por la arbolada cerca del lago. Reds le comentó entonces a su estudiante que a esa hora salen al bosque unos personajes muy importantes para la mantención de aquellos espacios, por lo que conocerlos, era crucial.

Entonces el chico se llevó una sorpresa.

De la corteza emergieron, como si de sombras se trataran, extrañas criaturas del porte de un niño, pero que sin duda alguna, no lo eran. Vestían ropas hechas de hojas que les cubrían parte de esa piel pálida inclinada a verdosa, tenían la cabeza calva, largas narices y orejas puntiagudas.

Tras aparecer, estos se repartieron entre los árboles y, liberando un resplandor de sus manos, comenzaron a dar toques por la corteza. Y un suave calor advirtió al joven lycan.

-¡Maestro Reds!- Exclamó uno de ellos.

-¿Qué tal la noche, Tenoch?

-Pues, como siempre. Con su viento, con su frío. Típico de esta época, jeje. Y eso que no estamos en invierno... ¡Oh! ¿Y este pequeño gigante? Nuevo estudiante, ¿verdad? ¡Vaya que te gusta enseñar!

Reds echó una risilla.

-Ya sabes cómo es esto.... ¡Bueno! Viejo amigo, te presento a Lycanhearth. Lycanhearth, él es Tenoch, guardián de los bosques y

terrenos del Santuario.

-Es un placer conocerlo, jovencito.- Le dijo entonces, estrechando su mano. Lycanhearth no dejaba de mirarlo con extrañeza.

El hombrecillo se sentía incómodo.

-Nunca has visto un xaneke, ¿verdad?- Le increpó en un aire de cinismo. -¡Por el Maestro! ¿Qué les enseñan a los niños en la escuela hoy en día?

-¡Eh! ¡No, no! Tranquilo, amigo. Solo viene de Frizia.- Se excusó el maestro.

-¡Oh! Bueno, eso lo explica todo. Discúlpame, niño. Mi gente no suele habitar terrenos fríos. En fin, comenzando de nuevo, es un placer conocerte.

-¡Ehm…! Lo mismo digo… supongo.- Respondió Ly, con una risa nerviosa. –Por-Por cierto, ¿qué están haciendo?

-¿Esto? ¡Oh! Nuestro trabajo.- Respondió el xaneke. – Verás, cuando los árboles reciben mucho daño, nosotros usamos nuestras Esencias para regenerarles su corteza. Es un trabajo difícil, considerando que muchos estudiantes parecen no entender lo que significa Tener Cuidado.- Y se rió. –Pero bueno, se entiende.

-¡Ouh! ¡Eso es para considerar!- Exclamó Ly.

-Más te vale…- Lo señaló Tenoch. –Porque no te gustará que vayamos por ti si le causas males a algún espacio verde.

¿Por qué no persiguieron a esos bastardos entonces? Pensó Ly.

Entre tanto, el xaneke no pudo evitar notar que una pequeña mariposa se acercaba a ellos. Parecía herida. Pidió así al muchacho un segundo y con sus largos dedos tomó al insectillo entre sus manos. Lycanhearth fue testigo de su poder.

Luego de un destello, la mariposa, de cuerpo peludo y alas en forma de corazón, se vio recuperada de su mal, y agitando esos corazones batió los vientos con elegancia.

Tenoch bajó los brazos al son de un profundo suspiro.

-Interesante la habilidad de ustedes.

-¿Eso? No es nada.- Dijo él. –Cualquiera que maneje su Esencia podría

hacer algo así por sus hermanos.

-¡Oh!- Suspiró el muchacho. -¿O sea que yo también podré hacer eso?

-Eventualmente, sí.- Le respondió Tenoch. –Y a juzgar por quién es tu maestro, de seguro te trajo aquí para eso.

Y se echó una risilla.

-¿Quién mejor que tú, viejo amigo?- Le dijo Reds, riendo.

-Eso habla bien de ti como instructor.- Replicó Tenoch, agregando en un suspiro: -Y bueno, honestamente lo disfruto. Niño, cuando tu maestro haya liberado una buena suma de calor de tus adentros, vengan a verme y nos ayudas a poner en orden este desastre.

Ly no pudo evitar pensar en el choque de Casei y Lucy de hace unos días. Y de los troncos que Kharima perforó con su técnica nueva.

Es lo menos que podemos hacer, después de todo… es nuestro espacio. Se dijo el lycan.

-Estaré preparándome para ese día.- Le dijo.

-Igualmente, joven…

-Lycanhearth.

-¡Lycanhearth! Excelente. Puedes contar conmigo entonces.

Y estrechando la mano del lycan, el xaneke lo despidió, siguiendo así con sus labores, mientras que maestro y alumno continuaban su camino.

-¿Entonces la Esencia no solo sirve para combatir?- Le preguntó Ly a su maestro.

-¿En serio? Creí que ya lo habías notado esa tarde frente a la playa.

-¿Eh? ¡Ah! ¡Es cierto!

Rieron.

-Muy bien, Lycanhearth. Volviendo a lo nuestro, ¿qué acabas de ver?

-¿Que qué acabo de ver, maestro? Bueno, a un amigo suyo.

-¡Eso estás mirando!- Le advirtió Reds. –No tienes que precipitarte.

-¡Au! Claro, claro. En ese caso, puedo decir que vi a un xaneke, un xaneke de la arboleda que se dedica a regenerar la flora del santuario que... solemos romper cuando entrenamos.

-¿Solo la flora?

-¡Ah! ¡Cierto! También a quienes se encuentren heridos o en alguna situación similar. ¡Es una habilidad bastante útil, a decir verdad!

-¿Útil? ¿Y eso por qué sería?

-Pues porque puedes ayudar a las personas con eso, ¿no?

-¿Ya? ¿Y en primer lugar, por qué ayudarías a alguien con ese poder?

-¿Y que acaso no es ese el deber de un Peleador?

-Pero si Tenoch no es un Peleador…

Buen punto. Se dijo el lycan.

-De acuerdo, en ese caso… yo… Bueno, si tienes las facultades para ayudar a otros, ¿por qué no hacerlo?

-Ah, ¿sí? Está bien, pero si lo ves desde ese lado de tu retórica, ¿por qué motivos no ayudarías a alguien?- Le plateó este.

¿Habría sido una pregunta capciosa?

Por un instante, al lycan se le pasaron por los ojos tantas caras que no pudo contarlas. ¡Y es que en general, la vida en ciudad resulta ser tan cínica que muchas veces incita al dejar a los demás de lado! De hecho, una vez, hacía ya algunos años, Ly y sus amigos dedicaron parte de su tiempo para conseguir comida para un mendigo. Días más tarde se enteraron de que el viejo tiraba sin más la comida, ya que solo aceptaba dinero. Desde entonces que no volvieron a hacer nada por él.

-Supongo que porque en esos instantes, tal vez no tenga los medios para hacer algo, suponiendo que ese sea el caso.- Se limitó a decir.

Siguieron hablando hasta que llegaron a un claro, uno en dirección noroeste del lago donde entrenaban, en el que Ly pudo apreciar un campo florido de diversas fragancias, en cuyo manto paseaban tanto Peleadores como aprendices, hablándoles a las aves, al parecer, aves de plumaje felpudo y verdoso, alas que se agitaban como libélulas y largos picos

encorvados. Nunca había visto aves como esas.

-¡Hey! Qué sorpresa.- Se oyó una voz de pronto.

Era Lucy, quien se acercaba a ellos tras despedir a un par de colegas.

-¿Qué tal la misión, Lucy, querida?- Preguntó entonces el maestro.

-¿La de hoy? Nada grandioso. Lo único malo es que Vogel escapó, de nuevo, pero al menos la villa de Maqri estará en calma por un tiempo.

-Eso me alegra.- Replicó Reds. –Aunque no podemos decir que estarán muy tranquilos, al menos hasta que los Ctóhora acaben tras las rejas.

-Eso esperamos todos.- Suspiró Lucy. –Y bueno, ¿qué tal ustedes? ¿Día productivo?

-¡Oh, sí, sí!- Exclamó el maestro. –Ly hizo un buen trabajo esta mañana y ahora vamos a la bahía este, a la tarde de meditación de Antala. Creo que le hará bien interactuar con otros trainis.

Insisto que con Kharima es suficiente. Se dijo él.

-¿En serio? ¡Qué genial! Me saludan a Antala de mi parte.

-¿Por qué? ¿Tú no vienes?

-Tengo un asunto con Casei para más tar… ¡oh!

Mientras hablaban, una de las aves que aleteaban sobre las flores se acercó al grupo, dando giros alrededor de estos, en especial alrededor de Ly, lo que sacó en Lucy una interesada sonrisa.

-Parece que alguien quiere enviar un mensaje. ¿Es por esa niña, por casualidad?

-¿Ah? ¡Oye! ¡No es lo que piensas!- Se apenó este.

Rieron.

-Vamos.- Le dijo ella. –No tienes porqué apenarte, ya he visto antes esa mirada. Y está bien, todos tenemos a alguien especial a quien queremos volver a ver.

-¿De verdad?- Farfulló Ly, tratando de acercar sus dedos a la criaturilla.

-¡Woh! En serio, Ly. A veces me apena tu inocencia. ¿De verdad nunca has visto una de estas bonitas? Yo tenía entendido que su plumaje resiste

la helada.

-¿De Frizia? Lo dudo. Y bueno, ¿qué son exactamente?

-Flechas de Jade, Lycanhearth. Flechas de Jade.- Le dijo su maestro. –También conocidas como las mensajeras de los dioses.

-O de los Peleadores, en este caso.- Agregó Lucy.

-¡Je! ¿Mensajera de los dioses? Eso suena importante.- Resopló Ly, mientras seguía con el dedo el vuelo del ave.

-¡Y lo es!- Exclamó Reds, impresionado su escepticismo. –Imagino que tampoco has escuchado la historia de tu nueva amiga.

-No. ¿Cuál?- Quiso saber este.

Reds sonrió.

-Se dice que cuando el Gran Maestro Quetzal dio vida a nuestra tierra, el precio de habernos otorgado su sangre para alimentar la tierra pesó en su cuerpo. Por lo que se vio obligado a dar un receso a su obra creativa.

»Sin embargo, aunque su cuerpo se encontraba abatido, su mente no dejaba de soñar ni de crear. De modo que mientras se tomaba su respiro, se puso a juguetear con una piedra de jade, la que luego de tallar, dándole forma de flecha, untó con algo de su sangre de la punta de su dedo, y luego de cubrirla con el soplo de su aliento, la echó a volar…

Entonces voltearon la mirada al ave, la que seguía revoloteando entre los dedos de Ly.

-¿Y eso qué tiene que ver conmigo?- Preguntó este, sin entender.

-Pues dile algo y descúbrelo.- Insistieron los Peleadores.

-¡Oh! Bien…- Resopló finamente.

Acercó entonces su mano a la criaturilla, pero esta, lo rechazó. Lucy aprovechó de advertirle que se cuenta que quien toque el plumaje de una flecha, muere. Por supuesto, no le creyó, aunque lo dejó pensando el hecho de que existen muchas aves enjauladas, menos las flechas. Por algo debía ser.

-¡Muy bien! ¡Muy bien!- Dijo Ly, finalmente.- Ehm… Hola, Isabel… ¿Có-Cómo está todo por allá…?

Se detuvo.

-¡Vamos, continúa!

Ly soltó una risa nerviosa.

-De verdad no me imagino cómo un pájaro va a ponerme en contacto contigo, pero bien, si llegas a enterarte de esto, quiero que sepas que me ha ido bien en esto de ser Peleador… aunque no niego que los extraño demasiado; me gustaría que estuvieran aquí conmigo, ya sabes, tú y Mark. Pero en fin, no me puedo quejar, de seguro esto es mucho mejor que terminar en prisión… Bueno, espero que se encuentren bien… donde quiera que se encuentren. No olviden que iré por ustedes, aun si tengo que devolverle a Wolfrider los puñetazos que me dio. Espérenme, ¿sí? No tardo.

Al acabar, la avecilla dio una última vuelta, y batiendo sus alas al son de un suspiro, se alejó de ahí.

Poco después, maestro y alumno se despidieron de Lucy, siguiendo así con su camino.

Cortaron entonces por una senda entre la arboleda, saliendo de ese modo hacia una bajada, en donde pudieron apreciar una pequeña playa en forma de luna, en cuya izquierda se erguía un imponente monolito. Allí, un numeroso grupo de personas se reunían frente a un hombre de piel cobriza, delgado, azabaches cabellos trenzados en un tocado, y unos ojos cerúleos que irradiaban serenidad.

Vestía además una túnica cruzada de color canela y unos pantalones anchos con encaje en los tobillos. Cabe destacar el hecho de que se hallaba descalzo, algo que a Ly le sentó muy bien. Por último, se apreciaba en su cuello un colgante de cuentas con un sortilegio tallado en madera.

-Todo saldrá bien, Lycanhearth.- Le dijo su maestro. –Solo ignora los malos comentarios. No lo valen.

Qué fácil decirlo. Pensó Ly.

Por suerte para él, muchos Peleadores (en especial los relacionados con Ionna), simplemente se dedicaban a ignorarlo, cosa que le permitía dedicarse a lo suyo y se ahorraba uno que otro lío. ¡A tu bosque, lobo! como decían en Frizia.

Acabado de reunirse el grupo, aquel que portaba el sortilegio saludó a todos, les deseó de corazón que sus encomiendas hubiesen salido de lo

mejor, para luego invitarlos a sentarse sobre la arena. El grupo lo siguió.

-¿Quién es él, maestro?- Preguntó Ly.

-¡Sht! Te recomendaría guardar silencio en estos momentos.- Le dijo en voz baja.

-¡Pero, maestro! ¿Por qué opacar la sed de saber un estudiante?- Lo contradijo aquel hombre.

-¿Eh? ¡Oh! Maestro Antala. Mis disculpas.- Resopló este, inclinando levemente su cabeza.

-No tiene por qué disculparse, maestro Reds.- Le sonrió.

-¿Maestro Antala?- Bramó Ly, sorprendido.

El maestro nuevamente sonrió.

-Podría decirte quien soy de muchas formas, joven lycan. Pero como mi intención no es abrumarte, de momento puedes quedarte con el nombre que me dio mi padre. Antala. Del reino de Tenmori.

Y cerró sus palabras con otra amable sonrisa.

-Entiendo… En mi caso, soy…

-Sé quién eres, no te preocupes.- Le dijo Antala.

Y los cuchicheos se expandieron como plaga.

-¡Muy bien, es suficiente!- Exclamó Antala. –No olviden que el fuego que arrojen también puede quemarlos.

Se detuvieron. Al parecer Antala era un personaje muy respetado dentro de la Orden de los Peleadores.

Acabado el incidente, Antala invitó a los presentes a respirar y a desligarse un momento de sus pensamientos, y mientras lo hacían, agitaban sus brazos en el cielo. A esta rutina le seguía un giro en círculos de la cabeza que hizo tronar en Lycanhearth más de un hueso. Era reconfortante.

-Busquen su equilibrio, mis amados.- Les dijo Antala. –Dejen ir lo que les pese y reciban aquello que se les está brindando. Dejen de lado el miedo, no lo necesitan. Dejen de lado el miedo y amen, amen y reciban

todo el amor que puedan, pues el amor nunca está de más.

Pasada ya una hora, entre tantos ejercicios, rondas de respiración, y repeticiones de frases que Ly no podría entender, Antala llamó a los jóvenes a que formaran parejas y que sintieran su esencia el uno al otro. Lycanhearth se fue acercando tímidamente a los demás, pero estos parecían ya tener compromiso con otros chicos para esta sesión (o eso quiso creer), pero entre que daba y daba vueltas, la imagen de un joven de cabellos rojizos se plantó frente a sus ojos.

-¿Haciendo vida social?- Le dijo este.

-¡Maestro Rubi!- Exclamó este. –No imaginé que estaría aquí.

Rubi le sonrió amablemente.

-De hecho, pasaba por aquí. Era de esperarse que te encontrara, todos los trainis pasamos por aquí sus buenas veces.

-¡Seh! Eso me han dicho.- Suspiró él.

-Oye, ¿crees que le importe a tu maestro si te desapareces un rato? A fin de cuentas, no hay traini que no se…

-Haya fugado de la junta de Antala.- Lo interrumpió Reds, de repente. -¿Qué clase de ejemplo le estás dando a mi pupilo, joven Rubi?

-¡Maestro!- Exclamó el chico, haciéndose el de las chacras.

Reds hizo una mueca.

-Honestamente me lo esperaba de muchos, y esperaba que Lycanhearth no siguiera esos pasos… ¡Ay! ¡Por el Venerable Salkay! No te voy a mentir muchacho, todos nos fugamos alguna vez.

Confundido, el chico se limitó a decir:

-¿Entonces no hay problema?

-Bueno, los jóvenes son de moverse mucho, ¿no? Te espero para la cena.

-¡Grandioso!- Exclamó Rubi. -¡Vamos, Ly!

-Está bien…- Resopló él.

Se fueron andando entre los árboles hasta salir a una extensa pradera, en donde podían ver dos altas colinas virando hacia el este, además de las

siluetas de quienes aún entrenaban. Mientras tanto, en el cielo, Ly pudo apreciar el vuelo de una bandada de dragones, lo que por un instante le intimidó.

-Descuida, los dragones no muerden.- Le dijo Rubi, tratando de animarlo.

-Para ti es fácil decirlo.- Bufó Ly, tratando de ocultar su molestia.

-Vamos…- Insistió el signario. –Imagino que todo ha ido bien con tus lecciones.

-¿Eso? Sí. Gracias por preguntar.

-¿Y qué tal con los otros chicos? ¿No has tenido problemas?

-No en realidad. Un par de comentarios tontos, pero… nada serio.

-Eso es bueno.- Le dijo entonces. –Por cierto, si sientes que no conectas mucho con alguien, no hace falta que le tomes tanta importancia. Te noté muy frustrado hace un mo…

-¡¿Por qué me trajiste, en primer lugar?!- Lo increpó Ly, de golpe. –¡Maté a tu compañero como si fuera una rata y desde que te conozco actúas como si no te importara! ¡Pero evidentemente hay quienes que Sí estás con la flecha pasada, y si bien se hacen los condescendientes, no dejan de hacerme sentir que me quieren lejos!

Y Rubi no supo qué decir.

-¡Oh, Lycanhearth! ¡Pero no los culpes!

-¡No, si no los culpo!- Exclamó este. –Solo me pregunto cuál fue el fin de defenderme de Wolfrider, ¿qué ganamos con esto? ¡Y no me vengan con esa historia de Salkay, porque no me la trago!

Al oír esto, el rostro de Rubi dibujó un semblante de tristeza.

-Hubieras preferido morir, ¿no es verdad?

Y la cara de Ly tuvo un vuelco. Pero aun así no dejaba de sentirse molesto.

-No puedo negar que han sido muy amables conmigo…, y de verdad lo aprecio. Pero… es que no lo entiendo. Yo de verdad no puedo comprender por qué razón ha pasado todo esto, por qué tengo que dominar estos

poderes y…

-¿Y por qué tiene que haber un motivo para tratar a otro con humanidad?- Lo cuestionó Rubi.

Lycanhearth no supo qué decir.

-Tienes unos amigos valiosos, Lycanhearth. Y de verdad yo admiro que dejes tanto tu corazón por ellos. ¿No te parece que esta es una oportunidad para que puedan tener una vida mejor?

Eso si los saco de prisión. Pensó él.

Solo se limitó a asentir.

-¿Lo ves? Y no te angusties. Y mira, no te voy a mentir, me duele lo que voy a decirte, pero Ionna y los otros eligieron su destino. Y si todo el daño que hicieron se les volcó en la cara, bueno, por algo debió ser. Y aunque no lo notes, hay muchos que piensan así, incluso con los Signarios todavía estamos en tensión con el Gran Maestro, porque lo que hicieron ellos no se castiga de otra forma que con la muerte, pero bueno, en parte no tenía precedentes…

Durante un instante, ambos guardaron silencio. Intercambiaron algunas miradas y luego se perdieron en sus pensamientos.

-¡Bueno, quiero ver cómo están esos puños!- Exclamó el Signario de pronto.

-Eh…, no creo estar a tu tono.

-Tranquilo, solo quiero ver cómo golpeas.- Lo tranquilizó Rubi, quien siguió con una peculiar pose de combate. Se sostenía sobre los dedos del pie derecho y mantenía sus puños flectados sobre la cara.

Lycanhearth sonrió.

-¿Seguro que solo quieres un golpe? Porque si me pasa algo…

-¡¿Por quién me tomas?!- Rebatió este. –A no ser que no estés entrenando tan duro como esperaba.

-¡Oye!

Rieron.

-Bueno, si tanto insistes,- empezó a decir el lycan –te voy a conceder el

punto.

De manera que no tardó en ponerse en guardia y responder con un golpe de puño. Rubi, como era de esperarse, lo detuvo con una patada sin nada de esfuerzo.

Lycanhearth acabó de rodillas con un agudo dolor en la muñeca, víctima de su propia fuerza, que pareció verse aplastada ante la firmeza del Peleador dorado.

-¡Oh, vamos!- Protestó Rubi, entre risas. –Solo moví la pierna. Yo creí que los tuyos eran más resistentes.

-¡Se supone que sí!- Chilló Ly mientras se levantaba, sacudiendo entre tanto la mano. –Aunque viniendo de tu tropa, no deberías sorprenderte.

-¿La Orden? ¡Bah, pamplinas! Es cierto que alcanzamos el registro de Esencia más alto, pero hasta un principiante con los pantalones bien puesto puede darnos una sorpresa. Así que cuidado con los superlativos.

-¿Tú crees?

-¡Te lo digo por experiencia! Mira, sé que todos nos miran como si fuéramos huracanes en bata, pero la realidad es que simplemente hemos trabajado duro y le pusimos todo el empeño del mundo; y de paso tenemos nuestra buena influencia con quienes fueron nuestros maestros, para qué voy a estar con burradas.

-¡Jeh! ¿Influencias? ¿A qué te refieres con eso?

Rubi esbozó una burlona sonrisa y resopló:

-Simple, mi mentora es la Signaria de la Prosperidad, Serena. Portadora del manto dorado de la Serpiente. Ella me entrenó, me enseñó todo lo que sabe y cuando me hice lo suficientemente apto para correr a su ritmo, me otorgaron el manto del Conejo, la Guía. Claro que si demuestras tener madera de Signario, tendrás tu oportunidad de portar el manto, pero eso dependerá de los cupos disponibles, y de cuánto entrenes.

-¡Ohm! Comprendo.

Rubi esbozó nuevamente una impresionada sonrisa.

-¡Otra vez!

Y Lycanhearth volvió a golpear. Pero Rubi, ni se inmutó.

-Por cierto, ¿alguna vez has jugado pelota?- Le preguntó el signario a Ly.

-Deberías darte una vuelta por el campo. Está por el centro de la isla, a las afueras de las cabañas del Concilio Mayor. Los muchachos de la Orden de seguro se van a estar luciendo; podrías darte una vuelta y ver si le aciertas al aro.

-¿Tú no irás?

-Iré luego, tengo un pequeño asunto que atender antes.

Entonces, traini y Signario se despidieron. Lycanhearth avanzó hacia la dirección que Rubi le había indicado, mientras que este siguió en dirección norte. A donde debió llevar a Niro la última vez.

***

-No esperaba verte por estos lados.- Comentó el signario, adentrando sus ojos por esa playa.

-¡¿Qué?! ¿Acaso no puedo visitar a mi propio hermano?- Le asaltó Niro, irritado. –Me dieron un rato libre y atrás está mi escolta, así que espero que no te pases malos rollos conmigo.

-¿Malos rollos? ¡¿Y eso por qué?! ¡Tranquilo, si no vine a pelear!

Niro simplemente ignoró a Rubi, dándole la espalda todo el tiempo mientras clavaba las pupilas en el oleaje. Su silencio causó en el Signario una extraña sensación.

-Casi te dejamos en ese campo del rey dragón del Mar del Norte, ¿eh, Niro? Espero que o lo hayas tomado personal.

-¡No intentes forzar una conversación!

-¡Ey! Yo solo decía.

Pero este lo ignoró.

-Imagino que el Maestro ya se disculpó personalmente contigo.- Le dijo de repente.

-Sí. Lo hizo.

-¿Entonces… qué tal? ¿Cómo te sientes?

-¿Te importa?- Bufó este.

-¿Y por qué no me importaría? Ionna también era mi amigo después de todo. Y tú me importas tanto como él.

-¡Pues sí! Estoy bien. Ahora, ¿puedes dejar de interrogarme como si fuese a matar a alguien? Me estás poniendo de mal humor…

-¡Está bien!- Se defendió el Peleador. –Tranquilo, no tienes por qué estar a la defensiva.

Pero el dragón ni le miró.

-De verdad deseo que esta nueva vida que estás tomando sea provechosa para ti.- Se limitó a decir Rubi.

Harto, Niro salió de ese lugar. El escolta, por supuesto, siguió sus pasos al acto.

-¡Oye, pero no tienes que irte por…!- Pero Rubi se interrumpió. No podía culpar a este dragón.

Ya solo, volteó su rostro a la arena, donde tanto Ionna como otros Pendragon descansaban de tantas batallas. Luego de un instante, regresó la vista a las olas, pensando en aquel campo que yacía bajo las aguas, un campo que cierto rey dragón usaba para contener exiliados políticos, pero que tras cien años en desuso, fue concedido para que los dragones que perdían a sus hermanos pudieran pasar sus últimos momentos en tranquilidad. Es que los dragones tienen un vínculo emocional muy profundo con sus seres amados, en especial con quienes han, literalmente, compartido la mitad de sus corazones (un ritual que realizan los Peleadores que acceden a la facción de los Pendragons), y cuando esta pérdida se presenta en la vida de un dragón, el dolor y el vacío se sienten tan hondo en su pecho que su corazón ya no vuelve a latir.

Mientras pensaba en eso, Rubi se sintió culpable. Dieron tan por hecho que su corazón se detendría que ni se preocuparon en su estado emocional. Lo dejaron a su suerte, cargando con el odio hacia Lycanhearth, y luego con la vergüenza de sus crímenes. Hasta parecía que lo más humano hubiera sido terminar con esa angustia.

Tras esto, el Peleador se dirigió a la tumba de Ionna, arrodillándose

suavemente para deslizar sus dedos sobre la arena.

-Una vez me preguntaste cómo seríamos en el futuro,- comenzó a decir –y yo te dije que de tantas formas como nos dieran las alas… ¡Estúpido! ¡La última forma que hubiese querido, sería esta!

Y las lágrimas agrietaron su piel.

-¿En qué estaban pensando…?- Prosiguió. -¿Pero qué clase de inmundicia se les metió en la cabeza para que hicieran todo lo que hicieron? ¡¿Ven que desperdiciaron sus vidas…?! Ionna, Niro ahora está sufriendo y lo peor es que su vida se niega a terminar. ¿Acaso no pensaron en eso antes de hacer tamaña estupidez?

Luego de esto, guardó silencio. Dejó que las olas hablaran por él.

Tras su visita, el Peleador emprendió su marcha hacia el campo de juego, donde esperaba hallar al resto de los Signarios. Y tal y como lo esperaba, Ly se encontraba jugando con ellos.

-¡Vaya, fuiste breve!- Dijo de pronto una voz.

-¿Eh? ¡Oh, Serena!- No te había visto.

-¡Ey! Mínimo debiste sentir mi presencia, ¿no crees?

-Seh… Digamos que estaba…

-Algo distraído, sí. Tu Esencia está un tanto agitada últimamente. ¿Es por el chico?

-Por todo, en general.- Se sinceró. –Ese montón de mentecatos causaron el desastre más grande en la historia del Santuario y ahora vamos a tener que ganarnos la confianza de la gente.

Tras escucharlo, Serena apretó los labios, conteniéndose.

-No en realidad… o por lo menos tratándose de los noctógrilos[1].

-¡Eso es lo peor!- Se quejó Rubi, cruzando sus brazos.

Serena puso su mano en el hombro de su estudiante.

-No puedes culpar a la gente de sus prejuicios, Rubi. El miedo nubla la razón de todos.

-¡Pero no es excusa para abusar de otros de esa manera!

-Y lo sé.- Replicó esta, posando su vista en los movimientos del joven lycan. –Pero de momento ya no hay nada más que hacer. El resto ya solo puede hacerlo el tiempo… y claro, la educación.

Rubi soltó una risilla.

-¿Por qué los maestros quieren arreglar todos los problemas del mundo con la educación?

-¿Por qué será?- Se burló esta.

[1] Noctógrilos: Un término aplicado en Dovahgolt para referirse a las razas que viven de la noche.